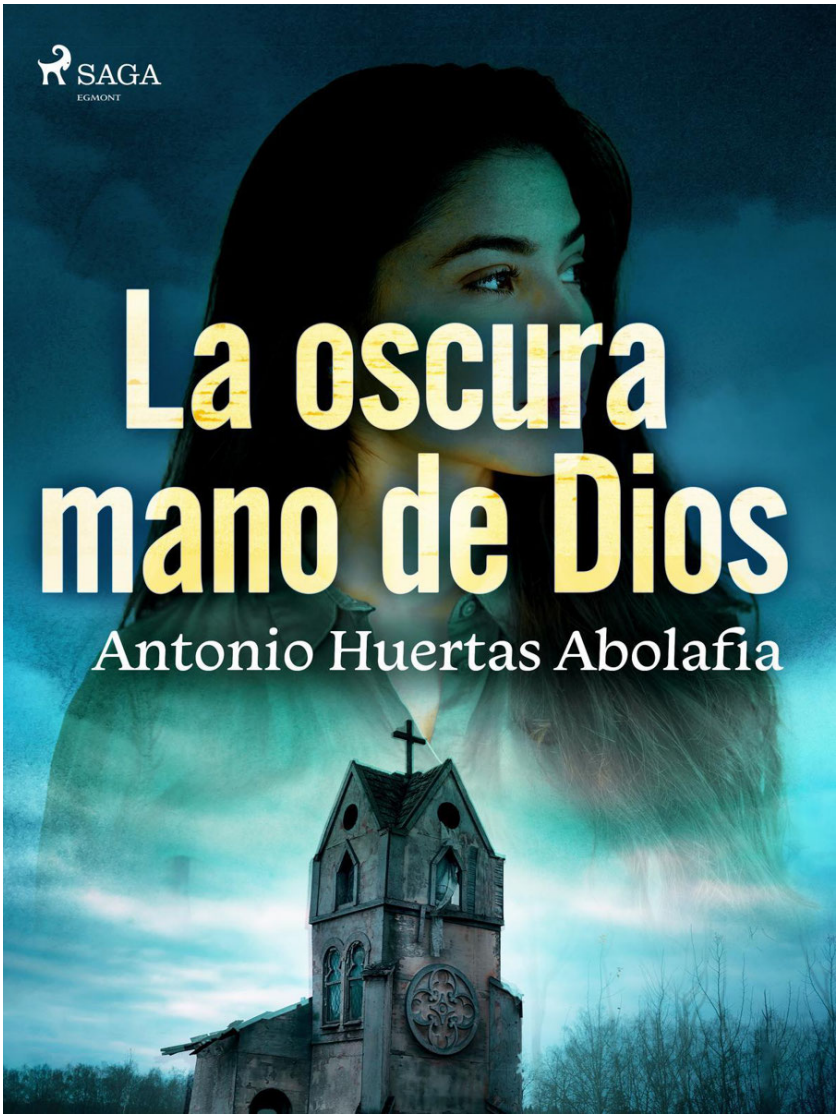
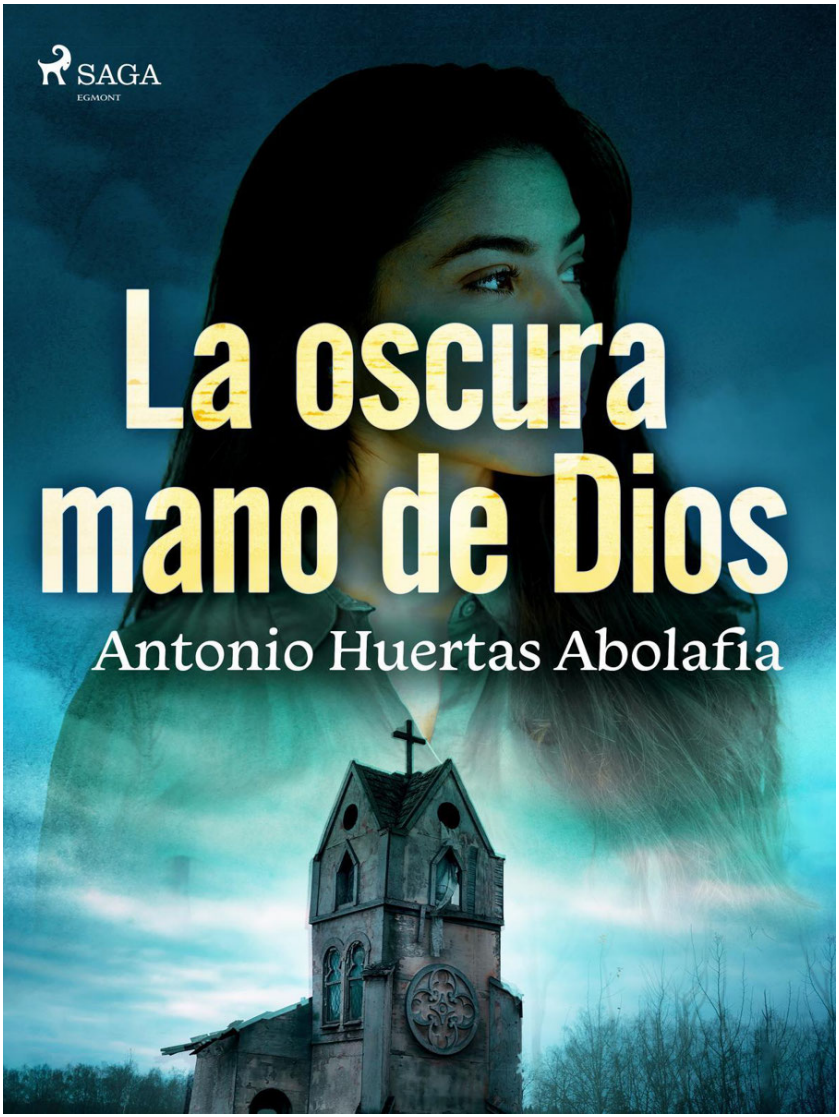

SAGA
EGMONT
La oscura mano de Dios
Antonio Huertas Abolafia


SAGA
EGMONT
La oscura mano de Dios
Antonio Huertas Abolafia

Antonio Huertas Abolafia

La oscura mano de Dios

Saga

La oscura mano de Dios

Copyright © 2016, 2022 Antonio Huertas Abolafia and SAGA Egmont

All rights reserved

ISBN: 9788728392669

1st ebook edition

Format: EPUB 3.0

No part of this publication may be reproduced, stored in a retrievial system, or transmitted, in any form or by any means without the prior written permission of the publisher, nor, be otherwise circulated in any form of binding or cover other than in which it is published and without a similar condition being imposed on the subsequent purchaser.

www.sagaegmont.com

Saga is a subsidiary of Egmont. Egmont is Denmark's largest media company and fully owned by the Egmont Foundation, which donates almost 13,4 million euros annually to children in difficult circumstances.

Nada de lo que vas a leer ha existido. Sólo lo que es verdadero. Espero que la historia que cuento quede donde está, en las páginas de este libro. Los personajes son personajes. Únicamente algunos están inspirados en amigos. Ellos lo saben y no les importa. Las situaciones tampoco son ciertas. Han sido inventadas. Lo real es mi afán de contar una historia. Espero que entre estas líneas apreciéis mi intención.

Para mi hija Gloria que me contagió su entusiasmo por la novela

La oscura mano de Dios

CAPÍTULO I

Septiembre de 2013

—Sí, Lucía, está muerto.

Lucía se encontraba en casa de Estrella. En su estudio, sentadas en un sofá, delante de una mesilla con una tetera y un plato de pastas. La estancia era grande. Una barra-encimera separaba el salón de la cocina. Una bonita cocina americana. En la parte inclinada de la buhardilla, había dos enormes ventanas que daban al parque de El Retiro. Unas lenguas de sol inundaban de luz la estancia.

Lucía y Estrella se conocieron en Londres. Se hicieron amigas en el Covent Garden. Estrella hacía de estatua hierática. Unas veces era la Estatua de la Libertad; otras, Charlot. Cuando descansaba, buscaba a Lucía. Tomaban un café y hablaban. Estrella estudiaba Bellas Artes en Barcelona. Se enamoró de un hincha del Arsenal que acompañó a su equipo cuando jugó contra el Barça en la Champions. Se escapó con él a Inglaterra. Vivían en Oxford.

Lucía acabó su curso sobre Virginia Woolf y volvió a Madrid. Dejaron de verse. Lucía intentó localizarla. No pudo. Estrella había dejado Oxford. Supo que rompió con su chico. No hubo manera de encontrarla. Languideció su búsqueda.

Un día, en la emisora, le dieron a Lucía un mensaje. Había llamado Estrella y quería verla. A Lucía se le agolparon los recuerdos de la época de Londres. Estaba intrigada por este reencuentro con su amiga del Covent Garden. Había perdido la cuenta de los años que habían pasado. La llamó y acordaron verse en casa de Estrella. Vivía en un ático en la calle Alfonso XII. Frente a El Retiro.

—¿Cómo me has encontrado? —preguntó Lucía.

—Te sigo desde hace mucho tiempo. He leído tus reportajes y te escucho en la radio.

—¿Por qué no me has llamado antes?

—No lo sé. Vi tu nombre, te busqué en internet. Muchas veces tuve intención de llamarte, pero... al final.

Lucía echó una mirada al salón. Era una habitación amplia con mucha luz. En una esquina había un caballete con un lienzo; al lado, otro vacío. Apoyados en la pared tenía varios sin marco. Era su cuarto de trabajo. A Lucía le sorprendió. En Londres no hablaron de lo que hacían. No se había hecho una idea de la profesión de Estrella. Nunca pensó que se dedicara a la pintura. La encajaba en alguna actividad interpretativa.

—¿A qué te dedicas? —preguntó Lucía.

—Acabé Bellas Artes. Ahora restauro. A veces, me llaman de El Prado y ayudo. Otras, coleccionistas privados. Otros museos.... El Thyssen... Me gano bien la vida. Y hago lo que me gusta.

—¿Qué pasó con tu chico inglés?

—Aquella fue una historia desgraciada. Acabó pronto.

—¿Y no has estado con nadie?

—Sí, estuve con Carlos. Fueron los mejores años de mi vida. Pero se fue...

—¿Te dejó?

—Llámalo así... Eligió otra vida. Dios o yo, y eligió a Dios.

—No te entiendo.

Estrella vertió el té en las tazas. Se levantó, fue a la cocina y volvió con un fajo de servilletas. Las dispuso sobre la mesa. Echó una mirada por la ventana y se sentó. Tomó su taza ahuecándola en sus manos. Se la acercaba a los labios, daba pequeños sorbos y la volvía a dejar encima de la mesa. Siguió hablando.

—Cuando volví de Oxford, trasladé mi expediente y acabé Bellas Artes en Madrid. A Carlos le conocí en Londres. Hacía un cursillo sobe Shakespeare. En Madrid nos reencontramos. Estaba opositando. Resultó ser amigo del novio de una compañera. Salimos, y así empezó todo. Yo tuve que volver a Barcelona. Mis padres... Allí estuve dos años.

—¿Dejaste de ver a Carlos?

—Sí, él iba de vez en cuando a Barcelona. Pero la distancia... lo rompe todo. Yo no estaba a gusto en casa. No me llevaba bien con mis padres. Decidí venir a Madrid. Y volví con Carlos. Estuvimos un tiempo saliendo. Él sacó la oposición y, luego, consiguió el puesto de agregado comercial en Chicago. Nos fuimos.

—¿Has vivido en Chicago?

—Estuve dos años. ¡Qué recuerdos! Allí amplié mis estudios de Restauración. Dos cursos en el Art Institute of Chicago. Es un museo como el Metropolitan de Nueva York. Daban cursos y me apunté. Fueron dos años maravillosos. Me especialicé en Restauración y soy muy buena.

—¿Cómo no os casasteis?

—No se planteó. Estábamos bien. ¿Para qué? Después de Chicago, vivimos en Madrid. Carlos tenía un apartamento en la calle de Santa Hortensia. Era grande. En el salón pusimos una mesa de despacho para él, y mis cuadros. Tenía un enorme ventanal. Con mucha luz. Hice otro curso de Restauración y conseguí contactos para los museos. No me costó entrar en el grupo que se encarga de este campo en el Prado.

Lucía la escuchaba. Le abrasaban las preguntas, pero la dejó seguir. Estrella ladeó la cabeza para mirar el horizonte. El viento movía las hojas de los árboles de El Retiro. Volvió la cara y la fijó en Lucía.

—Luego se fue y se ordenó sacerdote. En Madrid llevábamos una vida agradable. Los fines de semana volábamos. Carlos sentía pasión por volar. Había alquilado con un grupo una avioneta en Cuatro Vientos y, cuando disponía de ella, viajábamos. Fuimos a

Marruecos. Y organizamos un viaje a Sudáfrica para volar. Unos meses antes del viaje, ocurrió la tragedia. Esa debió de ser la causa de todo. Sus padres y su hermana, muy joven, murieron en un accidente de tráfico. Volvían de Roma. Su madre era romana. A su padre le gustaba conducir. Habían hecho un viaje por el norte de Italia, Salzburgo. Llegaron hasta Praga. Fue a la vuelta. En la autopista. Una avalancha de agua provocó un accidente múltiple. Un camión enorme y varios coches. Uno de ellos el de sus padres.

—¿Fue entonces? —preguntó Lucía.

—No, teníamos preparado el viaje a Sudáfrica. Pensé que lo íbamos a anular... Pero nos fuimos. A la vuelta de ese viaje... Creí que nos casaríamos..., pero no. Se fue al seminario.

Estrella dejó la taza sobre la mesa, bajó la cabeza. Se mantuvo en silencio. Tomó una pasta y siguió contando con voz herida.

—Estuve mucho tiempo sin verle. Se marchó a Roma. Un tío suyo, hermano de su madre, es Cardenal. Allí estudió Teología y no sé qué más... Luego, no sé por qué, nunca me lo contó, volvió a Madrid. Le tocó una parroquia en Navalagamella. Le nombraron magistrado de la Rota. Nos vimos. Estaba delgado, pero contento. Al verme, siempre se mostraba dolido por el daño que me había causado. Yo le quería. Seguía enamorada. No podía quitármelo de la cabeza.

—No te entiendo. Estabas enamorada de él. Os veíais. Él era sacerdote. Y ¿él?

—Era yo quien le buscaba. Tenía la esperanza de arrebatárselo a Dios.

Se levantó. Miraba al exterior, a El Retiro. Hablaba lentamente.

—Hace dos semanas me despertaron de madrugada. La Policía. Querían que les acompañara. Carlos había muerto.

—¿Cómo dieron contigo?

—Me tenía como primer contacto en su móvil.

—¿Dónde fuiste?

—Al Anatómico Forense. Le vi. Estaba muerto. Fue terrible. Le habían limpiado, pero se notaban golpes en el rostro.

—¿Cómo murió?

—Un accidente...

Se le saltaron las lágrimas.

—Pero dicen que se suicidó.

Se dio la vuelta. Ahora miraba desafiante. Se fue acercando a Lucía. Apretaba la boca.

—Y no lo admito. No puedo creerlo. No puede haberse matado, y menos por lo que dicen...

Estrella dejó que la pena se adueñara de ella. Rompió a llorar. Iba de un lado para otro. Su cara estaba crispada. Las lágrimas anegaban sus ojos. Lucía no sabía qué hacer. La observaba sin comprender. ¿Accidente? ¿Suicidio? La nueva imagen de Estrella no casaba con la idea que tenía de ella. La recordaba con un semblante terso. Los ojos, ahora borrosos por las lágrimas, verdes. Sus pucheros borraban los rasgos de la Estatua de la Libertad o de Charlot. Era una mujer guapísima. No la imaginaba de esta guisa. No le quitaba la mirada de encima, pero no sabía qué hacer. Estar callada. Esperar. ¿Esperar a qué...?

Estrella se calmó. Se sentó frente a Lucía. Siguió hablado.

—Me contaron una historia que no cuadra con su persona. Le acusan de pedófilo. Decían que se había quitado la vida por eso. ¡Carlos no era pedófilo! No estaba enfermo. Para follar, para hacer guarradas, Lucía, estaba yo, que además le quería.

—¿Qué te dijeron?

—Que había abusado de la hija de una mujer a la que Carlos le llevaba la nulidad.

—¿No era juez?

—Sí, pero a veces, si una persona no tiene medios, algunos magistrados actúan de oficio, sin cobrar. Esa mujer no tenía dinero. Y le tocó a Carlos.

—¿Tú conocías esa acusación?

—No, ni él. Me lo habría dicho. La sacaron en El País. Eso es lo que no entiendo. Si hubiera algo..., yo lo sabría. Él nunca me lo comentó.

Lucía permanecía callada. Pensaba en la historia que le contaba Estrella. Era su vida a trompicones. No sabía para qué la había llamado. ¿Para desahogarse?

—Estrella, si ha sido un accidente, ¿cómo dicen que se suicidó?

—Dejó una nota...

—Y ¿cómo se mató si fue un accidente?

—Despeñó el coche. Luego encontraron la nota en su casa.

—Tienes que aceptarlo, Estrella.

—No, no puedo, y menos que fuera un pedófilo.

CAPÍTULO II

Septiembre de 2013

Lucía salió esa mañana sin darme una razón. Como explicación dejó una frase enigmática.

—Voy tras un recuerdo.

Añadió unas cuantas recomendaciones sobre Sara. Llevarla y recogerla de su escuela infantil. No quise darle vueltas a su repentina marcha. Hice lo que me pidió y bajé a Madrid. Era un mes de septiembre agradable. El regreso, después del veraneo, había sido suave, sin altibajos. Volvía a mis expedientes, aburridos, y a enfrentarme con mi vida administrativa. Encima de mi mesa, en una esquina, estaban las nuevas carpetas rosas. Sentía hastío. Mirando hacia atrás, me veía con unos años menos y cargado de ilusión. Me recordaba espigado con un traje perfectamente cortado, estudiando el plan de inspección que tenía asignado. Tuve suerte. Lo miraba y sonreía. Había una mezcla de personajes conocidos de la vida social madrileña, cantantes, toreros, futbolistas.

Tomás, Eduardo, y otros compañeros que estaban en mi planta, sentían envidia cuando les comentaba mi plan. Federico, otro compañero, entusiasta aficionado a los toros, se ofreció a acompañarme para pasarle inspección a un torero artista que andaba despistado y no atendía a mis requerimientos. Un día, en la feria de San Isidro, que toreaba en las Ventas, nos presentamos por la mañana en la plaza para entregar la citación a cualquier persona ligada a él. Su apoderado estaba viendo los toros que el maestro torearía por la tarde. Quedó extrañado de nuestra pretensión. Se negó a coger la citación.

—¡Están locos! ¿Cómo voy a entregarle este papel? Se está jugando

la vida. Esto le puede matar.

—Quédese con ella y se la da cuando acabe la corrida —le contesté.

Federico intervino.

—Marcos, tiene razón. Puede tener “mal fario”. Y si le pasara algo esta tarde. No me lo perdonaría.

El apoderado respiró y se agarró a las palabras de Federico. Quedamos en vernos esa noche en el Hotel Wellington donde podríamos ver al “maestro” y darle la citación.

Así ocurrió. Le vimos después de una espléndida faena en las Ventas. Cortó una oreja, estuvo afortunado en la suerte de la espada. En la improvisada barra del vestíbulo del Hotel Wellington, el maestro estaba rodeado de partidarios que le abrumaban con sus parabienes. Nos abrimos paso con dificultad. Pensaban que queríamos “tocar” al maestro. Llegamos donde estaba y le entregamos la citación. Nos miró sorprendido. No puso buena cara. Torció el gesto y echó una ojeada a su apoderado que intentó justificarse como pudo.

La comprobación fue lenta. Interrumpida por las corridas del maestro en las ferias. Aunque era muy exquisito y sólo acudía a las principales. La comprobación acabó meses después con una sabrosa Acta. La firmó, y lo hizo con gracia. Llamé a Federico y el maestro nos obsequió con unos comentarios divertidos sobre lo que sintió en los ruedos del Puerto de Santa María y Jerez después de unas penosas faenas. La gente le silbaba e insultaba mientras abandonaba el ruedo.

Entonces el mundo era mío. Lo tenía todo. El tiempo fue pasando y el entusiasmo se fue mustiando. Los sucesos de los que fui testigo y los que sufrí fueron desgastando mi ilusión. Me hicieron perder la fe en los que me rodeaban. Perdí la confianza en el “hombre”. Vi su maldad.

Abrí el armario y cogí el libro donde tenía apuntadas todas las comprobaciones que había hecho. Lo abrí y estuve con el índice pasando por los nombres de los contribuyentes que había

inspeccionado. Sonreí al leer algunos: La Pantoja, Julio Iglesias, Antonio Gala, Paloma San Basilio..., y más gente conocida. Recordé algunas anécdotas. Divertidas. ¿Dramáticas? No con ellos. Sí con otros contribuyentes. Cerré el libro y me centré en el último expediente que me habían asignado. Mientras pasaba las hojas, pensaba en Lucía. En su repentina salida. En su huida tras un recuerdo. ¿Qué recuerdo? También yo iría a buscar mis recuerdos y, con ellos, la ilusión.

Le iba dando vueltas a sus palabras. No encontraba un significado. ¿Alberto, su antiguo marido? Estaba muerto. Hacía años que estábamos juntos. Pensaba que no había secretos entre nosotros... Siempre los hay. Dejé todo encima de la mesa y salí a la calle. Fui a la cafetería Jai Alai. Era muy temprano. No había mucha gente. Nadie de la delegación. No me apetecía cruzarme con ninguno. Llegaba y bromeaba con Mario y José. Hablábamos de fútbol. Eran conversaciones agradables. Tomaba mi café y me sentaba en una de las mesas. Pensaba..., pensaba en lo que me rodeaba. La gente, los problemas inminentes. Esos pensamientos eran frecuentemente interrumpidos por las parrafadas de Mario sobre el Real Madrid. Al terminar, bajaba paseando tranquilamente por la calle de Joaquín Costa hasta el paseo de la Castellana. Me gustaba cruzarme con chicas. Pantalones ceñidos, marcando formas. Vestidos cortos, luciendo unas piernas aún tostadas. Me sentía vivo.

Volví y me encerré en mi despacho dejando que el tiempo pasara. Deseaba que acabara la mañana. Acabó. Seguí mi rutina de siempre. Raimundo Fernández Villaverde, San Francisco de Sales y carretera de la Coruña. Fui a recoger a Sara. Cuando me vio, se dibujó una enorme sonrisa en su cara y salió corriendo en mi busca. Nos marchamos a casa donde nos esperaba Gress. Al abrir la puerta del garaje, salió corriendo. Olió el coche y se perdió en el parque que hay enfrente de casa. Antes de que cerrase la puerta del garaje, Gress volvió. Puse a Sara en el suelo y me senté junta a ella. Seguía sin saber nada de Lucía. La había llamado. Tenía el teléfono desconectado. Le puse varios WhatsApp. No estaba en línea. Un silencio tan prolongado me preocupaba. No entendía su vaga explicación: “Voy tras un recuerdo”.

Hacía tiempo que habían acabado todas nuestras inquietudes. La

desaparición de Sandovall, su muerte violenta nos trajo una época de incertidumbre. Un desasosiego que fue disminuyendo con el paso del tiempo. Pensamos que podíamos estar amenazados. Todo volvía a la tranquilidad. Nuestros recelos fueron disminuyendo. La maldad, la mano de Sandovall que temíamos nos alcanzara después de su muerte no nos tocó. Fuimos recuperando nuestra vida. Fueron pasos indecisos al principio, poco a poco perdimos la desconfianza. Pensamos que Sandovall no había concretado el encargo que había hecho sobre nosotros. Había actuado solo. Sus socios no debían de saber nada.

Yo soportaba el recuerdo de la muerte de Sandovall. Vivir con esa carga era duro. Estos remordimientos afloraban casi diariamente en cualquier conversación que tenía con Lucía. Ella me tranquilizaba.

—Marcos, la alternativa ya sabías cuál era. Esperar a que él hiciera algo y ese algo eran nuestras vidas. Tienes, tenemos que vivir con ello. Yo no siento remordimiento. Era un canalla. ¿Qué te convencería? ¿Ver el cuerpo sin vida de Sara?

Ese fue el planteamiento que aceptamos. No teníamos más remedio que adelantarnos a él. Así lo hicimos. Acuclillado junto a Sara montando un Lego, observaba su sonrisa, su inocencia, y no comprendía cómo una persona podía aceptar y asumir la muerte violenta de una niña.

Sara empezó a hacer gestos de alegría al comprobar que había conseguido completar una parte del puente que estaba montando. La alcé y la besé festejando su habilidad. Estaba contentísima.

Llegó la hora del baño y Lucía seguía sin dar señales de vida. Me preocupaba. Bañé a Sara, le di su papilla y la acosté. Para entretenerme hice la cena. Mientras se estaba haciendo una merluza en el horno, noté el nerviosismo de Gress. Se colocó junto a la puerta del jardín con el morro pegado al cristal gruñendo. Eso significaba que Lucía acababa de entrar en el garaje. Le abrí la puerta y salió disparado en su busca.

Gress, tranquilo, precedió a Lucía. Iba a reprenderla por su pertinaz silencio. Me detuvo su aspecto. Venía con la cara desencajada. Antes de que le pudiera decir nada, se acercó y me dio un abrazo.

Me apretó y buscó mi boca para besarme.

—¿Y Sara?

—Dormida, pero ¿dónde has estado todo el día? Te he llamado, te he puesto mensajes, y nada. Estabas desaparecida. ¿A quién has visto?

Se deshizo de mí, se acercó a la mesa y se sentó con aspecto derrotado.

—¿Qué te pasa? ¿Quieres beber algo? —dije.

Hizo un gesto con la cabeza asintiendo. Tomé una copa y fui a por una cerveza. Cuando volví, apagué el horno y me senté con ella. Empezó a hablar sin darme tiempo a preguntarle si quería cenar.

—¿Recuerdas cuando estuvimos en Londres?

El tiempo había pasado deprisa. Había borrado de mi memoria todo lo relacionado con los desgraciados incidentes de Sandovall. Me costó recordar el viaje a Londres. Asentí con desgana. Quería que desapareciera aquel recuerdo.

—Estuvimos en el Covent Garden —dije.

—Te hablé de una amiga, Estrella, que actuaba como mimo.

Haciendo un esfuerzo, entresaqué retazos de aquel lugar, un antiguo mercado que se había convertido en una zona de tiendas. Compré un puzle. Aún no lo había montado. Pero había olvidado lo que contó. Todo lo que estaba relacionado con Sandovall había caído en un pozo sin fondo. Los detalles se habían perdido. Tenía una idea confusa de lo que hicimos en Londres. No acertaba a concretar nada. Así se lo dije. No me interesaba.

—Me encontró por internet. Ha leído mis trabajos. He estado con ella. Después de más de diez años...

Hizo un gesto de fatiga.

—Cuando volví de Londres intenté localizarla. Fue imposible. Ha

sido ella la que ha dado conmigo para contarme una extraña historia.

CAPÍTULO III

Un viaje por África. Mayo de 2004

Carlos tenía planeado un viaje a Sudáfrica. Había contactado con varias empresas para organizarlo. Su proyecto era viajar a Sudáfrica y convalidar su licencia de vuelo para poder pilotar un avión con matrícula sudafricana. Quería alquilar una avioneta y emprender un safari fotográfico volando por el sur del continente africano.

Estrella le tildaba de loco, pero estaba dispuesta a acompañarle. Durante su estancia en Chicago, en el aeropuerto Gary Chicago, donde Carlos alquilaba una avioneta para hacer horas de vuelo, le hablaron de una agencia, Hans Aero Adventures, que le podía organizar el viaje. Se metió en la web y le gustó el toque familiar de la empresa. Nick y Christina Hans, un matrimonio de pilotos que unos años antes habían hecho un viaje a África, se enamoraron de la zona y decidieron quedarse. Repartían su tiempo entre Nueva York y Johannesburgo dedicándose a organizar viajes privados.

Cuando volvieron a Madrid, Carlos siguió en contacto con la empresa de Sudáfrica. Seguía acumulando horas de vuelo para cubrir el mínimo de horas que le exigían, cien. Había ahorrado para hacer el viaje, al que invitó a Estrella. En el mes de enero empezó con el papeleo. Enviar la licencia, el certificado médico... Lo que menos le preocupaba era el nivel de inglés. De manera habitual cada fin de semana alquilaba una avioneta como la que iba a pilotar en el viaje. Una Cessna 172. Le habían comentado en Cuatro Vientos que la Cessna 172 era muy lenta y tenía una tasa de ascenso insufrible en lugares con una densidad elevada.

Trazaron el trayecto: Johannesburgo-desierto de Kalaharidelta del Okavango-cataratas Victoria-Valle de Limpopo-Reserva Natural de Kruger-Johannesburgo.

Estrella pensaba que era una tremenda locura. Ella apenas contaba con 30 horas de vuelo. No podía convalidar su licencia. Iría como copiloto haciéndose cargo de la radio. Carlos había organizado el viaje. Se lo comunicó a Estrella cuando tenían que mandar los certificados médicos y su competencia lingüística.

Acababan de volver de Estados Unidos. Carlos había conseguido la plaza de agregado comercial en Chicago. Estuvieron allí casi dos años. Después de sacar la oposición de técnico comercial estuvo destinado un tiempo en el Ministerio. Se reencontró con Estrella. Ya vivía en Madrid. Se había matriculado en un curso de Restauración. Salieron, y más tarde decidieron vivir juntos. Carlos sentía pasión por ella. Era una mujer de una belleza misteriosa, con un enorme atractivo. Alta, piernas delgadas, pelo negro azabache ligeramente rizado, ojos verdes acaramelados. Vestía siempre con un cuidado desaliño que aumentaba su atractivo. Vaqueros pitillo, o ropa caqui holgada Timberland. Todo de marca. Encajaba con la apariencia física de Carlos. Era alto, pelo corto, cuerpo flexible por el deporte que hacía y con una hirsuta barba que cuidaba para que pareciera descuidada.

Surgió la oportunidad de ir a Estados Unidos y decidieron aprovechar la ocasión. Carlos se marchó primero para tomar posesión del puesto y buscar vivienda. Tuvo suerte y se quedó con el piso que tenía alquilado su antecesor en el cargo. Era un apartamento espacioso y amueblado. Al poco, cuando Estrella acabó el curso, se marchó a Chicago. Les encantaba a los dos vivir en Estados Unidos. Estrella se matriculó en el Art Institute of Chicago. La vida era agradable. Con su afán por viajar, se patearon toda la zona este de Estados Unidos. Se integraron fácilmente en la vida estadounidense. Ambos satisficieron sus aficiones. Estrella, el arte. Carlos, volar.

A los tres meses de volver de Chicago, Carlos le anunció a Estrella su idea de realizar el viaje. Irían en mayo. Era la mejor época. Quedó sorprendida de su preparación. Lo había hecho sin contar con ella. Sabía de su empeño por volar en Sudáfrica, pero se extrañaba de que todo lo hubiera hecho tan sigilosamente. Se lo comentó cuando ella ya no podía decir, ni decidir nada. Era como un regalo. “¿Por qué?” Era la cavilación de Estrella. El viaje era una

maravilla. Estrella, intrigada, se empeñaba en encontrar un motivo. Carlos le aclaraba que no había nada detrás.

—Carlos, no deja de ser raro cómo lo has organizado. No me has dicho nada.

—Te lo digo ahora. ¿No te gusta?

—Me encanta, pero tenías que habérmelo dicho antes. Aún no habré acabado el curso.

—Acabas diez días antes de que salgamos. Llamé a la Escuela. Tienes tiempo suficiente para hacer los preparativos.

Llegó el día. Tenían todo previsto. Salían de Madrid. Casi trece horas de vuelo. El horario en Sudáfrica es el mismo que en España. No sufrirían el cambio horario.

Llegaron a Johannesburgo por la mañana. Estrella iba medio dormida. Siempre se dormía en los aviones. Carlos la abrazó dejando que la cabeza se apoyase en su hombro. Empezaron los trámites de inmigración. Fueron largos y pesados. Tuvieron que dar una explicación del motivo de su viaje. Al final, pudieron hacerse cargo de su equipaje. Carlos propuso, antes de seguir, cambiar dólares por rands sudafricanos. Era una moneda que podrían utilizar en Botsuana. En la puerta de la salida, les esperaba un "chaqueta roja de Avis" con un cartel con el nombre de Carlos. Pusieron la dirección del hotel en el GPS y se dirigieron al Shumba Valley Lodge. El hotel estaba al lado del aeropuerto de Lanseria, donde les esperaba su avión y la convalidación de la licencia. Era un bonito hotel. Cabañas individuales alrededor de la recepción, restaurante y piscina. Nada más entrar en su cabaña, Estrella se tiró a la cama.

—Estoy muerta...

Carlos abrió la maleta y cogió la carpeta donde guardaba los papeles del viaje.

—Hemos quedado con Nick y Chris. ¡Anda, vamos! Luego nos echamos un rato.

Nick y Chris estaban en la zona del bar. Una peculiar pareja. Nick, alto y desgarbado, con la cabeza gacha. Chris, alta, pelirroja con pecas en la cara, siempre sonriente. En cuanto los vieron se acercaron. Nick y Chris les dieron la bienvenida entrechocando unas botellas de cerveza. Antes de ir al aeropuerto, Chris y Estrella empezaron a hablar como dos viejas amigas. Carlos las miró sorprendido. Hablaban de gente, conocidos de Chris que, por una extraña coincidencia, también conocía Estrella.

—Los conocí en el museo de Chicago. Trabajan allí —dijo Estrella para tranquilizar a Carlos. Y resulta que son muy buenos amigos de Chris.

Nick soltó una fuerte risotada.

—¡Vaya coincidencia! —exclamó.

Decidieron comer juntos en el hotel y después acercarse al aeropuerto para hablar con el responsable de Lanseria. Allí se pusieron en contacto con André, el mánager de la TWR que les explicó todo lo relacionado con su viaje. Quedaron al día siguiente para hacer la convalidación, y Nick les acercó al hotel. Las horas habían transcurrido velozmente. La fatiga se reflejaba en el rostro de Estrella. Carlos le propuso una cena ligera e irse a descansar. Estrella lanzó un murmullo que Carlos interpretó como un “sí”. En la barra del restaurante, tomaron unos sándwiches y se retiraron a su cabaña.

Antes de acostarse, Estrella se duchó. Salió envuelta en una toalla. Carlos tenía dispuesto sobre la mesa un mapa de Sudáfrica que miraba atentamente. Estrella se acercó y le rodeó con sus brazos. La toalla se le desprendió. Tenía el pelo empapado y unas gotas de agua se escurrían por su cuerpo. Notó a Carlos frío.

—¿Qué te pasa? —preguntó Estrella.

Carlos se enderezó y sintió la presión del busto de Estrella en su espalda.

—Te noto distante..., ¿no te apetece?

Carlos se volvió y la miró. Parecía una gata en celo. El pelo pegado y mojado, la piel oscura, los pechos generosos y turgentes. Los ojos brillantes. Todo en ella era una invitación. Estrella se acercó, tomó sus manos y las puso en su entrepierna. Le atrajo hasta la cama donde le desvistió con rabia. Carlos entró en el juego. Acarició sus pechos. Los pezones se endurecieron. Estrella echó la cabeza para atrás. El placer fue surgiendo. Metió sus pezones en la boca de Carlos y le llevó la mano para que le acariciara su pelvis. Cuando estaba a punto de romper, metió la cabeza de Carlos entre sus piernas para que le acariciara el clítoris. Así estuvieron unos minutos. Estrella sintió que el placer se apoderaba de ella y quedó exhausta. En ese momento, tiró de Carlos para que la penetrase. Carlos lo hizo con dureza. Estrella se dejó hacer exigiéndole que se contuviera hasta conseguir un momento único. Cuando llegó, quedaron agotados uno encima del otro. El sueño los acogió.

El día siguiente fue intenso. Nick los recogió y los llevó al aeropuerto de Longaria. Rohan Foster era el encargado de validar la licencia de Carlos. El instructor asumía que Carlos sabía volar, pero quería asegurarse de que pudiera afrontar contingencias del vuelo en África. La navegación visual, la densidad y las tomas y despegues en los peculiares aeródromos de África. Después de una mañana agotadora con numerosas maniobras, Rohan Foster le validó la licencia. Ya tarde, Nick los recogió y los acompañó al hotel donde los esperaba Chris para cenar.

La noche se presentaba inquietante. Al día siguiente empezaba la aventura. Dejaron todo recogido para salir de inmediato, en cuanto se levantaran. Estrella se asomó a la ventana de la cabaña. La noche estaba oscura. Miró al cielo. Innumerables puntos brillantes aparecían en la oscuridad.

—Carlos, mira las estrellas. Nunca he visto tantas.

Carlos se acercó. La abrazó por detrás.

—¿Has visto tantas alguna vez? —preguntó Estrella.

—No... Es realmente un espectáculo.

Estrella se volvió y acercó su cara a la de Carlos. Buscó su boca y le

besó. Carlos se dejó hacer. Estrella le tocó buscando que él le tocara aquellas partes del cuerpo más sensibles. Empezó otro juego amoroso parecido al de la noche anterior. La pasión de Estrella era constante. Había algo en todo lo que envolvía el viaje que le resultaba misterioso e inexplicable. Una manera de aclararlo era mediante el sexo. Las reacciones de Carlos eran tardías. Nunca tomaba la iniciativa. Dejaba que Estrella le sedujera, después se incorporaba procurando satisfacerla. Estrella presentía que le pasaba algo...

—Carlos, ¿no te gusto?

—Claro que me gustas, y muchísimo.

—No te entregas... Siempre soy yo. Me gustaría un poco más de iniciativa. Quiero que me "folles", que cojas y me folles, así como suena. No que me hagas el amor. ¡Que me folles! Eso supondría una pasión que no te noto.

—Estrella, desvarías.

—Todo este viaje me preocupa. No lo entiendo...

—¿Tienes miedo?

—Ya sabes que no. No es eso. Palpo algo... que se me escapa.

—No hay nada.

Se levantaron pronto. Se trasladaron al aeropuerto. Les indicaron la conveniencia de que se pusieran unas camisas de piloto con sus galones. Así tendrían más facilidad para moverse en los aeropuertos. Cargaron el avión e iniciaron la aventura. Estrella pidió permiso para el despegue. Carlos hizo una buena salida, pero había una capa de nubes bajas. Estrella expresó su temor, sin embargo decidieron seguir en dirección al desierto de Kalahari para concluir su primera etapa en el campamento de Haina.

Empezó la aventura. En el cielo había bastante tráfico de aviones. Cuando salieron del espacio aéreo de Johannesburgo, disminuyó. El paisaje fue cambiando, se volvió ocre siendo más inhóspito. El vuelo fue tranquilo. Cumplieron el horario previsto. Se acercaron a

la pista de destino. Carlos señaló una senda. Estrella miró la foto de la pista de aterrizaje. Dieron una primera pasada. Estrella le comentó a Carlos que no era la pista. Carlos cambió la dirección y buscó otra. A unas cinco millas de la pista sobre la que estaban, vieron un camino que coincidía con lo que aparecía en la foto.

—Hemos estado a punto de equivocarnos —dijo Carlos.

El camino que les serviría de pista era más ancho que el que habían dejado. Parecía una senda. Confirmaron que la nueva pista era la correcta. Hicieron una pasada a baja altura para espantar a los animales y empezaron la maniobra del aterrizaje. Cuando detuvieron el avión y bajaron, había un todoterreno esperándolos. El encargado les ayudó a descargar el avión y les ofreció unas botellas heladas de cerveza. Estrella y Carlos las saborearon. Llegaron al campamento. Una estructura de madera en medio de la nada. Había una mesa larga, una barra y una zona de barbacoa. Se juntaron con las personas que se hospedaban allí en ese momento. Una pareja de sudafricanos, que eran los propietarios, y una familia australiana. Les dieron la bienvenida y les ofrecieron más bebidas y una cena. Les explicaron las reglas. Lo más importante era que, una vez hubiera anochecido, no podían salir de la tienda. Los leones merodeaban. Estrella y Carlos se miraron pensando que exageraban. De allí, en un jeep fueron a su tienda. Esa noche Estrella cayó derrotada. Carlos se asomó a la entrada de la tienda y le atrapó la oscuridad de la noche. No recordaba haber visto nunca un cielo tan estrellado. Intentó descubrir alguna estrella y vio por primera vez la Cruz del Sur.

A las 5,30 am estaban en pie. Les habían dicho que era la mejor hora para ver los animales. Hacía un frío intenso. Vieron cómo unos leones se acercaban a beber agua a un charco que estaba a unos treinta metros de la tienda principal. Salieron con un guía a explorar la reserva. Vieron jirafas, leones, antílopes, kudus y muchos más animales. Estaban maravillados. Estrella lanzaba continuas exclamaciones de admiración.

—Carlos, no me esperaba esto... Es maravilloso...

Tras el paseo, volvieron a la tienda principal. La comida estaba preparada. Después de comer, Carlos sacó las cartas para comprobar

los rumbos y las altitudes. Por la tarde fueron a ver cómo vivían las tribus en un entorno tan hostil. Unos indígenas les enseñaron cómo sobrevivían. Sacaban agua de las plantas, encendían fuego con las manos. Pensaron que había un poco de teatro en esa escenificación. Se fueron a acostar sonriendo al comentar lo que habían visto.

Estrella no estaba cansada. La noche era muy oscura. En la tienda tenían encendido un quinqué. Por delante les quedaba un día intenso. Pero Estrella sintió el deseo. Se quitó la ropa. El trasluz del quinqué le daba unas tonalidades rojizas. Estaba de pie, quieta. Carlos se quedó parado. Se fue acercando. Estrella le tomó llevando su mano por sus pechos y su pelvis.

—Carlos..., ¿qué te pasa?

Carlos no respondió. La fue tocando. En la cara de Estrella se apreciaba el placer que sentía. Con violencia, le quitó la ropa y le pidió que la penetrara, despacio... Estaban tumbados en el suelo, Estrella debajo. Tenía entrelazadas las piernas en la cintura de Carlos. Con movimientos pausados acompañaba sus acometidas.

—Despacio..., despacio... Así..., sigue así...

Llegó el momento del éxtasis. Estrella echó la cabeza para atrás. Carlos se dejó caer encima del cuerpo de ella. El sopor, el sueño, el recuerdo del placer los mantuvo tumbados en el suelo hasta que sintieron el motor de jeep que venía a recogerlos. Eran las 4 am. Fueron a la tienda principal, tomaron café y se despidieron. Recogieron sus enseres y cargaron el avión. Apenas hablaron entre ellos. Con un viento muy fuerte pegaron el avión al suelo para que no entrara en pérdida al despegar. Lo hicieron sin contratiempos. En el aire interceptaron la radio de otros vuelos. Amanecía. El paisaje cambiaba al sobrevolar el delta del Okavango. Distintos verdes que se mezclaban con el reflejo plateado de los charcos. Aterrizaron en una pista curva bordeada de árboles. Con cuidado detuvieron el avión. En la cabecera los esperaba Adams, su guía, con un jeep. El campamento Shinde tenía más empaque que el de Haina. Había más bullicio. Adams los llevó a su tienda. Se ducharon y volvieron a la tienda central para comer.

Estrella estaba impresionada por la experiencia que estaba viviendo.

A pesar de estar siempre juntos, no encontraba el momento de hablar con Carlos. Seguía percibiendo su lejanía. Dieron una vuelta por el campamento y un guía indígena los llevó en un mokoro, una barca de dos plazas. El guía de pie en la popa empujaba con un palo largo. De vuelta al campamento observaron numerosos y variados animales: leones, hipopótamos, jabalíes, ñus, cebras. Todos andando a sus anchas.

En la tienda principal, Carlos desplegó sus mapas y señaló las cataratas Victoria, el final de viaje.

Esa mañana se levantaron a la 6,30 am. Adams los recogió y los llevó a la tienda principal. Tomaron un abundante desayuno y se despidieron. Iniciaron la última etapa del viaje. Se dirigieron hacia Kasane a una altura que les permitió contemplar el paisaje y unas manadas de cebras y ñus que iban en estampida por el ruido del avión. Hasta Kasane, se ajustaron al río Zambeze. Estrella intentó hablar con la torre de control, pero las comunicaciones eran sucias. Hicieron un bonito aterrizaje. En el aeropuerto comprobaron la utilidad de las camisas de pilotos. Les facilitaron los trámites. Después de repostar y completar los trámites de la aduana, pidieron la autorización para despegar. Hicieron un despegue difícil. Un fuerte viento cruzado. Al poco conectaron con el aeropuerto Victoria Falls y pidieron permiso para sobrevolar las cataratas Victoria. Les dieron la autorización a 6.000 pies. El cielo estaba lleno de helicópteros y ultraligeros. Mucho antes de llegar se podía ver el “mist”, la cortina de agua vaporizada de las cataratas. El cielo estaba azul y tenían una visibilidad perfecta. Se aproximaron todo lo que pudieron. Estaban callados, asimilando la belleza insultante que contemplaban. Los avisaron de la torre para que dejaran libre el espacio aéreo. Se dirigieron al aeropuerto. Hicieron los trámites de entrada en Zimbabue aprovechando la ventaja de sus trajes de piloto. En la puerta, los recogió un microbús y los llevó al hotel Victoria Falls. Allí se cambiaron de ropa. Estrella entró en el baño para darse una ducha rápida. Al salir, Carlos hablaba por teléfono.

—¿Con quién hablas?

—Con mi tío, tenía un asunto pendiente...

—¿Y?

—Ya está resuelto.

—¿Qué asunto es? —preguntó Estrella extrañada de que estuviese hablando con su tío el Cardenal— ¿Pasa algo?

—No, nada. Le había hecho una consulta y ya está todo resuelto —contestó Carlos con voz cortante.

Estrella se quedó intrigada. ¿Qué podía ser tan importante para llamar a Johannesburg en plenas vacaciones? Se lo quitó de la cabeza y decidieron hacer una visita a las cataratas usando una puerta de acceso del hotel. El guardia de seguridad los acompañó hasta la tienda para comprar unos impermeables y quedó en recogerlos antes de las 6 pm. El vapor les impidió ver bien el paisaje. Tomando como fondo la estatua de Livingston se hicieron unas fotos. Recorrieron los rincones que pudieron. Llegó el guardia y los avisó de que iban a cerrar.

Dieron un paseo por la ciudad y buscaron un restaurante. En la guía vieron la recomendación del Mama África. Dieron con él. La cena fue agradable. La actitud de Carlos era fría, distante. Estrella le miraba extrañada. Había sido un viaje inolvidable. Lleno de sorpresas. Una aventura extraordinaria. Después de los postres, Carlos tomó la mano de Estrella.

—Estrella, tenemos que hablar...

Estrella le miró expectante.

—Mira...

A Carlos le costaba hablar.

—Mira, Estrella...

—¿Qué te pasa, Carlos?

—He pedido la excedencia de mi puesto.

—¿Te vas? ¿Nos vamos?

—Estrella..., me voy. He hablado con mi tío, el Cardenal Togazzi.

Me voy a Roma al seminario. Voy a ordenarme sacerdote.

—¿Cómo? ¿Qué dices?

Las facciones de Estrella se habían tensado. Sus ojos, muy abiertos, parecían comérselo. Ahora comprendía la anterior llamada de su tío. Sus cortantes palabras, el misterio que envolvió la explicación que le dio..., que no le dio.

—Y todo lo que ha pasado entre tú y yo... ¿no significa nada?

—Que te quiero..., pero ya he tomado la decisión. A primeros de junio me voy a Roma. Ya tengo todo preparado.

CAPÍTULO IV

Octubre de 2013

El hocico de Gress me había espabilado. Alargué el brazo para acariciarle. Quería que me dejara dormir un poco más. Continuó. Me levanté despacio para no despertar a Lucía y bajé a la cocina. Gress me siguió y se paró delante de la puerta para que le abriera y dar su primer paseo. Hice la rutina de todos los fines de semana. Cogí la prensa que estaba junto a la verja, me puse un café para despejarme y leí tranquilamente el periódico. Los ladridos de Gress alteraron mi tranquilidad. Abrí la puerta y entró corriendo para pedir su premio. Cerré la puerta de la cocina para que no se escapara y no molestara a Lucía. Volví a desplegar el periódico para hojear las noticias. Eran descorazonadoras. El fin de la doctrina Parot con todo lo que ello significaba. Ya había hablado con Lucía de este cambio en la política penitenciaria. Ella lo había tratado el último jueves en su tertulia con Jaime. No sabía, ni imaginaba el sesgo que estaba tomando este vuelco en la aplicación de las penas. Habían salido numerosos terroristas con condenas pendientes. También presos peligrosos por crímenes violentos, y reincidentes en violaciones. Las calles se estaban poblando de gente de mal vivir que crearía la inquietud y el miedo en muchos de nosotros. Lucía entró en la cocina.

—¿Por qué no me has llamado?

—He preferido que durmieses.

—Hemos quedado a la diez y media. Tengo que ducharme y vestirme. Vamos pillados de tiempo.

—¿Adónde vamos?

—A El Prado. He quedado allí con Estrella.

—¿Con Estrella en El Prado? No me has dicho nada.

—Anoche cuando llegué era muy tarde, venía cansada y se me pasó.

—¿Y Sara?

—He llamado a Yanka.

—¿Para qué has quedado con Estrella? No será...

—¿Qué piensas? Nos va a enseñar El Prado. Hay una exposición dedicada a Velázquez.

Sus explicaciones me tranquilizaron. ¿Qué temía? Las sospechas de Estrella podían haber calado en Lucía. Temía que se involucrara en no sabía qué. Después de lo que me había contado de su viaje a Sudáfrica, la figura de Carlos no se ajustaba a la traza de un sacerdote, y me costaba comprender a Estrella. Había sufrido un terrible desencanto y había vuelto a verle. Me faltaban elementos de esa historia. Había muchas lagunas. No sabía si quería conocerlas. Pero sentía curiosidad.

Al poco llegó Yanka y se hizo cargo de Sara, que se acababa de despertar. Lucía bajó. Llevaba una cazadora de cuero y unos tejanos ceñidos. Tenía unas formas generosas. Le hice unas observaciones escabrosas.

—¡Anda ya! A ver si te animas... No seas tan parco como Carlos.

Me picó su travieso comentario. Hacía tiempo que no teníamos relaciones. Aprovechábamos los viajes o momentos infrecuentes en los que Sara estuviera dormida o fuera de casa..., que eran muy pocos.

Bajamos a Madrid por la A-6. Llegamos pronto a las inmediaciones de El Prado. Buscamos aparcamiento en la calle de Jesús pensando tomar luego unas cervezas en la Taberna de la Dolores. Tuvimos suerte y, aunque había una larga cola para ver y besar al Cristo de Medinaceli, encontramos un hueco en la puerta de La Dolores.

—¿Dónde has quedado? — pregunté.

—En la sala de Las Meninas alrededor de las once y media — respondió Lucía—. Date prisa que ya llegamos tarde.

Corríamos por la calle de Lope de Vega. Estaba solitaria. Cruzamos el Paseo del Prado. En la acera central de la calle tropezamos con los vendedores de cachivaches típicos de las inmediaciones de El Prado. En cada puesto había numerosos turistas preguntando por lo expuesto. Lucía tiraba de mí.

—Vamos, vamos que es tarde.

Al meternos en la explanada de la entrada, vi una larga cola de gente esperando. No sabía si Lucía había contado con esta adversidad. No creía que llegásemos a la cita.

—No te preocupes —dijo Lucía—, ya tengo las entradas. Las compré por internet. La hora de entrada era a las once. ¡Venga, vamos!

Sorteamos a la gente que nos miraba con hastío y un poco de envidia. Había delante de la puerta una zona delimitada con unas cintas para conducir a la gente que iba en fila. Estaba vacía. Nos adentramos y nos paró una chica gordita con un brazalete. Lucía le enseñó las entradas y nos indicó por dónde teníamos que entrar. Pasamos los arcos de los metales y un encargado nos mostró dónde empezaba la exposición de Velázquez. No hicimos caso y subimos al primer piso en el que se encontraba la sala de Las Meninas.

La sala ovoidal estaba llena. Había varios grupos con acompañante. Los guías explicaban el cuadro. Miré a Lucía. Buscaba a Estrella entre la gente que contemplaba el cuadro. Se dio la vuelta y su rostro cambió. Se le iluminó dibujándosele una bonita sonrisa. Seguí su mirada. Apoyada en la escultura de bronce oscuro, situada en medio de la sala, que representa a una mujer, de un espléndido cuerpo, dormida en una sensual postura, vi a otra mujer que se enderezó yendo hacia Lucía. Le veía la espalda. Tenía unas formas espectaculares. Andaba con una cadencia muy atractiva. Volvió la cara para mirarme. Me adelanté y fui a saludarla.

—Hola, soy Estrella —avanzó hacia mí.

Me quedé parado mirándola. Era una mujer soberbia. Pelo negro azabache, ligeramente rizado, unos ojos grandes y verdes, de un verdor que atraía. Me vino de repente la representación de lo que me había contado Lucía del viaje a Sudáfrica. Exudaba sensualidad. No comprendí, en ese instante, la decisión de Carlos.

—Soy Marcos —respondí.

—Ya me ha hablado de ti Lucía.

—Bueno —dijo Lucía mirando a un lado y a otro—, creo que éste no es un lugar para hablar. Vamos a salir de aquí.

Lucía se encaminó a la salida. Estrella y yo la seguimos. Estrella se puso a su altura. Iban delante. Las veía andar, moverse. Sentía un cosquilleo de complacencia. Fuimos desandando el recorrido de la ida. La explanada del museo seguía siendo un hervidero de gente. Las colas se movían lentamente. Las caras de las personas mostraban la asunción de esa larga espera. Me adelanté y me puse al nivel de ellas. Cruzamos el Paseo del Prado y nos dirigimos a la calle de Jesús, a La Dolores. En ese momento abría sus puertas. Unas pocas personas que estaban esperando entraron con nosotros. Nunca había visto La Dolores vacía. Nos fuimos al fondo y nos sentamos en una mesa, cómodos, donde podíamos hablar. No sabía qué pretendía Lucía..., o Estrella. Lucía no me había dado ninguna explicación de por qué bajábamos a Madrid. Sólo que se había citado con Estrella.

—Estrella —empezó a decir Lucía—, no sé qué te llevó a pensar que la muerte de tu... ex novio no fue lo que parece, un suicidio...

—No, Lucía, no le fue. No va..., no iba con su forma de ser.

—Después de lo que salió publicado..., no tenía otra salida.

Estaba desorientado. No sabía de qué hablaban. Lucía no me había hecho partícipe de sus inquietudes.

—Lucía, creo que estoy fuera de juego. No sé de qué estás hablando...

Se adelantó Estrella.

—En El País salió una información sobre Carlos. Normalmente habría sido una noticia escandalosa. Pero los últimos sucesos..., la doctrina Parot, silencian todas las demás noticias. El País publicó que Carlos había abusado de una niña.

Tuve una sensación de repugnancia. Debió de traslucirse en mi cara.

—Él no lo hizo —me espetó Estrella.

—¿Cómo puedes saberlo? —pregunté

—Deja que Estrella nos lo explique —terció Lucía.

El semblante de Estrella se había transformado. Compunción, pena, rabia. No sé qué leía en él. Pero sí..., había rebeldía.

—Estuvimos juntos muchos años. Sé cómo era. Para hacer cochinadas, me tenía a mí. No tenía por qué buscarlas en una niña.

—Quizá estuviera enfermo —añadí.

—Lo habría notado. Era un hombre activo en la cama y no tenía ninguna tara.

—¿Cómo crees que se montó todo esto? —preguntó Lucía.

—Por más vueltas que le doy..., no encuentro explicación...

—¿Cómo fue que os volvisteis a ver? ¿Quién reinició la relación? —intervino Lucía.

—Fui yo —contestó Estrella.

Quedó callada unos instantes. Se acercó el vaso de cerveza a los labios y tomó un sorbo. Apenas bebió. La caña estaba entera, la cerveza había perdido su fuerza.

—Hace un año más o menos, me metí en Google y encontré a Carlos. Estaba como sacerdote en un pueblo de la sierra, en Navalagamella. Un pueblo pequeño.

—Lo conocemos —interrumpió Lucía.

—Sí, a veces hemos ido a un vivero que hay allí. A comprar plantas. Conocemos al dueño —añadí.

—Bueno..., entonces ya sabéis cómo es el pueblo.

Guardó silencio. Hablaba lentamente, con voz suave, en un tono bajo, pero audible.

—Cuando me presenté estaba oficiando una misa. Me impresionó volver a verle. Estaba como yo le recordaba. Más guapo. El tiempo parecía que no había pasado por él. Después de más de ocho años. La parroquia se llama Nuestra Señora de la Estrella. ¡Vaya coincidencia!

CAPÍTULO V

Octubre de 2012

Navalagamella es un pueblo de la sierra de Madrid. Está en la zona oeste. En las faldas de la Sierra del Guadarrama. Un pueblo pequeño.

El día era plomizo. Unas nubes grises y bajas coronaban el cielo. Estrella llegó un poco antes de comer. Se había metido en internet para saber algo más de él y localizar la iglesia. El horario de misas. Así sería más fácil encontrar a Carlos. La última misa dominical de la mañana era a la una. Al conocer el nombre de la parroquia, Nuestra Señora de la Estrella, sintió una ligera emoción. ¿Qué recuerdos le habrían traído a Carlos? Ella desde aquel malhadado viaje a Sudáfrica no había vuelto a saber de él. Siempre se había preguntado el porqué de aquella aventura. No sabía si había sido una prueba que Carlos se impuso para sopesar la decisión que iba a tomar, o si ya lo había decidido. Pero le infligió un daño cruel e innecesario.

La Iglesia es antigua y bonita. Data del siglo XVI. La época en que se construyó El Monasterio del Escorial. De su mismo estilo. Herreriano. Sus sobrios y macizos muros recuerdan los de las almenas de un castillo.

Lucía entró en la iglesia. Tiene una sola nave. Estaban oficiando una misa. La iglesia estaba llena. En los primeros bancos había algunas mujeres mayores ataviadas con velos negros. Se acercó. Descubrió sorprendida que el oficiante era Carlos. Se detuvo y se sentó en uno de los últimos bancos. En una zona oscura desde donde ella pudiera seguir la ceremonia sin ser reconocida. Como una turbulencia pasaron los recuerdos del viaje a Sudáfrica. Cada momento. El desierto de Kalahari, el campamento de Haina, el delta de

Okavango, las cataratas Victoria. La maldita cena. Oficiaba con movimientos pausados, sin prisa. Su voz, ronca, hizo que se conmoviera al oírla. Después de tanto tiempo..., después de lo que le había hecho, seguía enamorada de él. Sintió cómo unas lágrimas se deslizaban por sus mejillas.

Acabó la ceremonia. La iglesia se fue despejando. Quedaban algunas mujeres arrodilladas en los primeros bancos. Carlos salió de la sacristía. Apagó las velas y ordenó el altar. Una de las mujeres se enderezó y se acercó a Carlos. Se le unieron dos más. Se oía un murmullo. Hicieron una inclinación con la cabeza y salieron. Carlos fue hacia la puerta para cerrarla. Al llegar a la altura de Estrella, la miró. La oscuridad del templo ocultaba sus facciones. Carlos se acercó. Se quedó parado. Estaba sorprendido.

—¿Estrella...? ¿Cómo...? ¿Tú aquí...?

Se sentó en el banco. Sintió un ligero temblor. Una emoción.

—Estrella..., ¡cuánto tiempo! Han pasado muchos años...

Se levantó y la abrazó. Notó el temblor del cuerpo de Estrella. Tenía los brazos caídos. Cuando Carlos aflojó los brazos, Estrella le agarró estrechándole con fuerza. Carlos correspondió lentamente. La abrazó conmovido.

—Espera..., Carlos..., espera...

Las lágrimas rodaban por su rostro. Se desasieron. Estaban de pie, enfrentados, con la mirada fija. Carlos le tomó la mano y se dirigieron a la sacristía. Era una habitación pequeña con una mesa redonda en el centro. Sobre ella estaba la casulla que Carlos había usado en la misa. A su alrededor había tres sillas. Se sentaron. Carlos tenía cogida la mano de Estrella.

—¿Cómo me has encontrado?

—Ahora es fácil... —respondió Lucía— Internet, con internet puedes encontrar a quien quieras.

—Y... ¿por qué ahora?

Estrella lanzó un suspiro.

—Cuando te fuiste..., te odié. No comprendía lo que pasaba... Cómo después de aquel maravilloso viaje, me dejabas. No sabes el daño que me hiciste. Ya sabes que no soy practicante, pero tu actitud distaba mucho de los valores cristianos. Fuiste egoísta...

—Sí..., lo fui. Durante estos años he estado pensando en nosotros. En aquel viaje, en mi comportamiento. No me porté bien...

—¿Por qué lo hiciste? Si ya tenías pensado dejarme, debiste hacerlo antes de aquel viaje. Fue como un viaje de novios adelantado. Y, al final, me machacaste.

—Siempre he querido pedirte perdón, explicarte, explicar mi comportamiento. Pero me faltó coraje...

—Y... ¿ahora?

—Me resulta difícil justificar mi comportamiento. ¿Qué puedo decir...? Nada puede borrar lo que te hice, y ninguna explicación me justificaría a tus ojos. Lo que siento nunca desaparecerá. Es un peso que debo soportar y no se borrará.

Lucía tenía los ojos fijos en él..., debería odiarle. Había roto su vida. Pero no podía. Carlos estaba inclinado con los codos apoyados en sus piernas. Y, entre sus manos, la mano de Estrella.

—¿Por qué? ¿Por qué lo hiciste?

—No lo sé... La muerte de mis padres y de mi hermana... me marcaron. No te puedo dar una explicación que te convenza. No la hay desde la razón.

Carlos miró la hora. Eran las tres de la tarde. Le propuso comer juntos en el pueblo y así contarse cómo habían ido sus vidas desde que se separaron.

Fueron paseando hasta la plaza. El paseo parecía una peregrinación. Cada dos pasos..., siempre que se cruzaban con alguien, se paraban. La gente saludaba a Carlos con cariño. Conocía los nombres de todos. En la plaza entraron en el restaurante Los Arcos. Apenas

cabían. Se repetían los parabienes. Cada grupo le quería invitar a una cerveza. Carlos se disculpó y entraron en el comedor. El dueño los atendió solícito y le dijo a que él se iba a encargar del menú. Carlos le dejó hacer. Les pusieron unas cervezas con un plato de jamón, y luego les sacó unas raciones de cordero chamuscado.

Mientras comían fueron intercambiando confidencias. Carlos, después de Sudáfrica, viajó a Madrid y tramitó su excedencia. Se trasladó a Roma. A través de su tío, el Cardenal Togazzi, hermano de su madre, ingresó en el seminario. Acabó los estudios en cuatro años. Estuvo medio año en Roma en una pequeña parroquia y volvió a España. Vivía en Madrid, en el piso que compartieron en la calle Santa Hortensia. Un bonito piso que Carlos había comprado cuando sacó la oposición. Cuando llegó de Roma, estuvo destinado en la Conferencia Episcopal. Desde hacía unos meses estaba como magistrado de la Rota y los fines de semana subía a ayudar al párroco de Navalagamella.

Estrella también le contó su vida. Se había repuesto del golpe que recibió y se dedicó a lo que le gustaba: la pintura. Por sus contactos del Art Institute of Chicago, consiguió que la contrataran como colaboradora en las restauraciones de El Museo del Prado.

Se despidieron con pena. Estrella tomó la determinación de seguir viéndole.

CAPÍTULO VI

Octubre de 2013

—Lucía, no entiendo bien la actitud del novio de tu amiga. Después de un viaje romántico por África le dice que la deja porque se mete a cura.

—Eso ya no tiene importancia. También a mí me sorprende.

—Y ¿por qué se extraña de su muerte?

—Ha muerto por un accidente... ¿provocado? Aunque hay una nota en la que se justifica, una nota del suicida.

—Eso demuestra que es verdad.

Ignoraba en qué estaba trabajando Lucía. Había vuelto de la radio y se había subido a la buhardilla. Poco antes de cenar, bajó. Tenía el ceño fruncido. La mirada perdida. Me había contado lo que había hablado con Estrella. Pero no atinaba a imaginar qué pretendía Estrella de Lucía.

—¿Qué quiere de ti?

—Que la escuche...

—¿Nada más...?

—¿Qué más puede querer?

Se me habían pasado por la imaginación varias aventuras que no me gustaban y a las que Lucía se entregaría si Estrella se lo pedía.

—¿Qué la ayudes a aclarar su muerte? —aventuré a decir.

—Y ¿si fuera así?

—Es un enredo que no me gusta. ¿Qué buscarías? ¿Qué puedes encontrar?

Un grito de Sara nos interrumpió.

—Cuida de Sara. Yo hago la cena —le dije—. Hoy no la has visto.

Lucía se acercó a Sara y la tomó en brazos. Le estuvo haciendo carantoñas. Había desaparecido la cara amarga y preocupada que tenía cuando bajó de la buhardilla. Intentaba imaginar qué podía estar haciendo. Qué nuevo trabajo había emprendido. Ahora se mostraba callada y discreta. Yo dudaba que fuera por el recuerdo del último episodio que habíamos vivido. Después de aquel extraño suceso, la muerte de Sandovall, quería mantenerme al margen de todo lo que hiciera.

—Me ha llamado Estrella...

—¿Qué quiere?

—Que la acompañemos a casa de Carlos.

—Pero... si está muerto.

Lucía tenía a Sara en brazos. Jugaba con ella. Hablaba indolentemente.

—He leído la nota de prensa sobre los abusos...

—Está claro, ¿no? Entonces... ¿a qué viene esa ofuscación?

—Está claro lo que dice. Pero... ¿es verdad? Esa es la duda de Estrella. Ella le conocía. Un tipejo que hace lo que dicen que hizo no es un tipo normal. Y si hubiera estado enfermo de... lujuria, de ese tipo de lujuria, Estrella lo sabría.

Me estaba dejando convencer. Quizá era la posibilidad de volver a ver a Estrella. Una mujer que me había impresionado. Apenas la conocía, pero lo que Lucía me había contado, unido a su sensual aspecto, avivaba mi curiosidad. O quizá fuera la salvaje descripción

de sus noches de sexo en Sudáfrica. Y, al verla, se fue desatando mi imaginación. Tomé la copa de vino entre las manos y mostré una ligera displicencia.

—Os acompañaré...

—Si no quieres, no hace falta.

—No, iré con vosotras —insistí—. ¿Dónde has quedado?

—La recogeremos en su casa.

—¿Para qué quiere ir?

—Ahora la casa es suya. Se la ha dejado en herencia.

Me pasmó la noticia. No comprendía la relación que habían tenido. Después de un extraño viaje, él se mete a cura. Ella se aleja y se reencuentran años más tarde. Se reconcilian como amigos y Carlos la nombra su heredera. Mi curiosidad vencía mi recelo. Todo lo que Lucía empezaba tenía un aspecto inofensivo. Luego se complicaba y se volvía peligroso. Desconocía el motivo de la sospecha de Estrella, pero era muy fuerte insinuar que el suicidio había sido un montaje. Para ello sería necesaria una razón. Estrella no le había dado ninguna. ¿Un cura? ¿Qué podría haber hecho?

El sábado, después de dejar a Sara con Yanka, bajamos a Madrid. En el trayecto, Lucía me fue contando las últimas novedades de Estrella.

—Es muy amiga de un notario compañero de Carlos, Rafael Villaescusa. La llamó después de la muerte de Carlos.

—¿Ella no sabía nada?

—No, la avisó Villaescusa. Ella pensó..., no sé lo que pensó. Fue una llamada inesperada. Fue a la notaría. Y supo, se lo contó Villaescusa, que, después de volver a verla, Carlos fue a la notaría y la nombró su heredera.

—No puede..., ¿y la familia de él?

—No tiene familia. Sus padres y su hermana murieron en un accidente. No quedaba nadie.

No había mucho tráfico. Atravesamos Madrid en poco tiempo. Una mañana de otoño, una mañana gris con nubes bajas. El día anterior había caído un fuerte chaparrón. Madrid estaba limpio. La calle Princesa, encharcada. Nos metimos en el túnel de El Corte Inglés y, al salir, chispeaba.

—Va a hacer un día de perros —comenté.

—A mí me gustan estos días. El otoño había desaparecido y, de repente, ha vuelto. ¡Disfrútalo! Luego, si acabamos pronto, podríamos ir a tomar unas cervezas, dijo Lucía.

Llegamos a la calle de Alfonso XII. En la puerta nos esperaba Estrella. Llevaba unos leggins negros, que resaltaban las líneas perfectas de sus piernas, y una chaqueta de astracán gris. La lluvia arreciaba. Al vernos tomó una ligera carrerilla para acercarse al coche lo antes posible. Llegó resollando.

—¡Cómo llueve! Bueno, gracias por recogerme.

—¿Adónde vamos? —pregunté.

—La calle es Santa Hortensia, pero se entra por Clara del Rey.

Di la vuelta y enfilé por la calle de Velázquez. Estrella y Lucía empezaron a hablar dejándome al margen de su conversación. Estrella le explicaba a Lucía cómo se había enterado de que la casa era suya. La llamó el notario y le entregó las llaves.

Llegamos a la calle de Clara del Rey. Estrella me señaló la puerta del aparcamiento. Entramos y me indicó la plaza en la que tenía que dejar el coche. Estrella quería ver, antes de subir la piso, al portero. Paramos en la planta baja. Herminio, el portero, estaba sentado detrás de una mesa. Cuando vio a Estrella, saltó como empujado por un resorte.

—Señorita Estrella..., ¡qué alegría verla!

Se acercó a nosotros y saludó a Estrella con dos besos.

—¡Cuánto tiempo!

Adoptó un tono contrito.

—¡Qué pena! Fue una desgracia el accidente.

—Sí —respondió Estrella—, Herminio..., una pena. Sabe que ahora soy...

—Sí —la interrumpió Herminio—, ya sé que es usted la propietaria. Ya sabe que me tiene para lo que necesite.

—Ya lo sé, Herminio... ¿Cómo está el piso?

—Bien. Bueno... hace unos días, vinieron unos técnicos de la compañía de gas. Tenían que hacer una reparación. Carlos los había llamado. Me extrañó... Carlos siempre me avisaba. Pero me ensañaron la orden de reparación. Les abrí, estuvieron un buen rato y se marcharon. Subí y estaba todo bien. Cerré la puerta con llave. No ha habido nada más.

Subimos a la cuarta planta. Un largo pasillo con recias puertas a ambos lados de la pared. Seguíamos a Estrella. Se movía con familiaridad. Se detuvo ante una puerta con la letra “S” y metió la llave en la cerradura. Se demoró unos instantes pensando o recordando ¿a Carlos? ¿O en los años que vivió en ese piso? Con decisión empujó la puerta. La abrió completamente. Entramos despacio. En el semblante de Estrella se notaba el volcán de recuerdos que la arrasaban. Era un piso grande, a la derecha de un pequeño vestíbulo había un holgado salón. Cuando entramos, Estrella se quedó quieta mirándolo todo. Había una mesa de despacho con tablero de cristal sobre cuatro barras de metal. Encima, una pantalla de un Mac y junto a él un portátil. La decoración era minimalista. Las paredes estaban casi desnudas, con muy pocos adornos. Pegado a un enorme ventanal había un sofá en forma de ele y enfrente una televisión sobre una pequeña mesa.

—Está muy vacío, es un poco frío —dijo Lucía

—Sí..., está cambiado. Cuando vivíamos juntos era más cálido.

Estrella fue recorriendo el piso, examinando las dos habitaciones.

Abrió los armarios. Se quedó mirando su contenido. Había ropa de Carlos. Estrella acarició las camisas. En su cara se pintaba la marejada de sentimientos que se agolpaban.

—Tendrás que tirar o regalar toda esa ropa —dijo Lucía.

—Sí..., iré a hablar con el párroco de Navalagamella... Haré un hatillo y se la daré..

—¿Qué piensas hacer con el piso? —pregunté.

—No lo sé...

En uno de los cuartos, había una estantería de madera pegada a la pared. Estaba cargada de libros. Empecé a hojearlos. Era una mezcla. Estaban clasificados. Un grupo estaba dedicado a novelas, otro a libros de Economía y uno más a Teología. Estrella miraba un archivador. Sacó las carpetas.

—Estas deben de ser las causas matrimoniales pendientes. Aquí tiene que estar...

No acabó la frase.

—¿Qué buscas, Estrella? —preguntó Lucía.

—La causa de la mujer que le ha denunciado.

Entresacó los papeles de todas las carpetas. Con un gesto de rabia cerró la última.

—No está, y aún no hay sentencia.

—¿Conocías ese asunto? —preguntó Lucía extrañada— ¿Esa mujer tenía pendiente una anulación? No lo entiendo...

—Me habló de ella. Era un asunto que él tomó como abogado de oficio porque la mujer no tenía medios, y tenía una hija pequeña, la que... Bueno, no podía ir a la Rota para verle y llevarle documentos. Carlos fue a su casa para hablar con ella y ver lo que tenía.

—¿No es algo confidencial? —le dije dudando.

—No, no me contaba nada. Sólo lo que hacía. Me extrañaba que fuera a su casa. Era un caso especial por las circunstancias de ella. Pero no está, y es raro. Voy a mirar en los ordenadores.

Salimos del cuarto y Estrella se puso a trastear en el Mac.

—Aquí no hay nada...

Alzó la cabeza y nos miró confusa.

—Lo han tocado. Seguro. Está vacío...

Abrió nerviosa el portátil. Lo encendió. Miraba atentamente la pantalla. Pulsó algunas teclas.

—Aquí tampoco hay nada. No puede ser. Están limpios. Los del gas...

Lucía se acercó a Estrella y le tocó el hombro.

—¿Estás segura? —preguntó Lucía.

—No soy una experta en ordenadores, pero está limpios. Los correos...

Volvió a mirar el ordenador.

—Los correos..., hay un vacío. Desde una fecha hasta hace unos días, no hay ninguno. ¡Una sorprendente laguna!

Se movía nerviosa por toda la casa. ¿Qué buscaba?

—Anda, vamos a tomar un café —dijo Lucía—. Así te tranquilizas y vemos qué hacemos.

Lucía, con un gesto con la cabeza, nos indicó la puerta. Ya fuera, en el pasillo, esperando el ascensor, le mostré mis dudas.

—Lucía, no tenemos nada.

Salimos a la calle y en la esquina con Clara del Rey estaba la cafetería Vait. Entramos y nos sentamos en una mesa.

—¿Qué piensas, Lucía? —preguntó Estrella azorada.

—Estrella, si llevas razón y no ha sido un suicidio... Pero ¿por qué pensaste que no era un suicidio?

—Le conocía y sabía que era incapaz de lo que le acusaban.

—Pero la gente cambia —aventuré a decir.

—No tanto como para volverse un enfermo.

Calló un momento recuperando un recuerdo.

—Hubo un detalle que me lo confirmó —añadió.

Habían traído los cafés. Estrella tomó la taza con las dos manos y se la acercó a los labios.

—La Policía me habló de una nota. Pedí que me la enseñaran.

Estrella daba pequeños sorbos. Hablaba a trompicones.

—Estaba en su expediente. Iban a mandarla al juez.

Otro silencio. No nos atrevíamos a apremiarla.

—Insistí. Tengo un amigo en la Guardia Civil. Era compañero de Carlos. Le llamé y consiguió que me dejaran verla.

Dejó la taza encima del platillo y se limpió los labios con una servilleta. Siguió hablando. Lo hacía con voz ronca, despacio.

—Era una nota breve, escrita con mayúsculas. Así es muy difícil reconocer la letra, pero estaba escrita con bolígrafo y en color negro.

—¿Qué decía la nota? —pregunté.

—No fue lo que decía... Es otra cosa..., él siempre escribía con pluma y usaba el color marrón. Tenía hasta bolígrafos de tinta marrón. Esa nota no la había escrito él.

—¿Esa es la causa de tus sospechas? —pregunté extrañado.

—Sí, es una de las causas. Era un enamorado de Shakespeare. Hizo un curso sobre él en Londres. Debió de coincidir contigo.

Miró a Lucía.

—Cuando ibas a lo de Virginia Woolf —añadió Estrella.

Lucía alzó los hombros desconcertada y movió la cara negándolo.

—Tú ibas poco. Me dijo que Shakespeare escribió sus obras con tinta marrón. Y él la usaba también, siempre, hasta en los mails; pero hay más. Cuando conoces tan bien a una persona y te cuentan..., lo que dicen que Carlos hizo... No es él. Todo lo demás son detalles que me confirman que no estoy equivocada.

—¿Qué opina tu amigo de la Guardia Civil? —preguntó Lucía— Él te puede ayudar.

—¿Jorge? Le parece increíble. Pero no cree que la Policía haya cometido un error.

Lucía le tomó la mano para tranquilizarla.

—Si eso es así, habrán entrado en el piso buscando algo. Lo pueden haber encontrado o no.

—Si Carlos tenía algún archivo confidencial, tendría una copia en la "nube"..., y no creo que lo hayan encontrado.

—¿Sabes su contraseña? —pregunté.

—No, no me la dijo...

—Bueno, lo podemos intentar..., podemos hablar con Damián. Si tus sospechas son ciertas, hay que ver si han tocado los ordenadores y conseguir la copia, siempre queda algo —dijo Lucía.

—Es todo muy complicado... Si lo han montado así..., un accidente que parece un suicidio, pero que es un asesinato... Tiene que haber una razón que se nos escapa... Y son, o deben de ser, muy "buenos", y no creo que dejen nada al azar. Si Damián puede encontrar la copia, también ellos —añadí.

—Puede ser, pero no perdemos nada por hacer una prueba. Llamaré a Damián. Así saldremos de dudas. Nos puede ayudar a buscar los archivos ocultos.

La cafetería se fue llenando. Todas las mesas estaban ocupadas. La sonoridad del local no era muy buena. Las palabras se perdían. Teníamos que repetirlas. La voz ronca de Estrella no se percibía. Mirábamos a un lado y a otro, temerosos de ser oídos, pero lo peor es que entre nosotros no nos oíamos. Les hice un gesto a Estrella y a Lucía. Al salir a la calle, dejaron de retumbar las voces y los ruidos de platos y tazas entrechocando. La calle de Corazón de María había cogido el trasiego diario. Coches y peatones llenaban la calle. El día seguía gris. El aguacero torrencial se había convertido en una fina lluvia. Parados en la puerta no sabíamos qué hacer. Aún quedaban por fijar qué pasos daríamos. En la cafetería, Lucía había hecho un esbozo de la estrategia. Yo no estaba muy seguro de las prevenciones de Lucía. Tampoco confiaba en las sospechas de Estrella. No alcanzaba a imaginar en qué podría haberse metido un sacerdote para que lo hubieran matado y hubieran simulado un suicidio.

—Vamos a llevar a Estrella a su casa —dijo Lucía—. En el camino seguiremos hablando.

Volvimos a la casa de Carlos para ir al garaje. Herminio se levantó y preguntó a Estrella qué quería que hiciera.

—Herminio, no deje subir a nadie si no vengo yo. No espero a ninguna persona, y tampoco creo que Carlos haya dejado nada pendiente.

Cuando estábamos a punto de coger el ascensor para bajar al aparcamiento, Estrella se volvió.

—Herminio, ¿de qué compañía eran los técnicos?

—No recuerdo..., serían de Gas Natural. La mayoría de los pisos tienen Gas Natural.

Bajamos a por el coche. Lucía le preguntó por qué quería saber la compañía.

—Voy a llamarlos y preguntaré por la visita.

Dejamos a Estrella en su casa. Nos invitó a subir. Le pusimos como excusa que teníamos que ver a Sara. De vuelta le comenté a Lucía mis impresiones.

—Todo lo que está pasando me parece un disparate. La fijación de Estrella de que no se ha suicidado cuando todas las circunstancias van en su contra.

—Es una intuición con fundamento. La acusación es muy grave. Hay que ser un enfermo para hacer lo que dicen que hizo. Cuando vives tanto tiempo con una persona, la conoces..., por lo menos en lo fundamental, y sabes cómo se comporta. Si hubiera tenido esa tendencia, Estrella lo sabría o habría tenido alguna sospecha. Es chocante —respondió Lucía.

—Si llevaras razón, me daría miedo enfrentarme a ellos. Tienen que ser muy profesionales para hacer lo que han hecho. ¿Qué puede saber un sacerdote que lleva una vida recogida? Se pasaba el tiempo entre la Rota y la parroquia de la sierra. Además, ¿cómo vas a encontrar a esa gente?

—Si encontramos los archivos que estaban en los ordenadores, podremos tirar del hilo.

Había arreciado la lluvia. Al incorporarnos a la A6, tuvimos que hacer una larga cola para acceder al carril central. El tráfico era intenso. Gente que huía de Madrid, a pesar de la lluvia, buscando la sierra. Ya había caído nieve... Más adelante, en los paneles informativos, avisaban de que los aparcamientos estaban completos. Al llegar a casa, me tiré en el sofá y quise olvidarme de ese turbio asunto que nos había consumido la mañana.

CAPÍTULO VII

Abril de 2012

Carlos estaba cerrando sus asuntos pendientes. Ya tenía el nombramiento para la Rota. Iba como magistrado. Dejaba la Secretaría del Consejo Económico de la Conferencia Episcopal. Monseñor Bermejo le había pedido que demorase unos días el traslado. Quería que le acompañara a Roma. El Arzobispo tenía una reunión. Sería su última tarea como su secretario. El viaje estaba programado para dos días más tarde, el sábado. Monseñor Bermejo tenía varias entrevistas. Una de ellas con su tío, el Cardenal Togazzi. Carlos pensaba que quizá temiera una entrevista tensa y quisiera que él estuviera presente. Aunque, conociendo a su tío, su presencia no iba a suavizar el encuentro si el motivo de la reunión era algún fallo en los quehaceres de Monseñor Bermejo. La insistencia en que le acompañara se debía también a que el viaje lo harían en coche. El Arzobispo estrenaba un Mercedes Benz de la clase A. Le dijo a Carlos que se lo habían regalado sus hermanos. A Carlos no le extrañó. Monseñor Bermejo era muy aficionado a los coches. Su familia tenía medios. Le dijo que quería probarlo haciendo un viaje largo. Carlos aceptó ir con él.

Ya había oscurecido. Acababa de empezar una reunión del Consejo Económico. Monseñor Bermejo estaba en la sala. Carlos entró en su despacho. Era mediano, en la planta tercera, oscuro. Las ventanas estaban medio tapadas por unas persianas de láminas. Aparte de la mesa de trabajo, había una de pino redonda para reuniones. Estaba atestada de papeles desordenados. Antes de marcharse, Carlos quería dejar ordenado y clasificado todo lo inacabado. El Arzobispo era un desastre, pero detestaba el desorden y exigía que sus colaboradores hicieran lo que él no era capaz de realizar.

Monseñor Bermejo se había marchado precipitadamente. La reunión del Consejo se preveía difícil. Había que aprobar las cuentas. Fijar una ayuda a una diócesis de la provincia de Albacete. El Obispo de Albacete había presentado la petición. Monseñor Bermejo se oponía. Para ello había estado sacando una documentación de otras diócesis que habían pasado por una situación similar. No se les había prestado ayuda. Las hojas de los expedientes de esas diócesis estaban esparcidas encima de la mesa redonda. Carlos las fue recogiendo, apilando las carpetas. También había documentos en su mesa de trabajo. Los recogió. En un extremo estaba el misal del Arzobispo. Al recoger los papeles, lo tocó con una de las carpetas y cayó al suelo. Se despanzurró quedando abiertas sus finas hojas. De entre ellas salió una estampa de la Virgen de la Almudena. Carlos la recogió y trashojó el misal para entremeterla. Le llamaron la atención unas anotaciones. Una cifra. Cuatro millones de euros. Estaban puestos todos lo números y el signo del euro. Más abajo, Radisson Blu Hotel, Marsella. Carlos se quedó con la estampa en la mano, pensativo. Meneó la cabeza y, alzando los hombros, la guardó alisando las hojas arrugadas del misal.

Ya era tarde, Carlos se iba a marchar. Pensó en llamar a Monseñor más tarde para concretar la salida del sábado. Ya tenía puesta la cazadora. Entró Monseñor Bermejo. Venía echando exabruptos.

—¡Ah, aún estás aquí! ¡Qué panda de ineptos! Al final le han dado la ayuda. Están tirando el dinero.

Carlos volvió la cabeza. Bermejo tenía la mirada dura. Su pelo blanco echado para atrás y sus ojos pequeños le atribuían más edad. Hablaba con gran elocuencia, despacio con voz grave y en tono alto. Se escuchaba a sí mismo.

—Bueno, Carlos..., entonces nos vemos el sábado, ¿no? ¿Cómo quedamos? Si te parece te recojo en tu casa. Saldremos pronto. Tengo sacada la ruta. Casi dos mil kilómetros.

Se acercó a la mesa de despacho. Cogió una carpeta y la hojeó. La volvió a dejar encima de la mesa. Tomó el misal. Lo abrió. Sacó la estampa. La movía entre sus dedos. Le echó una ojeada. La hincó en el pliego de las hojas del misal.

—Podemos parar en Marsella y dormir. Está más o menos a mitad de camino. Saliendo a las siete y media u ocho podemos llegar a cenar.

—Iremos un poco apurados —dijo Carlos.

—El coche es rápido.

—Hay radares...

—Tengo puesto un detector.

—Pero no tendrá los de Francia.

—Lo que tengo instalado es un detector de ondas. Da igual. En cuanto haya un radar nos avisa. Tenemos reserva en el Blu Hotel al lado del viejo puerto. Hemos quedado para cenar con una simpática pareja. Son mis sobrinos. Viven en Marsella. Hace tiempo que no los veo.

Carlos no respondió. Estaba pensativo.

—Bueno..., yo mañana tengo que ir a la Rota a tomar posesión. Monseñor, nos veremos el sábado —dijo Carlos.

—De acuerdo, muchacho. Te echaré de menos..., pero tenía que llegar. Esto se te queda pequeño.

Carlos se marchó. Iba con la cabeza gacha. No sabía qué pensar. Había demasiadas coincidencias.

CAPÍTULO VIII

Octubre de 2013

Lucía había citado a Damián en la cafetería Vait de Clara del Rey. Le había explicado lo que pretendía. Damián, puntual, estaba en la barra. Habíamos recogido a Estrella. Nos contó su conversación con el comandante de la Guardia Civil. Había insistido en la versión de la Policía. No tenía ninguna sospecha de que la muerte se hubiera producido de otra manera. La única duda era cómo fue el accidente, pero la nota despejaba esa duda.

—¿No has pensado en que pueda ser cierto? —le pregunté a Estrella mientras llegábamos a casa de Carlos.

—No, no es posible. Llamé a Gas Natural. No constaba la visita. Tenían una para el mes que viene. A ver qué nos dice vuestro amigo, pero mi sospecha es considerable. ¿Quién fue al piso y para qué?

Hizo una pausa. Nos miró guiñando los ojos.

—He estado recordando algunas conversaciones que tuve con Carlos. Estaba preocupado. Había descubierto..., había visto algunas cosas que no eran muy limpias.

En ese momento no nos dio más explicaciones. Llegamos a Vait y recogimos a Damián. Herminio, el portero, al vernos, se deshizo en palabras cariñosas hacia Estrella. Entramos en el piso. Olía a cerrado.

—¿No has vuelto a venir? —preguntó Lucía.

—No, aún no puedo venir sola. Ya sé que tengo que tomar una

decisión y recoger la ropa de Carlos. Pero será un sufrimiento.

—Llámame y te ayudo —dijo Lucía.

Damián ya había empezado a toquetear el Mac. Lo encendió e hizo una serie de comprobaciones. La pantalla se llenó de líneas con letras y números. Damián miraba atentamente.

—Sí, lo han tocado. Han borrado el disco —dijo al fin.

—¿Puedes recuperar los archivos? —preguntó Estrella.

—No, pero siendo un Mac pueden estar en la nube. ¿Tienes la clave?

—Puedo saber el usuario, pero la clave... ¡Vete a saber! —dijo Estrella.

—Si él quería que no se perdieran..., la clave debe de estar al alcance de alguien cercano.

Lucía miró a Estrella.

—¿No se te ocurre qué puede ser?

—Lucía, pueden ser mil cosas; no sé por dónde empezar.

Damián abrió el portátil e hizo la misma operación. Después de un rato de trastear, hizo un gesto con la cabeza,

—Son muy buenos..., apenas han dejado señal de que los han tocado. Yo creo que ya he terminado.

Antes de que se marchara Damián, se me había ocurrido una manera de obtener información. Lo que había sido una sospecha descabellada de Estrella estaba calando.

—Damián, ¿podrías obtener la información financiera de una persona?

Damián volvió la cabeza y en su cara leí el hartazgo.

—Sí, podría. Me haría falta saber el número de su documento de

identidad.

Miré a Estrella. Se había quedado confundida al oír mi petición.

—¿Sabes el nombre de la mujer que acusó a Carlos? —le dije.

Estaba pensativa. Anduvo hasta el ventanal y se sentó en el sofá. Sacó su iPhone y estuvo mirando la pantalla.

—Sí, se llama Remedios Ansúrez García. Y vive en la calle de Uruguay 50. ¿Vale así?

Miré a Damián.

—Quizá pudiera conseguirlo sin el documento de identidad, pero es complicado.

—Yo lo conseguiré —atajé—. Con el nombre y la dirección. Lo puedo sacar del censo fiscal. Pero antes podríamos hacer una tentativa para saber si ha actuado sola o la han utilizado.

Después del goteo de circunstancias que se estaban produciendo, empezaba a dudar de la versión oficial de la muerte de Carlos. ¿Qué podría haber descubierto que justificara ese complicado montaje?

—¿Puedes acercarte a esa mujer? —le pregunté a Estrella.

—Sí, pero ¿para qué?

—Marcos, ¿qué estás pensando? —preguntó Lucía.

—Se me está ocurriendo que, si ella ha mentido, habrá alguien detrás. ¿Qué beneficio saca si no?

Estrella se volvió y me miró fijamente. También había captado de atención de Lucía y Damián.

—Estrella, si te puedes acercar a ella y preguntarle algo delicado... ¿Sabes qué aspecto tiene?

—La he buscado en Facebook —dijo Estrella—. Por eso sé de ella. Es una chica joven, menuda, debe de tener treinta años. Su hija

tiene cuatro años. ¿Cómo puede meter a esa niña en esto?

—La duda que tengo es precisamente... la niña —dije—. Me cuesta pensar que se lo haya inventado. Esa niña ha tenido que pasar por un psicólogo. Ya está marcada.

—El psicólogo también puede estar comprado —dijo Lucía.

—Estáis hablando de una conspiración —dijo alegremente Damián —. Mándame el DNI y hago un barrido de sus cuentas. Ahora me tengo que ir.

Damián se marchó. Quedamos en silencio.

—Es eso, una conspiración. Pero... ¿qué merece montar una conspiración? Tienes que acercarte. Hablar con ella. ¿Sabes algo de sus rutinas?

—Sé que su hija va al Liceo Francés... Va a fiestas de niños. Recoge a su hija del colegio..., dijo Estrella.

—Ese puede ser un buen momento. Acércate y veremos cómo reacciona. Puede que nos dé una pista, añadí.

—Y ¿qué hacemos? —preguntó Lucía.

—Ella puede llamar a sus contactos, asustada..., ir a verlos. La seguiremos y puede ser..., dije.

—Marcos, eso es buscar una aguja en un pajar —dijo Lucía.

—Mirad, esa es la única posibilidad. Atad cabos. Si Carlos cometió pedofilia, te montará un número indignada. Si todo ha sido un montaje, se asustará. Salvo que sea una mujer muy fría. Ya os digo que esto es echar el anzuelo a ver si pica, No se me ocurre otra cosa.

—Y nosotros ¿qué hacemos? —preguntó Lucía.

—Seguirla. Iremos en la moto. Así será más fácil ir tras ella.

—¿Cómo sabremos quién es?, —preguntó Lucía.

—Estrella nos la señalará. También podemos meternos en Facebook para saber más sobre ella. ¿Qué os parece?, —sugerí.

—Bien —respondió Estrella—, ella es el origen de este embrollo. Tiene que ser el punto de partida. Es la causante de esta noticia. Además, no sé quien puede haberle...

—¿Asesinado? —preguntó Lucía.

—Sí, asesinado —respondió Estrella— porque alguien ha tenido que preparar todo esto. Y no sé por qué.

Salimos del piso de Carlos. El día seguía gris. Le propusimos a Estrella dejarla en su casa y reunirnos en otra ocasión para preparar el plan. Apenas hablamos en el trayecto. Especulábamos sobre en qué podría haberse metido Carlos para acabar así. Estaba de magistrado en la Rota y era coadjutor en una iglesia de la sierra. Su vida aparentemente era sencilla. No creía que una de las causas matrimoniales fuera el origen de este lío. Podríamos ir a la sede de su juzgado y ver qué estaba llevando. Pero no nos dejarían hurgar en sus archivos. Tendríamos que rescatarlos. Si estaba metido en algún asunto sucio, debería haber previsto el peligro y la manera de recuperar sus documentos. Y la única persona que podría hacerlo era Estrella. Ella tendría la clave.

La impresión que me estaba forjando de Carlos era la de una persona muy inteligente, integra y decida. No podía haber dejado nada al azar. Si había tocado con algo sensible, tenía que haberse dado cuenta y tomar precauciones para que no se perdiera lo que hubiera averiguado. Pero ¿cómo?

Dejamos a Estrella en su casa. La noté baja de ánimo. Quizá la certeza de que sus sospechas eran ciertas la había entristecido. Habría una contradicción de sentimientos. La acusación de pedófilo era falsa. Pero estaba muerto. Estaría tratando de recordar alguna conversación que le aclarara el porqué de todo.

—Adiós, me llamáis, —dijo Estrella.

Esa fue su escueta despedida. Poco más podíamos añadir. Nos fuimos a casa en silencio, soportando la amargura que Estrella nos

había transmitido. Teníamos la certeza de que Carlos había sido asesinado.

CAPÍTULO IX

Octubre de 2013

Llegó el día. Elegimos el jueves de la semana siguiente. Iríamos al Liceo Francés y, mientras Remedios esperaba la salida de su hija, Estrella la abordaría. Ese día los niños salían a las cinco de la tarde. Quedamos en la puerta del colegio, en la plaza del Liceo. Estrella iría por su cuenta.

Lucía y yo habíamos estado familiarizándonos con Remedios Ansúrez en Facebook. Había fotos suyas y de su hija. Tenía una enloquecida actividad en la red. Subía cualquier acontecimiento. Fiestas de cumpleaños de las compañeras de su hija, salidas con amigas, excursiones a la sierra de Madrid. Varias fotos de una visita a La Granja. Un grupo de cuatro mujeres con niñas de la edad de la hija de Remedios. Fotos simpáticas que desdecían el carácter que le habíamos supuesto. Las fotos de su hija Alba también eran exageradas en Facebook.

Su aspecto me sorprendió. Tenía una apariencia delicada, quebradiza, indefensa. Incitaba a la protección. Menuda, no muy alta. Pelo rizado, melena, cara redonda, dulce. Ojos oscuros, grandes. No sugería que fuera capaz de inventar la historia que ensuciaba a Carlos.

—No sé si hace bien en sacar tanto a su hija después de la historia que pesa sobre ella —comenté.

—Es una manera de quitar hierro. No puede esconderla —respondió Lucía.

—Yo no sé qué haría si a Sara le pasara algo parecido. Mataría...

—Pero ha sido una farsa —concluyó Lucía.

Salimos con tiempo suficiente para llegar pronto al Liceo Francés. Suponíamos que habría un tumulto de padres recogiendo a sus hijos, y queríamos apostarnos en un buen sitio para poder ver el enfrentamiento entre Estrella y Remedios. Si nuestras sospechas eran ciertas, cuando Estrella se le acercara y hablara con ella, sus palabras la asustarían. El temor de que se descubriera el montaje provocaría una reacción de miedo. La idea que nos habíamos hecho de ella, por sus fotos y comentarios en Facebook, era la de una mujer infantil que no podría aguantar la presión. Era una posibilidad, pero no había otra. El asunto de Carlos parecía que no tenía fisuras. La única parte endeble era la de la madre de la niña. Si no era así, tendríamos que dejarlo. Seguía pensando en que era muy rebuscado el montaje de un suicidio cuando, si querían que Carlos desapareciera, ya lo habían conseguido con el accidente.

Llegamos. Nuestras sospechas de la multitud de padres fueron superadas por la realidad. Era un caos de coches y gente. Lucía se apostó cerca de la salida de la plaza del Liceo. Yo fui recorriendo la zona. Había grupos de madres, algunos padres. Lucía y yo llevábamos el atuendo de motoristas. Casco negro y ropa de cuero oscura. Me fui acercando a los corrillos para localizar a Remedios. La encontré próxima a la puerta del Liceo. Formaba un grupo con otras madres. Le hice un gesto a Lucía.

De repente, surgió Estrella. Su aparición fue inesperada. Habíamos quedado con ella en la Plaza del Liceo alrededor de las cinco. No la habíamos visto llegar. Iba decidida. Vestía unos leggins oscuros y zapatillas deportivas. Al verla, no entendía las acusaciones de Remedios. O Carlos era un enfermo o era imposible que agrediera a su hija. Estrella era como una chocolatería para cualquier niño. Lo tenía todo y, además, ganas.

Se acercó y, de manera insolente, se dirigió a Remedios. Estaba alejado y no podía oír lo que le decía. Pero debió de ser algo descarado o duro porque Remedios se alborotó. Alzó la voz, gritó. No la oía, pero por los ademanes supuse su disgusto. Las amigas la sujetaron. Había perdido los nervios. Ese era nuestro propósito. Estrella se dio la vuelta y se marchó. Anduvo un poco y se volvió mirándola fijamente. Ese gesto disgustó aún más a Remedios. Sus

amigas la consolaban. No sé si era una excelente actriz o estábamos equivocados, pero la apariencia era de que estaba muy dolida por la escena que Estrella le había montado.

Empezaron a salir los niños. Una niña pequeña se tiró a las piernas de Remedios. Ella la abrazó y se despidió de sus amigas, que la consolaban. Tomó de la mano a Alba y se dirigieron a una salida de la plaza. Había varios coches mal aparcados. Empezaba el seguimiento. Lucía había puesto la moto en marcha y se fue abriendo paso entre la gente que, de una manera caótica, desalojaba la plaza. Llegué donde ella estaba y me acoplé en el sillín a la espera de que empezáramos a seguirla. En esos momentos no hablamos. Los cascos no nos dejaban oír. Remedios abrió un Hyundai I35. Nos fuimos acercando. La matrícula era reciente. Estaba viendo una serie de detalles que contradecían la indigencia que había provocado que Carlos actuara como su abogado de oficio. El Liceo Francés no era un colegio barato. El coche era nuevo. Teníamos que esperar a que Damián nos pasara sus movimientos bancarios. El colegio lo podía estar pagando el padre, pero ¿y el coche?

Hizo una maniobra para abrirse paso entre los automóviles que entorpecían su salida. Estábamos detrás de ella, casi tocado el portón trasero. Enderezó el coche en la calle de los Madroños. Conducía despacio hasta que llegó a la Avenida de América. En ese momento supe que había picado el anzuelo. Ella vivía en la calle de Uruguay. Había cambiado el destino. Para ir hacia su casa tendría que tomar la dirección hacia la calle de Alfonso XIII. Iba por el camino opuesto. La persecución era fácil. Lucía se metía entre los coches y se ponía en un ángulo muerto. El coche era rojo. Fácil de seguir aunque se nos adelantara demasiado. Llegó a la calle de Joaquín Costa. Hizo una maniobra extraña hacia la derecha. Apenas le dio tiempo a Lucía a reaccionar. Lo hizo provocando las airadas palabrotas de un conductor que tuvo que frenar bruscamente. Temí que nos hubiera descubierto. Enfiló por la calle de Conde de Peñalver. Fue disminuyendo la velocidad y torció por la calle de Padilla. Lucía había dejado una prudente distancia después de la brusca maniobra. Cuando nos metimos en la calle de Padilla, vimos que estaba aparcando el coche en batería. Seguimos hasta la siguiente bifurcación y Lucía dejó la moto entre dos coches. Durante

el trayecto, había improvisado un plan. Nos quitamos los cascos.

—Bueno, parece que hay algo...., ahora, ¿qué hacemos?

—Luego te lo explico. Espera aquí —dije.

Me despojé de la cazadora y la puse junto al casco apoyada en la moto. Empecé a andar despacio hacia el coche de Remedios. Ya habían salido y cruzaban la calle. Alba iba enganchada a su mano. Yo iba hacia ellas. Al despojarme de la cazadora y del casco evitaba que me reconociera si había reparado en mí en la Plaza del Liceo. Casi al llegar a su altura, un poco antes, se metió en un portal. Estaba llamando al telefonillo. Me puse junto a ella, esperando. En ese momento, se abrió la puerta. Entramos. Abrí el ascensor. Pasó ella primero.

—¿A qué piso va...? —pregunté

—Al segundo —respondió seca.

Apreté el botón y subimos en silencio. Alba, la hija, me miraba y se abrazaba a las piernas de su madre. Era una niña preciosa. Tenía una cara muy expresiva, con unos ojos negros enormes. Me dio pena que la hubieran metido en ese sucio asunto. Aunque ella no supiera nada, tendría que haber ido a un psicólogo para evaluar el daño.

El ascensor se detuvo. Remedios y Alba salieron. Esperé un poco y salí. Era una planta abierta en la que había cinco puertas. Una en cada extremo y tres en la ancha pared frontal. Saqué el móvil, y simulé que estaba hablando. Remedios llamó en la tercera puerta de la derecha del frontal. Fui hacia la puerta que estaba junto a la que Remedios había llamado. Oí el zumbido de la apertura electrónica. Entró. No pude ver nada. Al cerrar la puerta, con el móvil hice varias fotos de la placa de la puerta: “Rodrigo y Menéndez, Asociados”.

Fui en busca de Lucía. Me esperaba impaciente.

—¿Qué has hecho? Has podido echar todo a pique...

—No he podido comentarte mi propósito —respondí mientras me

ponía la cazadora—. Si no lo hacía..., ¿qué teníamos, una casa?

—Pero, ha podido reconocerte —dijo Lucía.

—Me he quitado el disfraz. No tenía por qué sospechar. Y tenemos lo que buscábamos: Rodrigo y Menéndez, asociados.

—Eso ¿qué es?

—Ha entrado en ese despacho. Iba crispada. Va a por algo. Hay que saber lo que le dijo Estrella. Tenemos el hilo, hay que tirar de él. Veremos adónde nos lleva —le aclaré.

El trayecto hasta casa de Estrella fue rápido. Lo hicimos despacio. La calzada estaba mojada aunque había dejado de llover. Estaba anocheciendo. Dejamos la moto en la puerta de casa de Estrella. Enfrente, el Parque de El Retiro, oscuro, amenazador. Lucía tocó el telefonillo. Estrella debía de estar esperándonos. No preguntó quiénes éramos. Directamente abrió. Subimos a la última planta. Nos esperaba con la puerta abierta.

—Y ¿bien...? —preguntó nerviosa.

Estaba en la puerta con un blusón beige con manchas de pintura. Tenía un cigarrillo entre los dedos.

—Funcionó —dijo Lucía.

—Pero... ¿cómo....? Decidme algo... Anda, pasad.

Abrió enteramente la puerta. Dejó pasar a Lucía. Me dio la espalda. Se enganchó de la cintura de Lucía. La miraba expectante. Atravesé el umbral tras ellas. Estaban en el estudio. Había tres caballetes con tres cuadros. Un paisaje, un bodegón y un pequeño retrato.

—¿Qué fue lo que le dijiste, Estrella?, —pregunté alzando la voz.

Estrella se volvió. Me miró extrañada.

—Le dije lo que sentía...—dijo Estrella.

—Pero ¿qué fue? Iba muy excitada.

Estrella se dio la vuelta y vino hacia mí. Lucía permanecía en silencio, se quitó la cazadora y se sentó en el sofá frente a la ventana. Torció el cuerpo y miró los cuadros deteniendo la vista en el retrato. Yo esperaba la respuesta de Estrella.

—Que mentía ¿Por qué mentía? Se lo grité. Su hija no se merecía lo que le estaba haciendo. Le dije que tenía pruebas de su mentira —contestó Estrella.

Estrella miró a Lucía.

—¿Las tienes? —preguntó Lucía dejando de mirar el cuadro.

—Sabéis que no, pero ella no lo sabe. Tenía que crear su duda.

—Pues resultó —dijo Lucía.

—¿Le dijiste algo más? —pregunté.

—Que era la culpable de su muerte.

—¿Ella?

—Ella cree que se ha suicidado. Y he intentado convencerla de que la causa ha sido su mentira —explicó Estrella.

Estrella no paraba de ir de un lado a otro. Tiraba el cigarrillo que tenía y al poco encendía otro. Al darse cuenta de lo que estaba haciendo, intentó justificarse.

—Había dejado de fumar..., y no fumo..., pero me corroe la ansiedad —se justificó Estrella.

—Remedios debe de sentirse culpable, hay algún fleco suelto. Si no, no habría ido.

—¿Adónde fue? —preguntó nerviosa Estrella.

—La seguimos hasta la calle de Padilla, junto a la cervecería El Cantábrico. ¿La conoces? —dije

—Sí, estuve con Carlos...

—Al lado. Entró en una casa. Marcos la siguió —añadió Lucía.

Estrella estrujó la colilla en el cenicero y me miró.

—Subimos juntos en el ascensor. Estaba muy disgustada. Se lo noté en la cara. La tenía tensa, crispada. Bajamos en la segunda planta y se metió en un despacho.

—Y ahora, ¿qué hacemos...? —preguntó nerviosa.

—Ahora recoger la madeja. A ver adónde nos lleva —dijo Lucía.

—¿Cómo lo vamos a hacer?

—La verdad..., no lo sé. Hay que saber quiénes son. Rodrigo y Menéndez Asociados. Lucía irá al Registro para ver qué hay. Yo investigaré —dije.

Estrella se dejó vencer y se sentó en el sofá al lado de Lucía. Yo me acerqué a ver los cuadros. Me quedé mirando el apunte del retrato. Estaba hecho con carboncillo.

—¿Estás trabajando en casa? —pregunté.

Estrella se dio la vuelta para ver qué estaba mirando.

—Sí..., ése es un retrato de Carlos.

Lucía se levantó del sofá y se acercó.

—¿Lo estás pintando de una foto? —preguntó Lucía.

—No..., la foto es fría. No consigue expresar sus sentimientos. Lo estoy pintado de mis recuerdos. Quiero que su semblante, sus ojos... transmitan lo que llevaba dentro. El viaje a Sudáfrica, la estancia en Chicago... Era un tipo inquieto que agarraba la vida. Ése es mi recuerdo.

Nos quedamos mirando el apunte. Era un hombre bien parecido con unos ojos grandes, expresivos. Tenía una amplia sonrisa. Pelo abundante, despeinado.

—La verdad es que era guapo —dijo Lucía.

—Era muy guapo —apostilló Estrella.

CAPÍTULO X

Noviembre de 2013

No sabíamos qué pasos dar. Por el comportamiento de Remedios, sospechábamos que había algo turbio.

El montaje de la muerte de Carlos. La limpieza de sus ordenadores. ¿Qué habría descubierto Carlos? ¿En qué andaba metido?

Estrella se había comprometido a escarbar en la "nube" para desentrañar la clave de Carlos y recuperar los archivos. Compartíamos la opinión de Damián de que estarían guardados en un sitio seguro y sólo al alcance de una persona próxima a Carlos. Y la persona más cercana era Estrella. Así que sólo ella podría resolver el enigma. Tenía que pensar en algo personal y que hubiera compartido con Carlos. Ahí estaría la clave.

Yo me encargaría de los datos de Remedios para que Damián averiguase todo lo que pudiera incriminarla. Lucía iría al Registro. Aclararía quiénes estaban detrás de la sociedad Rodrigo y Menéndez Asociados. Era una manera de desbrozar el camino.

Esa mañana nos habíamos divido el trabajo. Me levanté pronto y preparé el desayuno. Gress se enredó entre mis piernas pidiendo que le sacara a la calle. Llamé a Lucía. Dormía plácidamente. La fui besando. Sin abrir los ojos me dijo que bajaría en un momento.

Unos ladridos me avisaron de la vuelta de Gress. Le abrí la puerta. Me senté adormilado y empecé a desayunar. Bajó Lucía.

—¡Cómo me ha costado levantarme! Tengo que vestir a Sara —dijo Lucía.

Entró en la cocina sin saludar. Se preparó un café con tostadas y se sentó conmigo. Abrió el iPad, no alzaba los ojos de la pantalla.

—Hoy quiero llegar pronto a la Delegación. Están los ánimos encendidos con los ceses y las dimisiones —le dije.

—¿Qué ha pasado? ¿Te afecta a ti?

—No, han sido los jefes.

—Cuéntame —preguntó interesada Lucía.

—Una injerencia en un expediente. Ha sido en mi departamento. Habían hecho un acuerdo sobre una sanción y a alguien de "arriba" no le ha parecido bien y han cesado al inspector.

—¿Le conoces?

—Sí, no es amigo, pero le conozco.

—¿Hay trato de favor? —me interrogó indignada.

A Lucía le escandalizaba la impunidad que tenía cierta gente ante Hacienda. Me conminaba que ideara algún plan para atajar la defraudación.

—No sé cómo ha sido. Dicen que no han respetado el acuerdo al que llegaron

—Eso no está bien, ¿cómo se puede llegar a un acuerdo con un defraudador? —añadió Lucía.

—Ya te contaré. ¿Llevas tú a Sara?

—Sí, no me importa.

Salí de casa un poco antes que Lucía. No tenía muy claro cómo iba a sacar la información sobre Remedios sin dejar rastro. En la Delegación estaba todo revuelto. Yo me mantenía al margen, pero el ambiente era raro. Caras largas, cotilleos, idas y venidas de gente. Tenía un regusto amargo. Lo que estaba viviendo no era lo que yo conocía. Todo había cambiado. Y también la gente.

Mientras bajaba, oyendo música, estuve pensando en los amigos que me quedaban en el cuerpo de inspección. Sonaba una canción de Silvio Rodríguez. Cuando le oigo me estremezco. Debe de ser por el recuerdo de su muerte y lo bien que cantaba. Iba desgranando las caras, quedaban pocos amigos y algunos semblantes se desdibujaban. Había sufrido algunas decepciones. Son heridas que tardan en cerrar. Cada día me costaba más ir a la Delegación y cruzarme con gente que no me gustaba.

Entré en mi despacho y encendí el ordenador. Antes de entrar, saludé a Enrique. Estaba absorto mirando su iPad. Me recibió con una sonrisa y un comentario sobre un tipo brasileño que era lo más parecido a un gángster. Me senté un rato con él y estuvimos bromeando sobre las últimas noticias. Enrique era una persona con la que había congeniado. Esa pequeña charla por la mañana antes de ponernos a la faena era como un soplo de aire fresco.

—¿Qué piensas de lo que está pasando? —preguntó Enrique— Están contigo en la Oficina Técnica.

—Sí, pero mi trato es escaso —contesté—. No tengo un criterio.

—Si es cierto lo que dicen..., ha sido una cacicada. No pueden obligar a dimitir a una persona porque haga bien su trabajo.

—Enrique, tiene que haber algo más...

—Cuando sepas algo, me lo dices. He oído que hay una cadena de dimisiones, dijo Enrique.

Le dejé enfrascado en sus cosas y me encerré en mi despacho. Estaba frente a la negra pantalla del ordenador. Toqué el teclado y revivió. Abrí la aplicación y empecé a meter los datos que conocía de Remedios. Me costó dar con ella. No aparecía como declarante. Fui dando rodeos. La encontré como cónyuge que recibía una pensión compensatoria. Era un primer y único paso. Un muro. No podía seguir. La información era muy limitada. Tomé nota y llamé a Damián. Me citó en su casa.

A media mañana sonó mi móvil. Era Lucía. Salía del Registro. Tenía los datos de la sociedad. Me dio los nombres de los socios. Eran dos.

Al oír el nombre completo de ellos algo se removió en mi recuerdo. El nombre y los apellidos de ellos me eran familiares. Pero no conseguía localizarlos. Abrí de nuevo la base de datos de la Agencia y tecleé el número de los documentos de identidad. La luz rasgó el olvido. Aún no había ningún dato sobre la sociedad Rodrigo y Menéndez Asociados. Se había creado hacía poco tiempo. Había un histórico. Ahí estaba..., apareció la sociedad que ya habíamos investigado cuando nos topamos con Sandovall. Estaba implicada en el blanqueo de dinero. A través de una sucursal en Nueva York prestaba dinero a la sociedad de Sandovall, que luego lo recibía blanqueado. Las piezas fueron encajando. Después de la muerte de Sandovall, Rodrigo y Menéndez liquidaron la sociedad que compartían con él y crearon otra: Rodrigo y Menéndez Asociados. Seguramente seguirían blanqueando dinero y Carlos se habría cruzado en su camino. Pero no entendía cómo. Y me costaba encajar la figura de Remedios. Llamé a Lucía. Su teléfono estaba apagado o fuera de cobertura. Sentí un ligero temor. Sandovall había contratado a un sicario, sus socios también carecerían de escrúpulos y habrían buscado en el mercado del crimen a alguien para acabar con Carlos. ¿Dónde nos estábamos enfangando? Volví a llamar a Lucía. Seguía ilocalizable. Cerré todo lo que tenía abierto y salí de la Delegación. Fui a casa de Damián. No creía en las coincidencias, y menos en el mal. Damián me esperaba. Estaba como siempre en chándal y con un cigarrillo en la comisura de los labios.

—Bueno..., ¿qué quieres buscar?

—Todo lo que puedas encontrar de Remedios Ansúrez.

—¿Todo?

—Sí, todo.

—En ese caso lo mejor es meternos en internet invisible...

—¿Internet invisible?

—Ahí está todo. Internet es como un iceberg. Lo que usamos es la punta, la parte visible del iceberg. La parte oculta, la que está bajo el agua..., eso es internet invisible. Ahí está todo.

—¿Cómo accedes? —preguntó.

—Es un poco más difícil..., sólo tienes que usar los buscadores adecuados y tener mucho cuidado. Anda, ven tú mismo. Podrás buscar lo que quieras.

Me senté frente a una gran pantalla. Damián a mi lado fue tecleando.

—Pero ¿nos pueden localizar? —pregunté temeroso.

—No, hay unos buscadores anónimos. No dejan huella. Pero ten cuidado con lo que tecleas. Usa la almohadilla.

Me fue dando unas indicaciones y dejó que iniciara la búsqueda. Fueron saliendo datos. Aparecían de manera explosiva. Llenaban la pantalla. Fui aislando lo que me interesaba. Llegué a las cuentas bancarias. Aparecieron dos bancos. Uno era una cuenta de ahorro; el otro, una cuenta corriente. En la cuenta de ahorro había un saldo de 127.590,25€. En la cuenta corriente el saldo era inferior, apenas 10.387,30€. Echaba cuentas. Las mismas que cuando vi el Hyundai. Por las palabras de Estrella, Remedios Ansúrez era una mujer con escasos medios económicos. En la cuenta de ahorro hubo un ingreso 350.000€ y una salida al banco de la cuenta corriente para la amortización de la hipoteca. Las fechas se remontaban a tres meses atrás. Después, en el banco de la cuenta corriente se habían producido unas transferencias mensuales en los últimos tres meses, el día 3 de cada mes, de 3.500€. Aparte había otro ingreso que se producía desde hacía más tiempo, aunque de manera intermitente, por 500€. La procedencia de estos quinientos euros fue fácil de esclarecer. Su marido le pasaba una pensión compensatoria. La ayuda económica por la hija. Se correspondían más o menos con el pago al Liceo Francés. Intenté obtener información sobre el pagador de la cifra gorda y los pagos a primeros de mes. No podía. El nombre permanecía oculto. Llamé a Damián.

—Estoy atascado. Quiero saber el origen de unas transferencias.

Se acercó y se sentó a mi lado. Le indiqué los apuntes que eran. Fue saltando barreras.

—El nombre está oculto. Sé el banco y la procedencia. Son entradas hechas desde un banco en Nueva York. Si tienes mucho interés, puedo averiguar el transmitente, pero me llevará más tiempo —dijo Damián.

—No hace falta. Con el origen tengo suficiente.

Recordé la sucursal que Rodrigo y Menéndez Asociados tenían con Sandovall en Nueva York. Seguiría como sucursal, pero habrían cambiado el nombre.

—¿Puedo acceder al teléfono?

—Sí, no a las llamadas. Puedes conocer los mensajes, los WhatsApp, los contactos. Dame el número —dijo Damián.

—Debe de estar en Facebook.

Entramos en la cuenta que Remedios Ansúrez tenía en Facebook. Damián vio los datos personales de Remedios. Estaba su teléfono. Accedí a sus contactos, su registro de llamadas, sus mensajes. Era un paso importante. Una información que no sabía en ese momento cómo usar.

—Damián, hazme un esquema de cómo puedo entrar a esta parte de internet invisible. Necesito estar con Lucía para saber qué información nos es útil.

—No es difícil —respondió Damián—, pero bueno. Te apuntaré en una hoja cómo puedes hacerlo.

Damián tomó un folio y escribió con rapidez los pasos que debía dar para trajinar por internet. Me alargó la hoja.

—¿Está claro?

—Creo que sí... —respondí—, bueno esto de “tor” ¿qué es?

—Si lo haces con Lucía..., ella lo sabe. Es el buscador, no deja huella. No os podrán localizar —añadió Damián.

CAPÍTULO XI

Noviembre de 2013

Habíamos llamado a Estrella. Se excusó a la hora de vernos. Estaba trabajando en una restauración para El Museo del Prado. Lucía había recogido a Sara de Bebín. Estaba en la buhardilla. Al oír que Gress ladraba anunciando mi llegada, bajó.

—¿Por qué no has contestado a mis llamadas? —pregunté.

—No las he oído, pero tenía una sospecha cuando he mirado la sociedad.

Estaba nerviosa, moviendo las manos.

—También yo..., aunque lo mío es una certidumbre —dije.

—Creo que estamos hablando de lo mismo. Los socios..., Rodrigo y Menéndez —dijo Lucía.

—Sí., son unos viejos conocidos... Los socios de Sandovall.

—Tenía que venir para consultar mis notas del trabajo sobre Sandovall. Y son ellos, los que estaban con él —explicó Lucía.

Se sentó abatida.

—Estamos ante un blanqueo de dinero, ¿no?, —preguntó Lucía.

—Debe de ser..., pero no consigo conectar a Carlos... Un sacerdote que está destinado en un poblacho de la sierra.

—¿Qué has conseguido de Remedios?

—Todo. Anda, vamos arriba y nos metemos en la red. Estrella la asustó. Tenía un motivo. Hay un hilo y, si tiras de él, sale todo. Anda vamos... —le dije.

Tomé en brazos a Sara y subimos a la buhardilla. Una amplia estancia abierta, totalmente despejada, que nos servía como cuarto de trabajo. En un rincón había una mesa con un Mac. Las paredes estaban tapadas por estanterías llenas de libros colocados ordenadamente. La pasión de Lucía era el orden. Se manifestaba en todos los detalles que rodeaban su vida. En unos huecos, donde el techo abuhardillado apenas tenía altura, había unos pequeños armarios llenos de juguetes. Era el paraíso de Sara. Se sentaba en el suelo y se entretenía sin descanso. Gress también tenía su espacio. En medio había un enorme sofá verde en forma de ele. Gress se subía y se metía entre los cojines. Permanecía quieto.

Lucía se sentó frente al Mac. Le entregué la chuleta que Damián me había escrito.

—Damián me ha hecho un esquema para entrar en internet invisible. ¡Es asombroso la cantidad de información que puedes conseguir! Me ha dicho que hay que usar unos buscadores “tor”, que tú sabrías —expliqué.

—Sí, así podemos navegar tranquilos sin que nadie nos descubra. Dame los datos de Remedios Ansúrez.

Lucía estaba absorta tecleando. Las imágenes se sucedían. Acercó la cara a la pantalla.

—Aquí está —dijo Lucía.

Volví a ver la cuenta de Remedios.

—Mira sus movimientos. Pero vete tres meses atrás —dije.

En ese momento Sara empezó a llorar. Lucía seguía atenta a la pantalla del ordenador. Me acerqué a Sara y la cogí en brazos.

—Mira, Marcos. Ha pagado toda la hipoteca

—Ya lo he visto, y también están los ingresos mensuales desde una

cuenta de un banco de Nueva York.

Sara apenas me dejaba seguir las acciones de Lucía. Se movía, quería tocar todo lo que estaba encima de la mesa. Lucía la apartaba con la mano.

—Ponla en el suelo, no me deja —me pidió Lucía.

—Guarda la información y vamos a ver las llamadas, —dije.

La localización fue más complicada.

—Mira la franja horaria a partir de las cinco de la tarde del jueves. Es la hora más o menos en que se presentó Estrella, —dije.

Fue sacando la relación de llamadas.

—¿Hay mensajes de texto? —pregunté.

—Hay algunos... Tiene bastantes llamadas... Hay un número que se repite varias veces. A las cinco y cuarto, las ocho y a las diez y media. A esta hora también hay un mensaje a ese número. No debió de hablar con él.

Dejé a Sara en el suelo y me acerqué más a Lucía.

—Ese número debe de ser el de Rodrigo o Menéndez —dije—. Habría que entrar en él para ver qué sacamos.

—Pero seguimos sin saber nada del motivo de la muerte de Carlos.

—Blanqueo —respondí.

—Eso, Marcos, es una hipótesis. Aún no sabemos qué fue. Carlos era sacerdote de Navalagamella y magistrado de la Rota. ¿Qué información podía tener?

—Tenemos que llamar a Estrella. Hay circunstancias que habría que aclarar. ¿Cómo llegó Remedios Ansúrez a Carlos? ¿Qué tipo de vida llevaba? Es posible que venga de su etapa como técnico comercial. Él estuvo en Chicago.

—Pero de eso hace ya muchos años. No..., no puede ser. El porqué tiene que estar más cerca.

Ya se había hecho de noche. Sara se mostraba inquieta. Era la hora de su baño. Gress gruñía. Mientras Lucía bañaba a Sara y le daba la cena, metí a Gress en el coche y nos fuimos a dar un paseo. Noviembre se había presentado como un mes lluvioso y frío. Al llegar a la pradera, Gress no dejaba de ladrar. La oscuridad era total. Opté por sacarlo con la correa. Temía perderlo si lo soltaba. No se mostró muy conforme, pero se resignó. Los paseos por la pradera en solitario o con Lucía me permitían reflexionar. Los asuntos profesionales ya no me interesaban, ni siquiera los escándalos en los que la Agencia se había visto involucrada.

El asunto de Carlos había ido cogiendo sitio entre mis preocupaciones. Había una barahúnda de novedades que había que ordenar. Todo era un sinsentido aunque la conclusión era que Carlos no se había suicidado. Un tirón de la correa me sacó de mi ensimismamiento. Empezaba a lloviznar. La lluvia era fina. Era agradable sentirla en la cara. A Gress no parecía importarle. Subimos por el segundo tramo del paseo. Pasamos cerca de la casa de Rubén y Mercedes. Cerca de la puerta, Gress sintió querencia. Mercedes y Rubén tenían una perra, Iara. Bruno, el camarada de Gress, había sido sacrificado por unas dolencias incurables. La antigua camaradería entre los dos perros se había sustituido por la relación entre un cachorro y un perro ya más maduro. Pero así y todo a Gress le gustaba estar con Iara. Zaleé la correa y seguimos paseando. Nos volvimos al coche y en el tramo de vuelta seguí pensando qué habría descubierto, o en qué andaba metido Carlos para que maquinaran una muerte tan celosamente provocada. Con la publicación del abuso de la hija de Remedios, su reputación quedaba por los suelos.

Cuando volví a casa, Lucía estaba dando la cena a Sara. Levantó la cabeza. Me miró fugazmente mientras peleaba con Sara para que se comiera los últimos trozos de tortilla que quedaban en el plato.

—Ya he hablado con Estrella. Hemos quedado... ya veremos qué hacemos —dijo con voz suave sin levantar la cabeza.

CAPÍTULO XII

Abril de 2012

Carlos y Monseñor Bermejo llegaron a Marsella a primera hora de la tarde. Se metieron en el denso tráfico de la vieja ciudad provenzal. Con el GPS no les costó llegar a la Quai de Rive Neuve donde estaba Radisson Blu Hotel. Tenía buen aspecto. En la recepción presentaron la documentación y les dieron las llaves de las habitaciones. La de Carlos era pequeña, con una buena vista del puerto de Marsella. Dejó el equipaje y salió a dar una vuelta por los alrededores del hotel.

El viaje había tenido poca historia. Monseñor Bermejo recogió a Carlos a primera hora de la mañana en un Mercedes clase A 200 de color blanco, nuevo. Le dio una explicación que Carlos no le había pedido.

—Mis hermanos saben que me gustan los coches. Han vendido una finca en la provincia de Jaén. Una buena venta. Y me lo han regalado —dijo.

Carlos admiró el coche, pero no hizo ningún comentario. Se subió y enfilaron por la autopista de Barcelona. Encontraron un pequeño atasco a la salida hasta Torrejón. Desde Zaragoza tomaron la autopista de peaje AP2 y Monseñor Bermejo aumentó la velocidad. Alcanzó en algunos tramos ciento ochenta kilómetros por hora. Antes de que Carlos hiciera algún comentario sobre la velocidad, Monseñor le tranquilizó.

—Tengo instalado un detector de radares. ¿Percibes la señal? No tenemos por qué preocuparnos.

Carlos lo pudo comprobar en varias ocasiones. Un ruido ronco en la

parte delantera avisaba del haz de ondas emitidas por un radar. Monseñor bajaba la velocidad y sonreía complacido.

Carlos condujo en el último tramo del viaje. Hizo el cálculo del tiempo que tardarían en llegar a Marsella. Lo habían bajado considerablemente. Pararon poco. Para repostar y tomar algo ligero. Monseñor Bermejo quería llegar lo antes posible. Había quedado para cenar con su sobrino en un restaurante próximo al hotel. En estas paradas apenas hablaron. Carlos se mostraba inquieto. No sabía el porqué de la insistencia de Monseñor en que le acompañara en ese viaje. Ya había dejado de ser su secretario.

Pero el viaje le complacía. Vería a su tío. Le comentaría sus planes. Y Roma..., tenía muy buenos recuerdos.

Salió del hotel. Aún quedaban dos horas para la cena. Conocía Marsella. Había estado antes con Estrella. Fue un viaje romántico que había empezado como un desplazamiento rápido para una reunión de técnicos comerciales y se alargó una semana más. En aquella época ambos habían leído la trilogía que Jean Claude Izzo tenía sobre Marsella. Fueron recorriendo los lugares que el comisario Fabio Montale había pateado.

Le vino el recuerdo de Estrella. Después del viaje a Sudáfrica no había vuelto a saber de ella. No quiso llamarla. La había herido. La aventura de África fue un daño innecesario. Las dudas que tenía sobre su ingreso en el seminario quedaron resueltas frente a las cataratas Victoria. ¿Fue la grandeza? En ese momento tomó la decisión. Durante mucho tiempo después vivió con la angustia de haber sido egoísta. Permitió que Estrella albergara la esperanza de que se iban a casar. La fomentó con el viaje a África. Y luego cortó.

En el fondo de la ensenada estaba el viejo puerto. Se había convertido en un puerto deportivo. Apoyado en el pretil amurallado, mientras contemplaba la hilera de yates bien alineados, dejó que los recuerdos de su vida con Estrella le erosionaran la conciencia. En ese momento deseó estar con ella. Hablar y justificar su decisión. Pedir perdón. Sentir que comprendía lo incomprensible. Le embargó la tristeza. No sabía por qué había aceptado hacer el viaje con Monseñor. Quizá la parada en Marsella..., Roma. Era como unir dos recuerdos contradictorios. Dos momentos en su vida

tan distintos que le habían llenado. Pero tuvo que elegir. Y la elección dañó a Estrella.

Los días eran ya más largos. El mes de abril se había presentado con buen tiempo. Anduvo por Quai Rive Neuve. Contempló las terrazas de los bares y restaurantes que se estaban poblando de gente joven. Llegó hasta las puertas del Museo Marseille History. Había entrado con Estrella. Contemplaron la historia de Marsella. La ciudad más antigua de Francia.

Se dio la vuelta. No quería seguir recordando. Volvió al hotel. En la recepción le esperaba Monseñor.

—Me ha llamado mi sobrino. Hemos quedado en un restaurante cercano a las siete y media. Podemos ir dando un paseo.

Se pusieron en camino. El restaurante Nul Part Ailleurs no estaba muy lejos del hotel. Llegaron y el maître les acercó a una mesa en la que había una pareja. Se levantaron para saludarlos. Un fuerte apretón de manos fue el saludo. Nico y Estella eran sus nombres. Nico era alto, enjuto, con una melena recogida en una coleta. Tenía una mirada dura. Hablaba un italiano fluido, sin acento. Carlos no supo de qué parte de Italia procedía. Estella tenía un aspecto indefinible. Podía ser de cualquier país de Europa. Una cara simpática. Pelo rubio desordenado y ojos azules. En cuanto se sentaron, Estella no dejó de hablar. Hablaba y reía. Una risa contagiosa. Tenía acento romano. La cena fue agradable, tomaron los platos típicos de Marsella. Al despedirse, Monseñor tomó una bolsa deportiva Adidas. Nico se la entregó sin decir nada. Monseñor la agarró. Carlos se prestó a llevarla al hotel. Monseñor rehusó con brusquedad.

Al día siguiente, siguieron el viaje a Roma. Hicieron dos paradas en las áreas de servicio de la autopista. Cuando bajaron del coche para comer, Monseñor llevó consigo la bolsa de deporte. Se sentaron en una mesa y enlazó en una pierna la correa de la bolsa. Mientras comían, Monseñor dejó entrever el porqué le había pedido a Carlos que le acompañara a Roma.

—¿Verás a tu tío? —preguntó Monseñor.

—Sí, ya sabe que voy a Roma. Y me hará un hueco. Seguramente comeremos juntos.

—¿Podrías conseguirme una cita con él? Quiero comentarle unos asuntos de la Conferencia Episcopal. Me gustaría que me apoyara.

—Puedo intentarlo. Está muy ocupado. No sé…

—Hazlo por mí… Es importante.

Llegaron a Roma. Carlos se hospedó en el seminario donde estudió. Saludó a los profesores que aún quedaban de su tiempo de seminarista. Evocó los años que estuvo encerrado estudiando. La ilusión que sintió. Las dudas por lo que dejaba atrás. No había vuelto a Roma desde que acabó su tiempo de adaptación. Estuvo destinado en una vieja parroquia. Chiesa di Sant'Antonio Maria Zaccaria en la que pasó unos meses cuando acabó el seminario. Carlos pensó visitarla.

Roma en primavera es un regalo. Buena temperatura. Hay pocas aglomeraciones de turistas. Se puede pasear y paladear la ciudad. Después de pasar casi seis años en Roma, le quedaban aún por ver muchos rincones llenos de historia.

La estancia sería breve. Apenas dos días. Había quedado con su tío, el Cardenal Togazzi, esa misma tarde. Intentaría concertar una entrevista para Bermejo. El seminario no estaba lejos de El Vaticano. Ya había olvidado el bullicio de las calles romanas. Los romanos son vocingleros, hablan dando voces y siempre van muy deprisa. Se les pega la prisa del turista que pretende ver todos los monumentos romanos en pocos días. Carlos salió a paso lento, paseando, degustando el ambiente de Roma. Nada le urgía. Se encaminó al Trastevere. A la Chiesa di Sant'Antonio Maria Zaccaria. Cuando llegó, la puerta estaba entreabierta. Entró. Estaba oscuro. Una luz tamizada se colaba por los ventanales. En el altar chisporroteaba el cirio pascual. Limpiando una capilla vio al padre Giuseppe Maria. Llevaba una vieja sotana. El cuerpo estaba torcido por la edad. Andaba cercano a los 80 años. Pelo escaso, entrecano y ralo. Al oír que alguien entraba, alzó la cabeza e intentó ver quién era.

—¿Quién? Está ya cerrada.

El padre Giuseppe miró al recién llegado entornando los ojos.

—¿Padre Giuseppe...? —preguntó Carlos.

El padre Giuseppe se acercó más y lo escudriñó. Casi gritó.

—¿Carlos? —preguntó incrédulo —Carlos, ¿eres tú?

Anduvo rápido hacia él. Se movía con dificultad. Le tomó de la manga y le dio un abrazo. El labio ligeramente belfo le temblaba por la emoción que sentía.

—Carlos..., cuanto tiempo. Años... Ya no recuerdo cuándo te fuiste. Te he echado de menos. Anda, vamos dentro y me cuentas.

Entraron en la sacristía y se sentaron alrededor de la mesa que había en el centro de la estancia. Una espaciosa sala donde estaban todos los utensilios necesarios para las ceremonias religiosas. Entre el padre Giuseppe y Carlos existía una estrecha relación. Las angustias de Carlos, sus dudas sólo las conocía el padre Giuseppe. Carlos no las había compartido ni con su tío, ni con su director espiritual en el seminario.

—Sé de ti por tu tío. Pero ya hace un año o dos que no le veo. Cuando eres viejo, el tiempo pasa muy deprisa. Estuvo aquí para una ceremonia y le pregunté, ya no me acuerdo de qué me dijo.

Acercó su cara a Carlos.

—¿Qué sabes de la chica que...? —preguntó el padre Giusepe.

—¿Estrella?

—No sé cómo se llama. La chica que era tu novia. La que estuvo contigo en el viaje a África. Ahora en Madrid, la habrás visto, ¿no?

—Sí, Estrella. No he vuelto a saber nada de ella.

—¿No has sentido curiosidad? No curiosidad, sino cariño por saber cómo está.

—No, no me siento capaz —respondió Carlos.

—Ahora es fácil saber de la gente, con eso...

—¿Internet?

—Sí, lo que usan los jóvenes para relacionarse.

—No, prefiero no saber nada de ella.

—A esa chica le hincaste una daga en la parte más sensible de su corazón. Le mataste la ilusión. ¿Cómo hiciste ese viaje con ella? No os entiendo... —observó el padre Giusepe

—Era un viaje de aventura que teníamos pensado desde mucho tiempo antes. Luego se complicó. Decidí hacerme sacerdote.

—¿Allí?

—Sí, allí ocurrió. Las dudas..., ya lo hablamos cuando estuve aquí, venían de mucho antes.

—¿Y ella no sabía nada? —exclamó extrañado.

Estuvieron un rato más hablando. Luego Carlos ayudó al padre Giuseppe a ordenar y limpiar el templo. A la hora de cenar le invitó en una pequeña pizzería próxima a la iglesia. Era una pequeña trattoria que llevaba una familia. Tenían una deliciosa comida casera. Estaba fuera de los circuitos turísticos y con un precio razonable.

—Ya estoy cansado..., tengo 80 años. Voy a hablar con el Obispo para que me releve. Tengo que irme.

Así el padre Giuseppe le estuvo contando a Carlos sus planes. Carlos le habló de su nueva etapa como magistrado de la Rota y diácono en una pequeña parroquia de un pueblo de Madrid.

Carlos acompañó al padre Giuseppe a la Iglesia y allí se despidió de él. Se encaminó dando un paseo al Palacio Apostólico del Vaticano donde estaba la sede de la Secretaría de Estado del Vaticano.

Entró en el recio edificio y fue al despacho de su tío. A pesar de la hora tardía, aún se encontraba trabajando. El Cardenal Togazzi estaba en la primera Sección de las Relaciones con los Estados. Tenía un pequeño despacho recargado con estanterías llenas de libros y documentos esparcidos por todos los rincones. Carlos le encontró con la cara pegada a la pantalla del ordenador. Tecleaba nervioso. Posaba la vista en un documento que tenía encima de la mesa. Con el índice seguía las líneas. Levantaba la mirada..., reflexionaba y con dedos nerviosos tecleaba. Le vio, pero siguió trabajando. Sin apartar la vista de la pantalla, le saludó.

—Carlos, toma asiento. Acabo en un momento.

Carlos se sentó en una de las sillas que rodeaban una mesa de reuniones llena de carpetas.

—No te preocupes...

—Acabo en un momento, —dijo el cardenal.

El Cardenal cerró la carpeta del documento en el que estaba trabajando y fue hacia donde estaba Carlos. Era un hombre espigado, con la nariz afilada, abundante pelo negro y voz recia. Vestía con la sotana cardenalicia. Cuando llegó a la altura de Carlos, le presionó en el hombro para que no se levantara. Se sentó enfrente de él.

—¿Cómo estás? —preguntó solícito.

—Muy bien. Ahora cambio de trabajo. Dejo la Conferencia Episcopal y voy a la Rota.

—Ya lo sé —respondió el Cardenal.

Carlos se mostró sorprendido.

—¿Ya lo sabes? ¿Quién...?

—He sido yo quien ha movido los hilos para alejarte del Arzobispo Bermejo.

La cara de Carlos evidenciaba la extrañeza que le causaban las

palabras de su tío.

—¿Por qué? —preguntó Carlos.

Recordó la petición de Bermejo.

—Tengo que pedirte una cita para él...

—Esa es la razón de tu viaje... ¿No sospechaste nada? —añadió el Cardenal.

—Sí..., supuse algo así, pero quería verte y volver a Roma... ¿Le puedes ver?

—Ya sé lo que quiere. Anda tocando a todo el mundo. Busca apoyos para ser Cardenal. Es un hombre ambicioso.

Carlos permanecía callado. Asimilaba lo que su tío le decía de Monseñor Bermejo.

—Estuvo aquí un tiempo. Trabajó en un puesto relacionado con el Banco Vaticano. No nos gustó su estilo. Le pedimos que volviera a España. Allí se metió en la Conferencia Episcopal, en el Consejo de Economía —explicó el Cardenal Togazzi.

Carlos recordó la estampa que cayó del misal. Luego Marsella. A Nico dándole una bolsa de deporte que no soltó en todo el viaje.

—Dile que le recibiré mañana a primera hora, dile también que no vuelves con él. Quiero que te alejes, que no estés cerca —dijo el Cardenal.

—Se extrañará...

—Dile... que quiero que veas un documento financiero que me han mandado de Estados Unidos. Tú tienes experiencia. Estuviste allí destinado. Eso le convencerá.

CAPÍTULO XIII

Noviembre de 2012

Anochecía. El horizonte había perdido el tono amoratado. Era gris oscuro. El paseo por Villafranca era agradable. La pradera era una alfombra marrón de hojas caídas, unas rugosas, otras de un marrón desvaído. Apenas hablamos. Lucía llevaba de la mano a Sara y yo jugaba con Gress, le tiraba una pelota de tenis gastada. Él corría tras ella. La mordía y me la daba para que la volviera a lanzar. Cuando empezó a caer la tarde, nos volvimos a casa. Gress estaba más tranquilo. Tenía la cabeza apoyada en el regazo de Sara.

Era una rutina agradable. El baño de Sara y la cena. Sara estaba sentada en la mesa. Tenía la mirada fija en la pantalla de televisión siguiendo las aventuras de unos dibujos animados japoneses. Lucía trajinaba en la vitrocerámica. Sonó su teléfono.

—¿Lo puedes coger? —me instó Lucía.

El móvil estaba en la encimera. Vibraba. Miré la pantalla. Pensaba dejarlo sonar, que se convirtiera en una llamada perdida. Vi el nombre de Estrella. Me quedé momentáneamente paralizado. Ya habían pasado semanas desde que descubrimos las llamadas de Remedios a Rodrigo y Menéndez. Teníamos sus teléfonos. Pero no sabíamos qué hacer con ellos. Nos habíamos topado con una barrera hermética. Cogí el teléfono y deslicé el dedo por la pantalla. La voz de Estrella parecía alterada.

—No, no soy Lucía. Soy Marcos.

—…

—No, no podemos, ya es tarde. Estamos con Sara.

—…

—Sí, sí, ven.., en casa. Te esperamos.

Lucía me miraba con curiosidad. Tenía entre las manos el plato con la tortilla para Sara.

—Estrella estaba nerviosa. Quería que fuéramos a su casa —dije.

—¿No te ha dicho para qué? No sé nada de ella desde..., desde que supimos lo de Rodrigo y Menéndez.

Se adelantó y dejó el plato encima de la mesa. Con un tenedor fue troceando la tortilla francesa. Me senté a su lado.

—No, sólo que le urgía vernos. No me ha adelantado nada. Viene ya para acá —dije.

Sara acabó la cena. La llevamos a la cama. Iba con los ojos cerrados. Gress nos seguía. Antes de que apagáramos la luz ya estaba dormida. Bajamos a la cocina. Me serví una cerveza y le puse una copa de vino a Lucía.

—¿No sabes qué puede querer Estrella? —pregunté.

—No, ya te he dicho que no hablamos desde hace tiempo. No sé cómo interpretar su silencio —contestó Lucía.

Gress empezó a ladrar, arrimó el hocico a la puerta. Llamaron. Era Estrella. Vestía con un chaleco caqui Timberlán, una camisa de algodón de pequeñas flores de un tono rojizo con cuello blando redondeado, unos pantalones a juego, anchos, y unas zapatillas negras. El pelo revuelto, pero no le quitaba atractivo. Entró. Venía con un portátil.

—Quiero que veáis esto —dijo a modo de saludo.

Entró directamente en la cocina. La seguí. Lucía la miraba expectante. Estrella se sentó y abrió el ordenador.

—He encontrado la clave de Carlos para entrar en la nube... Hay cosas —dijo Estrella, mientras trasteaba en el portátil.

Lucía dejó el paño que tenía en sus manos y se acercó a Estrella. Se sentó a su lado.

—¿Cómo? —preguntó Lucía sorprendida.

—Mira, Lucía, si había algo en la nube..., tenía que haber una clave accesible. ¡Kalahari! —dijo Estrella.

—¿Kalahari? ¿Eso qué es?

—El desierto de Kalahari, en Sudáfrica. Ese maldito viaje que yo creí..., bueno..., debió de significar algo para él cuando es la puerta a sus confidencias.

Estrella mantenía la cara pegada a la pantalla. Me acerqué. Estaba detrás de ella. En la pantalla apareció el contenido de la nube. Fotos, correos, un procesador de textos. Estrella puso el cursor encima del icono de fotos. Tenía varias colecciones. Una de ellas era un álbum de fotos del viaje a Sudáfrica. Estrella hizo una rápida pasada. Abrió otra carpeta. Contenía varias fotos. Estrella posó el cursor encima de la primera, ampliándola. Era una estampa de la Virgen de la Almudena. Con unos trazos negros había una cifra: 4.000.000 con un signo que parecía expresar “euros” y un nombre: Radisson Blu Hotel, Marsella.

—¿Qué creéis que significa esto? Hay dos fotos más de la estampa. Aparecen claramente la cifra y el nombre del hotel en Marsella.

—Me sugiere muchas cosas, y ninguna buena —contestó Lucía.

Lucía subió la copa de vino dejando que la luz cambiara su tono oscuro.

—Se me ocurre un aviso para traficar con dinero. ¿Estaría Carlos en esos trapicheos? —dijo Lucía.

Estrella se puso tensa.

—¡Cómo iba a estar metido en eso!

—Dime entonces qué significa... ¿Qué son las otras fotos?

Estrella las fue ampliando. Una de ellas era de un Mercedes blanco. No se apreciaba el modelo. Pero un coche de lujo. Las fotos estaban forzadas. Borrosas. Una de un costado, otra del morro. Pero no se distinguía la matrícula. Otra foto era la reproducción de una bolsa negra. Una bolsa deportiva. En la foto se veía que la llevaba alguien. Pero la figura de la persona estaba cortada. La foto había sido hecha a escondidas sin que lo apreciara quien llevaba la bolsa. Había tres fotos más. Eran unas imágenes desvaídas en las que se veían dos personas. En una de ellas, se distinguían las caras.

—¿Los conoces? ¿Hay algún comentario sobre las fotos? —pregunté.

—No, he mirado en el procesador. Hay una especie de diario, una constancia de algunos hechos, pero claramente no he visto nada que se refiera a las fotos. ¿Qué hacemos?

—Hay que ver qué dice en ese diario. ¿Dónde están hechas las fotos? El coche, la bolsa... ¿una cafetería? ¿Damián? —dijo Lucía.

—Damián..., ¿qué puede ver? ¿Dónde puede buscar? —dije.

—Podría hackear los ordenadores de los abogados —dijo Lucía.

—Ahí no habrá nada, no pueden ser tan descuidados.

—Tenemos sus números de teléfono. Podríamos repasar sus mensajes.

—No sé..., pero estamos perdidos. Mira, Estrella, Carlos podía estar metido en una red de blanqueo..., o se topó con ella...

Estrella saltó.

—¡Cómo iba estar blanqueando dinero!

—Pudo cambiar... —dije.

—No hasta ese punto. ¡No se convirtió en un delincuente!

—Quizá se tropezó con una trama. Rodrigo y Menéndez blanquean. Si ellos están por medio..., esto va de dinero negro —dije.

—Marcos..., Carlos estaba en la Rota. Ahí no creo haya nada —dijo Lucía.

—¿Dónde estuvo antes?

—Creo que en la Conferencia Episcopal —contestó Estrella.

—Puede que sea ahí.

Estaba avanzando la noche. Lucía se movía por la cocina. Abrió la nevera y sacó unas bolsas de congelados.

—Ya es muy tarde..., vamos a tomar algo.

Estrella se levantó. Movió la cabeza de un lado a otro.

—Sí, es muy tarde. Me voy —dijo.

—Espera, Estrella, voy a hacer un poco de cena. Toma algo antes de irte.

Estrella iba a negarse. Hizo un gesto de abandono. Cedió.

—Bueno, sí, tomaré algo... y a ver qué decidimos.

Mientras Lucía freía unas empanadillas y unos canutillos que se condimentan con una salsa picante, Estrella entró en el baño. Yo aproveché para preparar la mesa. Estrella estaba fuera.

—¿Qué piensas de todo...? —pregunté a Lucía.

—No lo veo claro. Creo que se trata de un asunto de blanqueo, pero ¿Carlos...?

Entró Estrella.

—¿Qué decís de Carlos?— preguntó Estrella.

—Que no nos explicamos cómo se metió en este turbio asunto —respondió Lucía.

—El único cabo suelto que veo es la chica, Remedios. Si la presionamos quizá averigüemos más cosas —dije.

—Yo puedo atosigarla —se prestó Estrella.

—Pero hay un peligro —dije.

—No veo ningún... —dijo Lucía.

—Rodrigo y Menéndez... Si fueron ellos los que organizaron lo de Carlos..., pueden repetir. Y son muy minuciosos. O ellos... o quienes les hayan hecho la faena.

Estrella y Lucía se miraron.

—Estrella..., ¿no tienes un amigo guardia civil? —preguntó Lucía.

—Sí, era más amigo de Carlos.

—Llámale, le podríamos consultar. Tendrá más experiencia que nosotros y nos podría ayudar. Queda con él y nos le presentas —dije.

Estrella se arrimó a la mesa, donde ya estaba preparada la escasa cena, e hizo un gesto de asentimiento. Tomó una empanadilla con la mano y se la llevó a la boca.

—Le llamaré mañana —dijo Estrella.

CAPÍTULO XIV

Abril de 2012

Carlos se había levantado temprano. Estaba citado con Monseñor Bermejo en el despacho de su tío. Ya le había adelantado que no volvería con él a Madrid. Bermejo se mostró conforme. Carlos había cumplido. Le había conseguido la entrevista con su tío. Carlos pensó que Monseñor Bermejo usaba a las personas según sus necesidades.

Acudió andando al Palacio Apostólico Vaticano. Había amanecido un día claro con una temperatura suave. Carlos anduvo lentamente, paseando. Se cruzó con la gente que iba precipitadamente a sus trabajos. Roma a primera hora de la mañana es un caos. Coches, motocicletas. Gritos, chillidos, insultos. Su andar tranquilo contrastaba con esas prisas. En las proximidades del Palacio ya se estaba formando la cola de turistas para visitar los tesoros de El Vaticano.

Traspasó la puerta y llegó al despacho de su tío. Monseñor Bermejo aún no había llegado. Se asomó al despacho. Su tío estaba sentado en el escritorio. Tenía la cabeza gacha sobre un documento. Sin hacer ruido, cerró la puerta y se sentó en la antesala a esperar a Monseñor Bermejo. Oyó el retumbe de unos pasos en el pasillo. Se abrió la puerta y entró el Arzobispo.

—¿Ya has llegado? —preguntó Monseñor Bermejo.

—Ahora mismo —respondió Carlos.

—¿Entramos?

Carlos le pidió al secretario que avisara al Cardenal. Lo hizo y, con un gesto, les indicó que pasaran. Entraron. Su tío seguía en su

escritorio. Carlos le saludó, y se despidió dejándolos solos.

—Me voy.... Monseñor —dirigiéndose a Bermejo—, le deseo un buen viaje de vuelta.

—Ya no nos veremos —dijo Monseñor Bermejo.

—No, salvo que me necesite para algo.

—No, nos veremos en Madrid –concluyó Monseñor Bermejo.

Carlos cerró la puerta y salió. Ya sabía el motivo de la entrevista entre ambos prelados. Monseñor Bermejo buscaba apoyos para su pretensión cardenalicia. Carlos volvería a Madrid al día siguiente. Había una agencia dentro de El Vaticano. A través de su tío consiguió el billete de vuelta.

En el Palacio del Vaticano tenía también su sede el IOR. Las coincidencias del viaje le habían suscitado dudas. Sintió curiosidad por saber el puesto que Monseñor Bermejo ocupó. Por el secretario de su tío, supo que tuvo una posición de cierta responsabilidad en el Banco Vaticano. Pero no pudo averiguar la causa de su marcha. Su tío, de una manera superficial, le había comentado que había perdido su confianza.

Circulaba un rumor en los círculos de El Vaticano sobre el informe que el Papa Benedicto había encargado sobre el IOR. Los cambios en los puestos de responsabilidad se habían sucedido. La inquietud de Carlos era ambigua. No podía concretarla. Sentía un resquemor que no sabía precisar. La estampa que cayó del misal de Bermejo. Su extraño comportamiento con la bolsa de deporte, que ya había desaparecido. No iba con ella después del apego que mostró desde que se la dieron en Marsella. El flamante Mercedes. Una subrepticia sospecha iba apareciendo. Fue a las dependencias del IOR. Entre la gente que vio, no conocía a nadie. Ya habían pasado demasiados años desde que él se marchó de Roma. Al acabar los cuatro años de seminario, estuvo unos meses con el padre Giuseppe como diácono en la iglesia de San Antonio Maria Zaccaria. Acudía frecuentemente al Palacio del Vaticano para ver a su tío. Conoció a gente que trabajaba en el IOR. Pero ya no quedaba nadie. En la puerta donde se agolpaban los turistas para entrar al Museo Vaticano, se paró. No

sabía qué hacer. Miró el tumulto y, con un gesto de disgusto, salió a la calle. Vestía ropa laica. Se confundía con las personas que esperaban pacientemente entrar en El Vaticano. Se le acercaron algunos ganchos de los restaurantes de la zona.

Ya era media mañana. Fue caminando sin rumbo por las calles aledañas. Se encontró frente al hotel MDM. Entró para tomar un café, hacer tiempo y decidir qué hacer. La cafetería estaba llena. En un extremo descubrió una pequeña mesa libre. Se sentó y pidió un capuchino. Sacó el iPhone y estuvo mirando las fotos que tenía archivadas. No sabía cómo valorarlas. Lo que estaba pensado le parecía un disparate. Había sido secretario de Monseñor Bermejo algo más de seis meses. Su adscripción a la secretaría de Monseñor Bermejo vino directamente del propio Bermejo. Le llamó y le propuso que fuera su secretario. Bermejo acababa de llegar de Roma y estaba tomando posesión de su nuevo cargo en la Conferencia Episcopal. Era un hombre seco. Poco comunicativo. Carlos sopesaba las palabras que le había dicho su tío. Sus recelos de que había sido elegido para el cargo de secretario de Bermejo por ser familia del Cardenal dejaron de ser conjeturas. Era una certeza. Bermejo quería mantener una comunicación con el poder y pensaba que con Carlos tenía esa puerta abierta. Recordó los viajes que Bermejo había hecho a Roma. Aparte de este último en coche, había viajado a Roma en dos ocasiones más mientras estuvo en su secretaría. Uno lo hizo en tren. Fue largo y complicado. La reserva la hizo directamente Bermejo.

Alzó la vista. Vio que Monseñor Bermejo entraba en la cafetería del hotel. Venía acompañado de otro clérigo. El gentío le tapaba. Estuvo observando. Se quedaron en una esquina de la barra. Tenía el iPhone en la mano. De manera instintiva lo mantuvo en la mano alineando el móvil en su dirección. En un momento que se clareó la visión hizo varias fotos. La calidad no era muy buena, pero acercando la instantánea, aunque borrosa, se distinguían las faciones del sacerdote que estaba con Monseñor Bermejo. Creyó ver cómo el clérigo le entregaba a Monseñor Bermejo un sobre. Fue un movimiento fugaz. Se dieron la vuelta y se marcharon. Las palabras de su tío, el Cardenal, unidas a los detalles de la estampa, el viaje y lo que acababa de ver le provocaron unas extrañas sospechas. Pero no conseguía concretarlas. Le parecían absurdas.

Salió del hotel. Había pensado hacer una visita al padre Giuseppe antes de irse. Desanduvo el camino y volvió al Palacio Vaticano. Al verle, el secretario del Cardenal Togazzi hizo un gesto dándole a entender que su tío no estaba en el despacho.

—¿Le esperaba? Acaba de irse a una reunión —dijo el secretario.

—No se preocupe. Sólo quiero hacerle una pregunta a usted.

—Dígame...

—Tengo una duda dijo Carlos.

Sacó el iPhone y buscó las fotos que acababa de hacer en la cafetería del hotel MDM. Agrandó la imagen del sacerdote que acompañaba a Monseñor Bermejo.

—¿Sabe quién es? —preguntó Carlos.

El secretario miró la foto detenidamente. Estuvo dudando.

—Creo..., creo que es Monseñor Rodario. Está abajo. Espere...

Abrió un cajón de la mesa y sacó una libreta con el directorio de El Vaticano. Estuvo hojeando. Pasaba las páginas deprisa.

—Sí, está…, mire está en el piso de abajo, en el IOR. ¿Le llamo? —dijo el secretario.

—No, no hace falta. Gracias.

Carlos salió del Palacio. Cerca de la Plaza de San Pedro detuvo un taxi y le dio la dirección de la Chiesa di Sant'Antonio Maria Zaccaria.

—Calle Ulisse Seni, por favor —dijo Carlos al conductor.

En el trayecto se mantuvo abstraído pese a la palabrería del taxista. Tenía la mirada fija en la ventanilla, una mirada perdida. Intentaba encajar las ideas, y todas eran inquietantes. Si fuera cierto lo que estaba pensando, se rompía su imagen de la Iglesia. Su tío le pidió, cuando acabó el seminario, que se quedara en Roma, en la

Secretaría de Estado. Se alegraba de no haber aceptado. Comparaba los sentimientos que había comprobado en los feligreses de la iglesia de San Antonio con las jerarquías vaticanas. Eran polos opuestos. Las sospechas sobre Monseñor Bermejo, sospechas que no podía concretar, se basaban en pequeños detalles. Meneaba la cabeza intentando liberarse de esas escandalosas suposiciones.

Entró en la iglesia. Había un pequeño grupo de turistas mirando los retablos. El padre Giuseppe hablaba animadamente. Al verle, con el brazo le hizo una señal para que se acercara. Carlos se aproximó. Eran alemanes, hablaban en un pobre italiano.

—Carlos, les estoy explicando la historia de este retablo. No sé si me entienden.

Carlos les habló en inglés y ellos le respondieron fluidamente. Fue traduciendo las palabras del padre Giuseppe. Hicieron un pequeño recorrido por la iglesia. Por sus tres naves. Y les fue comentado los detalles más curiosos. La pintura al fresco de San Antonio Maria Zaccaria, fundador de la Orden de los padres Barnabitas. Les habló de esa Orden para la que se hizo la iglesia como centro de Teología. La iglesia está en una ligera pendiente, con una estrecha fachada que en su parte inferior está dividida por cuatro columnas blancas. El templo se construyó en plena época fascista, 1933. Poco más les dijo, aunque los alemanas le hacían las más variadas preguntas. Carlos, con gesto de hastío, le dijo al padre Giuseppe que le esperaba en la sacristía. Entró y se sentó. Apoyó el codo en la mesa sosteniendo su cabeza con los dedos. Tenía los ojos fijos en las casullas tiradas en la mesa. No sabía qué decirle al padre Giuseppe. Al final, todo era una maraña de indicios sospechosos. No había nada seguro.

Entró el padre Giuseppe. Andando a pasitos, rodeó la mesa central.

—Pero ¡Carlos! Te hacía ya fuera de Roma. Buena gente estos alemanes. Me han dado un generoso donativo. Los alemanes son distintos.

—He tenido que quedarme —contestó secamente Carlos.

El padre Giuseppe se sentó frente a él.

—¿Te ocurre algo? —preguntó el padre Giuseppe.

Carlos levantó la cabeza y le miró con cansancio. Se mostraba indeciso.

—Padre.., ¿qué sabe del IOR? —interrogó Carlos.

La pregunta hizo que el padre Giuseppe acercara más su cara a Carlos. Guiñó sus pequeños ojos. Su mirada era implacable. Se hincaba.

—¿A qué viene esa pregunta, Carlos? Es una institución humana.

Su respuesta extrañó a Carlos.

—Con eso quiere decirme que comprende la corrupción que pueda haber en el Banco Vaticano.

El padre Giuseppe emitió un profundo suspiro.

—El Papa Benedicto mandó hacer un informe. Ha habido cambios.

—Ya lo sé, padre; pero ¿conoce a la gente que hay allí?

—No, sé de algunos. No, no los conozco. ¿Qué sabes tú?

—He visto algún movimiento raro.

—¿Dónde? ¿Son sospechas? ¿Alguna certidumbre?

—He visto cosas que me hacen pensar mal, —dijo Carlos.

—Si no tienes la certeza, olvídalo.

—Padre, yo no soy sacerdote de esa Iglesia. La gente que veo, que reza, sus parroquianos creen en otra Iglesia.

—Y tú, ¿qué puedes hacer? —preguntó el padre Giuseppe.

—Padre..., me dice que mire para otro lado.

—No..., no, Carlos. A mí me escandaliza como a ti. Pero tengo recuerdos de los conflictos del Banco Vaticano. ¿Recuerdas al

banquero de Dios?

—¿Calvi?

—¿Cómo acabó? El cadáver de Calvi apareció colgado del puente londinense de Blackfriars sobre el río Támesis en 1982, —dijo el padre Giuseppe.

—¿Cómo recuerda aquello?

—Lo seguí. Entonces era joven. Hacía poco que estaba en Roma. Sentía interés por todo lo que se relacionaba con la Iglesia. Y aquello..., aquello me dolió. También se habló de un Arzobispo, Marcinkus, aunque nunca se probó nada. ¿Recuerdas la película El padrino III?

—Sí, más o menos. Hace mucho tiempo que la vi.

—Calvi y Marcinkus eran aliados, amigos. El brevísimo papado de Juan Pablo I fue un mal momento para la pareja Calvi— Marcinkus. Luciani, como ex patriarca de Venecia, sabía cómo funcionaban las cosas en el Banco Vaticano. Quizá como Papa descubrió algunos detalles especialmente alarmantes. Su inesperada muerte, y el hecho de que no se le practicara la autopsia al cadáver, suscitó enormes especulaciones. Se habló de asesinato y Marcinkus fue de inmediato el principal de los sospechosos. Libros como En nombre de Dios y la película El Padrino III abonaron la tesis de la conspiración homicida.

—Padre..., me sorprende..., no le creía tan enterado de esos entresijos.

—¿Me tomabas por un zoquete? Pero me da miedo. No sé qué hay detrás de todo eso. Hace tiempo que dejé de husmear, me dedico a mis feligreses. Ellos son los que me importan. La corte vaticana la veo de lejos. No me atrae.

—¿Qué haría usted?

—Hijo..., no lo sé. No puedes acusar a nadie si no tienes la certeza de que es culpable. Y, además, ¿qué hay detrás?

—Lo que haya detrás no me asusta. Padre..., un hombre es lo que él quiere ser. Por eso soy sacerdote..., por lo que significa. Y yo sé lo que quiero ser y actúo para serlo. No, no me da miedo.

CAPÍTULO XV

Noviembre 2012

Estrella se marchó. Subí a la buhardilla para analizar lo que ella había descubierto. Unas fotos. Un diario. Fui ampliando las fotos. La estampa de la Virgen de la Almudena era el vestigio más fuerte. Una cifra y un lugar. Tenía que examinar las demás fotos. Una bolsa. Un coche. Dos curas desconocidos.

Llegaba a una encrucijada sin saber qué camino seguir. Remedios, Rodrigo y Menéndez. Abrí el cuaderno. Había algunas fechas y nombres de ciudades. 2012. Marsella. Roma. Unas breves líneas debajo. Un nombre: Monseñor Rodario. Al lado del nombre, un signo de interrogación. Pensé que uno de los curas de la foto sería Monseñor Rodario, pero me faltaba enlazar toda esa información. Eran noticias inconexas. Por lo que habíamos obtenido a través de Remedios, su contacto en el despacho Rodrigo y Menéndez, todo apuntaba a un entramado de blanqueo de dinero. Faltaba saber cómo obtenían el dinero y cómo lo blanqueaban. Teníamos la copia de los bancos de las Islas Caimán y de la de Sandovall, antiguo socio de Rodrigo y Menéndez. El dinero procedería de comisiones, de pagos oscuros, como con Sandovall.

Aparté la vista de la pantalla. Gress se había subido conmigo, estaba tumbado en el sofá. Me hacía compañía. Al moverme alzó la cabeza. Me miró fijamente y saltó. Vino hacia mí buscando mis caricias. Al posar la mano en su lomo me vino un recuerdo olvidado. ¡Laynez acariciándolo! ¡Laynez! Desde mi asiento podía ver la noche, oscura, a través de las ventanas de la buhardilla. Su oscuridad era como un preludio de lo que nos esperaba. Estábamos recorriendo un camino sin retorno. No cabía la vista atrás. Me arrepentía de los pasos ya dados. Y Estrella estaba ya en el punto de

mira de Rodrigo y Menéndez. ¿Cuándo nos apuntaría a nosotros? ¿Y cómo evitar sus consecuencias? Seguía acariciando maquinalmente el lomo de Gress. Paré un momento y Gress ladeó la cabeza alzándola. Tocaba mi mano para que le siguiera rascando. Ese gesto hizo que tomara conciencia de lo tarde que era. Guardé todo lo que Estrella me había entregado. Hice una copia de seguridad. Silenciosamente me metí en la cama. Lucía emitió un quejido.

Tres horas más tarde me desperté de repente. Abrí los ojos y miré el despertador, las seis de la mañana. Hubiera querido dormir un rato más, pero no pude. Gress, como era su costumbre, se acurrucó entre mis piernas. Con cuidado me levanté y bajé a la cocina para prepararme el desayuno. Mientras lo hacia intenté recordar qué me había provocado ese sobresalto. No lo pude desenterrar. Las monótonas noticias de la mañana me sacaron de mi ensimismamiento. La crisis, la inoperancia del Gobierno, las ridículas protestas de la oposición. Sólo atrajo mi atención el resumen de los partidos de liga. Me vestí tranquilamente y, antes de marcharme, di el paseo con Gress. En ese rato seguí dándole vueltas al malestar que sentía.

Ese día tenía un curso en la Escuela de Hacienda Pública. Empezaba a la diez. Eran las ocho de la mañana. El tráfico era fluido y llegué pronto. En la entrada me dijeron que el curso empezaría una hora y media más tarde. Anduve por los largos y sinuosos pasillos de aquel enorme edificio de piedra gris buscando una salida que me permitiera ir a la cafetería. Me perdí en dos ocasiones. Tuve que entrar en uno de los despachos que vi con la puerta abierta. Una chica de mediana edad pasaba datos a una tabla Excell. Levantó la cabeza perezosamente y me indicó cómo podía llegar a la cafetería. Estaba medio vacía. Algunas mesas dispersas ocupadas. Pedí un café y me senté en una junto al ventanal. La desazón que sentía se había calmado. Encendí el iPad y repasé la prensa. Era más de lo mismo que había oído en el informativo mientras tomaba el primer café. Estuve tentado otra vez de ojear los documentos de Carlos. Bajé las fotos y las volví a ver. Por más que las miraba no sacaba ninguna conclusión. Bueno, sacaba una. Era una consecuencia lineal. Todo empezaba por la estampa de la Virgen que tenía anotadas la cifra de dinero y un hotel en Marsella. La entrega de una bolsa negra que debía de contener el dinero. Y las fotos borrosas de los curas.

Encadenaba los detalles. Uno de ellos habría llevado la bolsa y el otro la habría recibido. ¿Quiénes eran? ¿Sería eso lo que había ocurrido?

Miré la hora. El tiempo había pasado rápido. Salí de la cafetería y me dirigí al aula donde se impartía el curso. En la puerta del Aula José Barea estaba agolpada una multitud de asistentes. Todos trajeados. Yo iba más informal. Una cazadora de cuero y una chaqueta de lana con corbata. Me resultaba molesto estar con una chaqueta rígida varias horas, sentado sin poder moverme. Me puse en la cola para firmar el control de asistencia. Delante de mí vi a Enrique. Con su palabrería fácil estaba embaucando a su acompañante. Al verme, hizo un gesto de saludo. Fuimos entrando en el aula. Las filas de atrás ya estaban ocupadas. Busqué un asiento cómodo cerca de gente conocida. La zona próxima a Charo estaba desocupada. Me senté a su lado.

Empezó el acto con una bienvenida del delegado que presentó al Director de la Agencia. Nos dirigió unas palabras. Había que aumentar la recaudación. Nos pidió más dedicación y ofreció más medios. Se excusó porque no podía quedarse y dio comienzo el curso. Estaba divido en varias temáticas. La primera se refería a la motivación, la voluntad de defraudar. Cómo probar la intención de engañar. Había varios ponentes. Dos magistrados, un abogado de Estado y un inspector. Las ponencias me resultaron tediosas. Estuve jugando con el iPad, dándole vueltas a la idea que se me había ocurrido en la cafetería. La sesión de preguntas me sacó de mi ensimismamiento. Pasamos al café. En la sala contigua al aula habían dispuesto unas mesas con una variada bollería. Cruasanes, palmeras, pastas. Mariposeé entre los grupos conocidos. Había compañeros que hacía tiempo que no veía. Estos actos sirven para reencontrarte con amigos lejanos. En uno de los grupos, Enrique hablaba con varias compañeras, desconocidas y guapas. Tenía debilidad por las mujeres. En cuanto se cruzaba con una chica guapa, la paraba piropeándola.

La siguiente sesión era sobre fiscalidad internacional. El ponente era un buen amigo, Gerardo. Estuve tentado de marcharme, pero me quedé. Me parecía un feo innecesario. Su ponencia trataba sobre los paraísos fiscales. Habló de las Islas Caimán, La Antigua,

Luxemburgo. Gerardo hablaba bien. Daba interés a su ponencia. Presté atención. Quizá me podía dar una pista. Se pasó al turno de preguntas. Una de ellas, de una manera indirecta, me aportó una posible clave. ¿Qué era lo más fácil? El anonimato de quien aporta el dinero. Abrí el iPad y en el procesador de texto volví a pergeñar el esquema. Si había un contacto en el IOR, éste podía ingresar el dinero en una cuenta. Nadie preguntaría por la procedencia. Una vez que estuviera ingresado, el dinero estaría lavado. Sólo hacía falta un peón en IOR. Y podía ser uno de los que estaba en la foto borrosa. Eran suposiciones, pero con sentido. Deseé que acabara la sesión. Estaba nervioso. Quería comentar mi idea con Lucía y organizar una estrategia. Acabaron las charlas de la mañana. La comida estaba preparada, como el desayuno, en las mesas de la sala contigua. Se formaron los mismos grupos. Enrique me cogió del brazo para comer juntos. Me excusé. Insistió. Le puse el pretexto de que había quedado con Lucía.

Mientras conducía, la llamé. Tenía el teléfono ocupado. Insistí. Por fin, contestó. Me cité con ella en el restaurante de Omar. Aceleré nervioso. Iba sorteando automóviles que circulaban más lentos. En el desvío al polígono de Europólis, tuve que hacer una extraña maniobra para evitar tocar a otro vehículo. Al aparcar vi el coche de Lucía. Entré en el restaurante y, sin apenas saludar a Omar y Ana, fui directo a la parte interior. Lucía estaba sentada bebiendo una cerveza. Al verme sofocado, se inquietó.

—¿Qué te pasa? ¿Has visto tu cara? —preguntó Lucía.

—No, no me pasa nada. Estoy bien.

—Algo te pasa...

Arrimé la silla a la mesa. Hablé a trompicones.

—Creo que sé cómo han llevado el dinero al Banco Vaticano —le dije.

Se mostró sorprendida.

—¿Has conseguido alguna información en Hacienda? —preguntó extrañada.

—Vengo de un curso... Me han dado una idea.

Ana se acercó a la mesa.

—Ana, hola..., una cerveza —le pedí.

Ana, como siempre, se mostró cariñosa.

—Has pasado como alma que se lleva el diablo.

—Perdona..., quería ver a Lucía —dije.

—¡Qué bonito! —añadió Ana.

Ana se marchó.

—¡Cómo eres! Cualquiera diría que estás loco por mí... —dijo Lucía.

—¿Lo dudas?

—Anda..., dime ya cómo has descubierto lo del Banco.

—Es el método más fácil. Deben de tener un contacto dentro, en el IOR. Le dan el dinero y un empleado lo mete en una cuenta que ya está abierta, o la abren —expliqué.

No se mostró muy sorprendida. Tomó la copa de cerveza y le dio un trago. Estaba pensativa.

—No puede ser cualquiera. ¿Quién lo puede hacer? —dijo.

—No creo que sea cualquier funcionario. Pero ya no sé qué paso dar. ¿Ha quedado Estrella con su amigo de la guardia civil?

—No he vuelto a hablar con ella.

Ana me trajo la cerveza. Bebí nervioso, con sed. Tenía la boca seca. Tomé la carta y la volví a dejar encima de la mesa.

—Elige tú. Casi no tengo hambre... —dije.

Lucía pidió una carne y unos aperitivos. Comimos en silencio. Un temor me corroía desde la madrugada anterior. Estrella estaba al

descubierto. Estaba en peligro. ¿Cuánto tiempo estaríamos ocultos a los ojos de Rodrigo y Menéndez?

—Creo, Lucía..., que esto nos viene grande. No tenemos medios para pararlos o...

—¿Piensas que deberíamos dejarlo?

—No sé qué hacer ahora. No sé quién estará detrás. Si hay mucho dinero, tiene que ser alguien grande... —dije.

—¿Grande? ¿A quién te refieres? ¿A la mafia?

—Ya no sé qué pensar. La muerte de Carlos es muy oscura y muy meticulosa. El autor o los autores sabían lo que hacían. No quiero que nos apunte, y menos esta gente.

—¿Tienes miedo? —preguntó Lucía.

—No soy un loco. Anoche pensaba en Laynez. ¿Tú... le llamarías?

—¿Para qué?

Me hincó la vista. Dejó la copa encima de la mesa cerrando los puños.

—No creo que sea una buena idea. Ya nos cuidó una vez. Y sabes cómo acabó. No había otra salida —dijo Lucía.

—¿La hay ahora?

La fuente de carne estaba intacta. No piqué nada. Lucía tampoco probó bocado. Mis temores se los iba trasladando a Lucía. Ana se acercó para ver si necesitábamos algo. Al ver la carne sin cortar, se extrañó.

—¿Qué os pasa? ¿No os gusta? ¿No está buena?

—No..., Ana. Tenemos poco apetito, —dije.

—El plato debe de estar ya frío. Os voy a traer otro para que hagáis la carne.

Se llevó el plato y nos trajo otro, ardiendo, para sofreír la carne.

—Come algo, Marcos. Esto no lo vamos a arreglar aquí. Luego llamaré a Estrella, —concluyó Lucía.

CAPÍTULO XVI

Noviembre de 2013

Pensé que había contagiado mi desasosiego a Lucía. La conversación que mantuvimos en el restaurante de Omar me tranquilizó. Llamó a Estrella y quedamos el sábado siguiente en su casa. Una semana más de incertidumbre. Una larga espera para algo tan simple como decirle que abandonábamos. No sabía qué habían hablado por teléfono entre ellas.

Esos días me entretuve con algunos trabajos aplazados. Había sacado provecho del curso. Los informes que tenía que ultimar estaban a expensas de añadir unas sentencias que habían mencionado.

Lunes..., y estaba contento. El trayecto desde Villanueva del Pardillo a Madrid fue rápido. Subí a mi pequeño despacho. Había luz en el de Enrique. Abrí la puerta y le vi con la cabeza metida en las páginas asalmonadas del Financial Times. Levantó la vista.

—Esto... no hay quien lo arregle —me soltó como saludo—. ¿Has leído la entrevista del Ministro?

—¿Cuál de ellos?

—El nuestro..., no se puede ser más impresentable. Sube los impuestos, nos quita días...

Se retrepó con las manos alrededor de la nuca. Normalmente vestía de traje con bonitas corbatas. Ese día había prescindido de su atuendo trajeado para vestir más informal. Un jersey polo color mostaza y unos pantalones chinos negros.

—¿Qué tal el fin de semana? —preguntó.

—Bien..., como siempre. Hoy has cambiado de indumentaria. Vienes más deportivo —contesté.

—Estoy aquí metido ocho horas..., sin luz, ni ventilación. Prefiero estar cómodo.

Su despacho era una copia del mío. Cinco pasos de largo por cuatro de ancho. Con una mesa de trabajo y un armario. Quedaba poco espacio para el desahogo.

—¡Anda, siéntate y dame un poco de conversación! —dijo Enrique.

Me senté en uno de los sillones fronteros. Enrique dobló el Financial Times y lo dejó encima de la mesa.

—Estoy leyendo las noticias. Estamos cada vez peor —dijo Enrique —. Corrupción, ineptitud. Nos toman por tontos. Son una casta nauseabunda, pero lo malo es que son necesarios. La prensa extranjera ya habla de nosotros, y no bien.

Al mencionar la corrupción, recordé las comisiones de Rodrigo y Menéndez que luego blanqueaban. Dudaba en comentárselo. Pero quería saber su opinión. ¿Se les podría hacer una comprobación?

—Enrique, tengo sospechas. Creo que un despacho de abogados está sacando comisiones que luego blanquea. ¿Qué harías?

Me miró fijamente.

—¿Tienes alguna prueba? —preguntó.

—Sé cómo lo han hecho.

—Hace falta algún documento... —añadió.

—Tengo unos movimientos bancarios que les afectan indirectamente.

—Con eso…, tienes poco. No creo que puedas conseguir nada. Haz una denuncia a la Fiscalía anticorrupción. Quizá así...

Me descorazoné. Movía nervioso las manos. Tamborileaba con los dedos sobre la mesa. De esta forma mostraba mi desesperación.

—No conozco a nadie allí, se perdería. Y tengo cierta urgencia —dije.

—¿Urgencia?

Enrique se recostó en el sillón.

—Andan metidos en un feo asunto que..., que conozco —dije.

—¿Qué tipo de... asunto?

—Está relacionado con una amiga —le corté.

No encontré el eco que esperaba. Me arrepentí de haber mencionado lo del despacho.

—No sé qué puedes hacer... Si es una cuestión delicada con gente conocida de por medio, ¡déjalo!

Me fui a mi despacho. Al abrir la puerta, me dio una bocanada de depresión. ¿Qué estaba haciendo con mi vida? Pasaba horas metido en ese cuartucho. Pequeño, sin luz..., con un trabajo rutinario. Me tenía por una persona despierta. Era un buen inspector. Usaba con maña la informática. Pero estaba encerrado como un apestado. Mi habilidad la usaba en los enredos de Lucía. Ahora Estrella. Podía investigar el despacho de Rodrigo y Menéndez. Pero había una sensación de miedo que Estrella me había contagiado. La muerte de Carlos había sido muy cuidada. Habían intervenido profesionales. Ni Lucía, ni Estrella, ni yo nos movíamos en ese mundo. Hasta ahora habíamos tenido suerte. Laynez, nuestro ángel de la guarda, no iba a estar siempre a nuestro lado.

Encendí el ordenador. Mientras parpadeaba la pantalla, sentí un estremecimiento. Una impresión de tristeza. Me costaba aceptar la corrupción en la Iglesia. Benedicto XVI detuvo el escándalo en el Banco Vaticano. Había encargado un informe que sólo unos pocos conocían. Entre ellos el Papa Francisco. Los cambios en el IOR mostraban la voluntad de limpiar la imagen de la Iglesia.

Todos los indicios señalaban que Carlos había descubierto en la Iglesia un caso de corrupción. Las piezas se ajustaban como en un rompecabezas. No sabíamos su alcance. La pantalla se iluminó. Movía los dedos nervioso. Accedí con cuidado a la base de datos de la Agencia. Introduje las notas de Rodrigo y Menéndez. Allí estaban. Los antecedentes de la sociedad y los suyos particulares. Fui abriendo los archivos. Todo era normal. Había entradas de dinero. Aparecían ingresos de invisibles, dinero del exterior de procedencia incierta. El puzle dejaba ver su dibujo. Obtenían el dinero y lo colocaban en el Banco Vaticano mediante un contacto. Una vez contabilizado en una cuenta corriente, el dinero estaba limpio y se transfería a cuentas en bancos de Roma o Nueva York. La operación era simple. Pero hacía falta una conexión dentro del IOR para ingresar efectivo en la cuenta. El Banco Vaticano tenía muy pocas cuentas particulares. Ésta debía de ser muy antigua. ¿De quién? Ahí me perdía.

CAPÍTULO XVII

Noviembre de 2013

Nos citamos en casa de Estrella. Quise saber cómo le iba a plantear nuestra retirada. Sonaría como una huida, una rendición. Le preguntaba a Lucía. No me respondía. Daba un giro a su respuesta. Al final desistí. Dudé que lo hiciera.

—Estás segura de lo que hablamos, ¿no? —dije.

No contestó. La calle de Alfonso XII estaba desierta, oscura. La iluminación era pobre. Antiguas farolas fernandinas de una sola pantalla acristalada. Busqué un sitio para aparcar. Me metí por las calles cercanas. Encontré un hueco libre. Salimos del coche. Lucía se mantenía muda. Su actitud me inquietaba. Yo pensaba que había quedado clara nuestra postura. Su mutismo me hacía dudar. Normalmente habría criticado mi manera de conducir y mi tardanza en aparcar el coche. No lo hizo.

—Lucía..., ¿has pensado lo que le vamos a decir?

—¿Y tú...?

Era una respuesta desafiante.

—Lo tengo claro. No podemos tentar más a la suerte —dije.

—Creo que ya la hemos tentado.

—¿A qué te refieres...?

—Me parecería una cobardía dejarla sola una vez que la hemos señalado.

Ahí tenía la respuesta a mis dudas. Llamamos a la puerta. Lucía mantenía una mirada dura. Nos abrió un hombre desconocido. Quedé sorprendido. Tenía un aspecto juvenil. Alto, atlético, con poco pelo. Vestía con vaqueros y una camisa desabotonada. Su semblante era agradable. Sonreía.

—¿Inspector? Tú eres el inspector, ¿no?. Y tú debes de ser Lucía —dijo el desconocido.

Su actitud no me gustaba. Su manera de hablar. Había en su tono cierta socarronería. Nos miraba altaneramente y me calificaba. Detrás de él apareció Estrella. Iba como siempre con un cuidado descuido en su forma de vestir. Shorts ajustados y una camiseta negra que acrecentaba su picardía.

—¿Ya os conocéis? —dijo Estrella.

Luego, mirando a quien nos había abierto la puerta, añadió.

—Este es Jorge. Ya os he hablado de él. Es guardia civil, comandante. Él estuvo conmigo en el Anatómico Forense.

Le habíamos insistido para que le llamara. Un guardia civil, amigo de Carlos. Me extrañaba que aceptara el relato oficial de su muerte y que no hubiera investigado sus circunstancias.

Entramos en el salón-gabinete de Estrella. Lo tenía como lo recordaba de la última visita. Varios caballetes. Y Dos cuadros. Un bodegón y un paisaje impresionista. Había un fuerte olor a pintura. En una mesa pequeña, delante del sofá, tenía dispuestas unas tazas y una bandeja de pastas.

—Las ha traído Jorge —dijo Estrella.

Jorge se mantenía de pie, observando. Se fue acercando al sofá. Antes de sentarse, miró a Lucía y le hizo un gesto cediéndole un sitio al lado de Estrella.

—Así que sois vosotros quienes habéis calentado la cabeza a Estrella —dijo Jorge.

Lucía se revolvió.

—No ha hecho falta. Ya te lo habrá contado Estrella —dijo Lucía.

—¿Qué?, ¿sus sospechas? —dijo Jorge.

—¿No has visto las fotos? —añadí.

—Estrella me ha comentado algo...

Me volví hacia Estrella que estaba en la cocina.

—Estrella, ¿tienes ahí las fotos y los documentos que sacamos de la "nube"? —le pregunté.

En ese momento Estrella se acercaba a la mesa para dejar la tetera caliente.

—Está ardiendo. ¿Queréis té?

La dejó encima de la mesa.

—Lo tengo en el portátil —dijo Estrella.

—Enséñaselo a Jorge. A ver qué opina...

Estrella fue a buscar el ordenador. Lo trajo y se arrodilló en el suelo apoyándolo encima de la mesa para manipularlo. Lo abrió y buscó las fotos. Se echó hacia atrás para mantener visible la pantalla.

—Mira, Jorge. Aquí está todo —dijo Estrella.

Jorge se acercó arrodillándose también al lado de Estrella para ver mejor las fotos. Estrella las fue pasando y abrió el documento que contenía sus notas. Jorge lo miró detenidamente. Fue acercando sus manos y empezó a toquetear el teclado deslizando su mano por el trackpad. Repasaba lo que Estrella nos había mostrado.

—¿Está ahí lo de Remedios? Sus pagos... De repente recibe una suma para pagar la hipoteca y, además, mensualmente le pasan una cantidad. ¿No te extraña? —dije.

Jorge levantó la cabeza del portátil.

—¿Cómo lo habéis conseguido? —preguntó Jorge.

Hubo un silencio. Nos miramos Estrella, Lucía y yo. Dejé la taza encima de la mesa.

—Si Jorge está aquí..., conviene que lo sepa —dije.

—Que sepa qué —terció Jorge.

—Que hemos pirateado los datos —dije.

—Eso es ilegal. ¡Un delito, inspector! Además, no tienen validez en un juicio.

Jorge se enderezó y se acercó a Estrella.

—Estáis cogiendo hechos aislados y habéis montado una historia. La que os conviene, —dijo Jorge.

—Te equivocas, Jorge. Tú conocías a Carlos. ¿Le creías capaz de hacer aquello de lo que le acusan?

—Estrella, hay fotos —dijo Jorge.

Estrella enmudeció. Lucía y yo nos miramos extrañados. Esa información lo cambiaba todo. Si la acusación estaba probada, toda la secuencia de hechos que habíamos esbozado se desmoronaba.

—¿Qué fotos son esas? No me digas que la madre, en vez de abalanzarse contra quien abusa de su hija, fotografía lo que está pasando. Nunca me lo comentaste —dijo Estrella confusa.

—No son fotos tan expresivas. Se ve a Carlos con la niña en brazos. Está envuelta en una toalla. Parece que salía del baño —aclaró Jorge.

La cara de Estrella se crispó.

—No ves que todo es un montaje. Hay algo en las notas de Carlos...

—Bien podía estar preparado —añadí—. ¿Cómo es que fue a casa de Remedios? Resulta muy extraño que tenga esas fotos y las saque para que la insinuación se convierta en un hecho.

—Inspector, eso son conjeturas —dijo Jorge.

La merienda estaba encima de la mesa sin tocar. El té, frío. Estrella y Lucía tenían la cara crispada. Yo no veía ninguna salida. Si todo había sido un montaje, estaba muy bien construido. No tenía fisuras. Bueno... la única era Remedios. Quizá a través de ella se pudiera desmontar la denuncia. Pero no se me ocurría cómo.

—Quizá podamos tocar a Remedios. Tenemos información sobre sus cuentas —dije.

Me cortó Jorge.

—Pero piensa cómo las habéis obtenido, inspector, pirateando...

Me disgustaba que siempre que me llamara “inspector”. Lo hacía con burla.

—Tenemos la información —repliqué—. Es el eslabón más sensible. ¿Nos ayudarás?

—Sí, Jorge. ¿Nos vas a ayudar? —dijo Estrella.

Jorge se sentó en uno de los sillones y adelantó el cuerpo con las manos cerradas.

—¿Cómo queréis que os ayude? ¿Sabéis qué vais a hacer?

—Tenemos acceso a sus móviles —dije.

Jorge torció la cabeza, adelantó más el cuerpo. Estaba sentado en el filo del sillón.

—Creo que no sois conscientes de lo que estáis haciendo. Os puede caer una denuncia. Habéis pirateado sus cuentas, os metéis en sus móviles. Como se den cuenta os denunciarán. Y tú, inspector..., ¿has averiguado algo en Hacienda?

Sus palabras se me clavaron como alfileres. Recordé mi intención de abandonar ese complicado enredo. Alcé la vista y miré a Lucía. Ella debió de intuir mis dudas. Se levantó con los brazos en jarras.

—¿Qué piensas..., abandonar? Ahora Estrella está marcada y no creo que se detengan. Hemos empezado y tenemos que acabar. Si vosotros..., si tú, Marcos, te echas para atrás..., yo sigo —dijo Lucía.

Estrella se acercó a Lucía y le dio un abrazo.

—Lucía..., gracias... Yo no sé qué está pasando, pero Carlos descubrió algo y le ha costado la vida.

Miró a Jorge.

—Era tu amigo. ¿No vas a hacer nada? —dijo Estrella.

Jorge se removió incomodo.

—Estrella...., Estrella... Carlos era mi amigo y quiero creer que todo es un engaño. Pero he visto comportamientos raros... —contestó Jorge.

—Jorge, si Carlos hubiera estado enfermo, yo lo habría sabido. Hemos estado juntos muchos años. Tuvimos una relación muy íntima. Jorge..., eso no se puede ocultar —dijo Estrella.

Jorge se levantó, se movía nervioso. Iba de un lado para otro. Posó la vista en uno de los cuadros que Estrella estaba restaurando. Era una pintura impresionista. Tenía la mirada fija. No hablaba. Parecía meditar. Se hizo un silencio denso, incómodo. Se volvió lentamente.

—¿Qué pensáis hacer? —preguntó Jorge.

Yo tomé la palabra.

—Presionar a Remedios para ver dónde nos lleva —dije.

—Inspector..., ahí os estáis jugando que ella os demande por acoso.

—No lo creo —dijo Estrella—. Cuando hablé con ella, dudaba, tuvo miedo. Dio la impresión de que ocultaba algo. Si no, ya me habría demandado.

—Estáis tensado demasiado la cuerda. Si está asesorada..., y si lleváis razón debe de estarlo, irá a por ti, Estrella —dijo Jorge.

—Si lo hacen, dijo Lucía, sacaremos los papeles que tenemoS —dijo Lucía.

—Esos papeles no valen. Los habéis obtenido delictivamente —aclaró Jorge.

—Sí... —respondió Lucía—, pero al menos tendrán un valor testimonial. Ningún juez puede condenar a Estrella viendo esos trasiegos de dinero.

—Pero bueno..., ¿qué haréis?

La situación se había relajado. Jorge y Lucía se sentaron. Lucía tomó la taza de té y la acercó a sus labios. Hizo un gesto de rechazo.

—Debe de estar frío —dijo Estrella—. Voy a calentar agua.

Estrella cogió la tetera y se la llevó a la cocina. Jorge tomó una pasta de la bandeja. Miraba expectante.

—Inspector —Jorge empezó a hablar con voz pausada—..., yo no puedo montar una operación con lo que me decís. Es un caso cerrado. Y vosotros me presentáis pistas que toman sentido por la fe que tenéis en Carlos.

Estrella, apoyada en la encimera que separaba el estudio de la cocina, le respondió.

—Jorge..., ¿tú no tienes fe en Carlos?

—Sí —alzó la cabeza para que su voz sonara clara—, pero no puedo pedir que sigan a alguien o que autoricen escuchas porque creo que se ha cometido una injusticia. Que no se suicidó, que lo mataron, y lo sé porque dejó una nota escrita con tinta negra y él acostumbraba a escribir en marrón. Pensadlo..., es de locos. Contad conmigo como amigo, no como guardia civil.

CAPÍTULO XVIII

Junio de 2013

Una rara tarde de junio. Ya había oscurecido. Carlos había llegado a su casa después de un largo día de trabajo en la Magistratura de la Rota. Cogió una carpeta con las copias de algunos documentos del Expediente de la nulidad de Remedios. Estaba cansado. El día había sido complicado. Una larga y penosa vista en la Rota. Y una visita a la Conferencia Episcopal.

Estaba citado con Remedios en su casa. Pensó llamarla y posponer la reunión. Hubiese preferido quedarse y trabajar tranquilamente en algunos procedimientos que tenía pendientes. Y descansar, olvidarse de todo durante un rato.

Había acumulado más indicios de las maniobras de Monseñor Bermejo, pero no había podido obtener ninguna prueba. Desde que dejó su secretaría había intentado confirmar sus sospechas. En el tiempo que estuvo con él, había hecho tres viajes a Roma. Uno con él. Siempre con escala en Marsella.

Carlos conocía a su nuevo secretario. Por él supo que tenía proyectado otro viaje a Roma. También vía Marsella. Salía el lunes siguiente en un vuelo... a Marsella. Después había reservado un coche en el aeropuerto para realizar el último tramo hasta Roma en automóvil.

Las alarmas se dispararon. Después de lo ocurrido en el viaje que hizo con Monseñor Bermejo, todo se engarzaba. Le costaba entender el porqué de la conducta del Arzobispo. Pero los hechos aislados, como las piezas de un puzle, construían estas sospechas. Indicaban que se estaba recogiendo dinero en Marsella y llevándolo a Roma. En Roma, había indicios. Después de haberle visto en la cafetería

del hotel con un funcionario del IOR... La imaginación era portentosa. Todo indicaba una entrada anormal de dinero en el Banco Vaticano. Pero desconocía su procedencia y su destino. "¿La cuenta del IOR?", pensó. La confidencialidad era absoluta, muy difícil de traspasar. Hasta ahí llegaba. No podía situar la figura de Monseñor Bermejo en la trama. ¿Dinero...? No lo creía. Rastreando sus pasos en Roma, su participación apuntaba a conseguir poder dentro de la Iglesia.

En ese momento estaba preocupado por todo lo que estaba descubriendo sin saber muy bien qué hacer con esa información.

No tenía la cabeza para ultimar la nulidad de Remedios. La causa estaba pendiente sólo de un trámite sencillo. La declaración de su marido. Carlos había quedado con ella para rematar ese detalle que tenía paralizada su nulidad. Quería cerrarla y Remedios le pidió que se acercara a su domicilio. Ella le dijo que no podía ir a la sede de la Rota. Le había pedido que fuera a su casa para retocar ese trámite. Adujo que no tenía con quién dejar a Alba, su hija, que estaba enferma. Carlos se avino a su petición. Vivían relativamente cerca. Pero, en ese momento, se arrepentía de haberse ofrecido.

La calle de Uruguay está cerca de la calle de Santa Hortensia. Pensó ir andando, dando un paseo, pero se había desencadenado una tormenta. Cogió el coche. Cuando salió del garaje caía una pequeña llovizna. Había quedado con Remedios alrededor de las ocho.

Aún no se había hecho de noche. La calle estaba mojada. El agua salpicaba al paso de los coches. La gente caminaba deprisa protegiéndose de la lluvia, que arreciaba. Carlos encontró estacionamiento en la esquina con la calle de Puerto Rico. Remedios vivía en el número 50 de la calle de Uruguay. Aparcó el coche, pero aguardó. Se sentía incómodo.

La causa de Remedios era una causa que D. Manuel Esteban, magistrado ya mayor, le había pedido que llevara como abogado defensor. A veces, en situaciones delicadas, la Magistratura ofrecía los servicios de oficio. Y D. Manuel Esteban le pidió que se hiciera cargo de su nulidad. El abogado que representaba a Remedios pidió una cantidad excesiva de dinero como provisión de fondos y, sin hacer otra gestión que presentar la demanda, la dejó plantada.

Desapareció con el dinero. Remedios se encontró sin poder asumir los gastos de un nuevo abogado para continuar. Y pidió al magistrado de su causa que la ayudara. La defensa de oficio la asumían algunos magistrados. Y D. Manuel Esteban le pidió a Carlos que aceptara el encargo. Carlos lo hizo a regañadientes, por compromiso.

El motivo de la nulidad de Remedios era sencillo. El marido no tenía fe y no creía en la santidad del matrimonio. Era una causa excluyente. Bastaba con que acudiera a declarar para la nulidad del matrimonio. Que hubiera una hija, Alba, enredaba la causa.

Llegó a la puerta, un vecino acababa de salir. La puerta no se había cerrado. La mantuvo abierta unos minutos, sopesó lo que estaba descubriendo sobre Monseñor Bermejo y el asunto que le llevaba a casa de Remedios. Lanzó un profundo suspiro. Abrió la puerta enteramente y entró. Subió a la segunda planta. Tocó el timbre. Al cabo de unos minutos, Alba abrió la puerta. Le miró extrañada. Mantenía la puerta entreabierta.

—¿Quién eres? —preguntó Alba con una voz chillona e insolente.

Alzaba un poco más de un metro. Tenía el pelo revuelto y unos ojos negros brillantes. Estaba descalza, con las rodillas manchadas de barro. Con una mano sostenía la puerta y la otra estaba la tenía apoyada en su costado, en jarras. Su nariz, respingona, le daba una cierta picardía. Esperaba una explicación de Carlos.

—Busco a tu madre. ¿La puedes avisar? —dijo Carlos, divertido, viendo la apostura de Alba.

—Alba, ¿quién...? —oyó la voz suave de Remedios.

Remedios apareció por detrás. Iba deprisa, azorada. Al ver a Carlos hablando con Alba se aproximó a la puerta y la abrió enteramente apartando con cariño a Alba para que Carlos entrara.

—D. Carlos..., no sabría si vendría ya —dijo Remedios.

Carlos se mostró sorprendido.

—Habíamos quedado sobre esta hora —dijo Carlos.

—Ya, pero me parecía más tarde —añadió Remedios—. Iba a preparar el baño para Alba. Pase, pase padre.

Remedios le precedió. Entraron en el comedor. Una espaciosa habitación recargada de muebles clásicos. Una mesa rectangular de madera oscura con sillas de madera maciza. Un aparador lleno de pequeños marcos con fotografías de Alba, de todas las edades. En el otro extremo un ancho sofá, al lado de un ventanal, y enfrente un televisor. En las paredes colgaban diferentes grabados, copias de conocidos cuadros. La estancia era fría.

—Siéntese aquí... —dijo Remedios.

Le indicó un extremo de la mesa.

—O mejor —rectificó Remedios arrepintiéndose de la primera propuesta—, vamos la cocina. Así voy preparando la cena de Alba y la baño.

Carlos la siguió. Estaba incómodo. Lamentaba haber ido a casa de Remedios. Ella iba de un lado para otro sin pararse a hablar con él.

Carlos quería acabar cuanto antes. Sólo tenía que preparar la declaración del marido. Conocer algunos detalles de su relación con él. Y obtener alguna prueba de su distanciamiento con la religión católica. Saber qué relación mantenían en esos momentos, además de compartir a Alba.

Carlos se sentó en una mesa camilla en la esquina de la cocina. Junto a la puerta. Enfrente del cuarto de baño. Sacó unos papeles de la cartera. Tenía notas sobre la personalidad del marido. Sus creencias. Ideas que chocaban con la excelencia del matrimonio según la Iglesia.

—Bueno, Remedios..., tu marido se llama Juan Marín, ¿no?

—Sí.

—¿Le ves?

—¿A ese desastre...?

—Remedios, ¿le ves?

—Hablo con él cuando se lleva a Alba.

—Bueno... llámale y dile que le mandaré una citación para que vaya a declarar. Que te confirme su dirección... ¿Juan Bravo, 28? Que la confirme para enviarle la citación.

—Bueno, le llamaré...

—¿Por qué os casasteis por la Iglesia si él no creía? —preguntó Carlos.

—Fue por mí... Mi familia es creyente y mi madre no comprendía que no lo hiciera.

Remedios fue a la vitrocerámica para remover el puré que estaba calentando. Alba, sentada en el suelo, jugaba con unas muñecas de trapo. Remedios se acercó a ella y la levantó.

—Anda, Alba, vamos al baño.

Carlos recogía los papeles. Pensaba que había sido una pérdida de tiempo. No había adelantado nada. La confirmación de unos detalles que ya tenía anotados.

—Espere, padre. Meto a Alba en la bañera y le atiendo —dijo Remedios desde el cuarto de baño.

Remedios, ya tengo todo. Hablaré con D. Manuel para que agilice el proceso.

—¿Cree que saldrá...?

—Lo de tu marido es una causa excluyente. No creo que se oponga el defensor del vínculo.

Remedios salió del cuarto de baño. Fue a la cocina para ocuparse de la cena de Alba.

—Padre, ¿le importa atender a Alba un momento mientras le preparo la cena?

Carlos dejó la cartera encima de la mesa y entró en el cuarto de baño.

—Alba, ve saliendo —gritó Remedios.

Alba se levantó de la bañera. Estaba desnuda y tiritaba. Miró a Carlos y con el brazo señaló una toalla colgada. Carlos la cogió y envolvió a Alba. Remedios contemplaba la escena desde puerta. Mientras Carlos frotaba a Alba con la toalla para quitarle el frío, Remedios hizo fotos con el móvil. Carlos volvió la cabeza instintivamente. Remedios con movimiento rápido disimuló acercándose el móvil a la oreja.

—Alba, tienes mañana un cumpleaños... de Cristina —dijo Remedios.

Carlos se apartó de Alba dejando que Remedios la secara. Tomó su cartera y se dirigió a la puerta.

—Bueno, Remedios, ya está todo... Te llamaré.

Carlos se fue. Se iba con un regusto amargo. Tenía la sensación de haber perdido el tiempo. Le desconcertaba la insistencia de Remedios para que fuera a su casa. Apenas habían hablado. No le mencionó las novedades que tenía sobre su marido. Sólo mentaron algo que ya tenían claro. Enfocar la nulidad en el descreimiento del marido.

En cuanto Carlos cerró la puerta, Remedios envió por Whats-App las fotos a Santiago Rodrigo.

CAPÍTULO XIX

Noviembre de 2013

—¿Estás seguro, Marcos? —preguntó Lucía, nerviosa, toqueteando el iPad.

—Seguro no…, pero es lo único que podemos hacer. Tenemos las fotos que hemos descargado de su móvil. Él debe de estar en alguna. Ha quedado aquí con alguien de la trama. Hay que reconocerle. Y luego..., ya veremos.

Estábamos sentados en una mesa de Embassy. Del móvil de Santiago Rodrigo habíamos sacado un mensaje a un móvil desconocido. Una cita a las seis de la tarde en Embassy. El mensaje fue después de la llamada de Remedios asustada por el cerco de Estrella.

Estrella había ido a la calle de Uruguay, la esperó en la puerta de la calle. Nos dijo que fue un arrebato impremeditado. Después de la reunión en su casa con Jorge, decidió abordar a Remedios. Presionarla. Era el eslabón más débil. Fue su conclusión de la reunión que tuvimos con Jorge. Cogió las copias de su cuenta corriente y, cuando Remedios salió de su casa, la abordó. Le echó en cara sus extraños ingresos... Montó un altercado callejero. Varias personas, creyendo que había una disputa seria entre ellas, intentaron separarlas. Gritos, llantos. No llegaron a las manos.

Remedios, después, debió de ir al despacho de Santiago Rodrigo y Eugenio Menéndez asustada. Hizo una breve llamada. Pensaría que habían descubierto su engaño y fue a verlos. Ellos decidieron actuar. Se citaron con alguien. El móvil que recibió el mensaje no sabíamos de quién era. Teníamos el lugar y la hora de la cita. Desconocíamos la apariencia de ellos. Nos metimos en el móvil de

Santiago Rodrigo. Copiamos sus fotos. No había muchas. Había fotos urbanas, de calles, varias de mujeres distintas y unas pocas de hombres. Tres hombres. Dos de ellos se repetían en varias. Pensé que alguno de ellos sería él o Eugenio Menéndez.

Lucía y yo decidimos ir a Embassy. Estrella quería acompañarnos, pero le pedimos que desistiera. Santiago Rodrigo o su socio podría reconocerla.

Embassy a las seis de la tarde era un hervidero de gente. La mayoría, señoras con buena pinta que acudían a merendar y a cotillear. Previendo esta avalancha, nos fuimos a Embassy dos horas antes. Íbamos cambiando de mesa hasta conseguir una desde donde divisáramos todo el local. A partir de las cinco de la tarde, empezó a llenarse. Nos fijábamos en las personas que entraban. Hacíamos una rápida pasada en el iPad y nos mirábamos con desesperación.

Todas las mesas estaban ocupadas. Ya había pasado la hora de la cita y no habíamos sido capaces de localizar a Santiago Rodrigo o Eugenio Menéndez ni a la persona con quien se habían citado. Miré a Lucía y le hice un gesto alzando los hombros. Evidenciaba nuestro fracaso.

—No hemos tenido suerte —dije.

—¿Qué esperabas?

—No sé muy bien qué esperaba..., una pizca de fortuna.

Al levantar la vista, posé la mirada en una mesa en la mitad del local ocupada por dos personas. Una de ellas, la que me llamó la atención, estaba de frente y la otra nos daba la espalda. Su aspecto me resultaba conocido. Hombre de unos sesenta años con una melena plateada. Vestía con una chaqueta negra y sin corbata, con la camisa blanca abrochada hasta el cuello. No sabía cómo no me había fijado en él cuando entró. Hubiera despertado mi interés. Era como un flash, un repentino recuerdo.

—Lucía..., mira aquella mesa... ¿Te resulta conocido?

Lucía alzó la vista.

—¿Quién, el del pelo blanco?

Le miró fijamente.

—No me acuerdo de él —dijo.

—Yo le he visto antes... —repliqué.

Busqué en el iPad. Hice una pasada por todas las fotos almacenadas. Miraba con ansiedad. Deslizaba la mano sobre la pantalla. No había ninguna coincidencia entre las fotos descargadas del móvil de Santiago Rodrigo. Abrí el archivo rescatado de Carlos. Había varias fotos. La del coche, el Mercedes, el maletín y la cafetería. Posé el dedo y la pantalla se llenó de la foto que Carlos había hecho en la cafetería del hotel de Roma. Había dos personas, dos clérigos... Uno de ellos tenía la melena blanca. Era el que teníamos enfrente.

—Lucía, ese es Monseñor Bermejo.

—¿Quién? —dijo sorprendida.

—El del pelo blanco. Ya le hemos puesto cara. Y tenemos su móvil.

CAPÍTULO XX

Noviembre de 2013

—Estrella, ¿qué te ha pasado?

El aspecto de Estrella era lamentable. Tenía la cara hinchada. Debajo de la nariz, había marcas de sangre. Un corte en la mejilla. Uno de los ojos, medio cerrado con un moratón. Vestía con una camisa larga, abierta. Descalza.

Entramos en el piso. Estaba revuelto.

—¿Qué ha ocurrido?

Estrella rompió a llorar. Era un llanto silencioso. Se abrazó a Lucía. Su cuerpo temblaba. Eché una ojeada al cuarto de trabajo. Los caballetes estaban tirados en el suelo. Los cuadros que había visto unos días antes, un bodegón y un paisaje impresionista, rajados. El cristal de la mesa pequeña, roto. La borra de los cojines del sofá, esparcida por el suelo.

—¿Qué ha pasado...? —pregunté arrimándome a Estrella y posando mi mano en su hombro.

Se separó de Lucía y miró, desesperada, a su alrededor. Con su mano hizo un gesto para mostrarnos el destrozo. En el suelo había pegotes de pintura. Los pinceles esparcidos, rotos. Todo estaba deshecho. Estrella miraba con pena los cuadros rajados...

—Entró y me atacó —dijo con voz cansada.

—¿Quién? —preguntó Lucía impaciente.

—Llamaron a la puerta. Entró como un huracán. Me cogió y me

golpeó. No paraba de abofetearme. Me quitó la ropa. Me dejó desnuda. Creí que me violaría. Estaba indefensa, ¡desnuda!, viendo cómo rompía todo. Cogió los cuadros y los fue rajando... Me miraba, decía que así iba dejarme la cara si seguía molestando a Remedios.

—¿Fueron ellos? —pregunté.

Más que una pregunta fue una afirmación sin saber a quién me refería. Estrella había descubierto la intriga que había acabado con la vida de Carlos. El asunto estaba tomando un cariz peligroso. Lamenté haberme dejado convencer por Lucía para seguir en él. Ahora..., ya no podíamos retirarnos.

—¿Le hablaste de nosotros? —pregunté intranquilo.

—¡Qué cosas preguntas, Marcos! —me recriminó Lucía— No es el momento... Hay que ayudarla.

Estrella se sentó, desamparada, en una esquina del sofá. Echó el cuerpo hacia delante, la cara entre sus manos. Temblaba.

—No..., no me hizo preguntas. Sólo me pegaba. Me zarandeaba. Fue horrible. Me amenazó. Si miraba a Remedios, volvería. No puedo llamar a la Policía, ¡me ha prohibido llamarla! —dijo con desesperación.

Con las manos se tapó la cara.

—Si denunciaba la agresión... —dijo Estrella.

Llamaron a la puerta. Miré a Estrella y a Lucía. Busqué algo para defendernos. Temí que fuera ser el sicario otra vez. Se podía haber quedado vigilando la puerta y...

—¿Dónde tienes algo... un cuchillo... algo? —alcé la voz, nervioso.

Estrella me dio un cuchillo de cocina, de larga y ancha hoja. Lo tomé aunque no sabía cómo usarlo. Si era el asesino, tendría pocas posibilidades. Entreabrí la puerta. La tensión que sentía desapareció. Exhalé un suspiro de alivio. Era Jorge. Abrí totalmente la puerta.

—¿Qué pasa? ¿A quién esperas? —dijo Jorge, burlón, señalando el cuchillo.

La reacción de Estrella se adelantó a mi respuesta. Como un ciclón se echó en sus brazos. Al separarse, Jorge contempló su estado. Le cambió el semblante.

—Estrella, ¿qué te ha pasado? —preguntó Jorge.

Estrella se desasió de Jorge para que la viera mejor. A trompicones, le volvió a contar toda la ristra de hechos.

—No puedes quedarte aquí sola —dijo Jorge.

—Mira cómo está todo —dijo Estrella moviendo la cabeza para que observara el estropicio que había en su casa—. Entró y lo arrasó todo..., pero ¿adónde voy?

Lucía se ofreció.

—Vente a casa.

—No creo que sea una buena idea —añadí—. Tenemos una hija pequeña. Y si se presentara en casa...

Temía que el sicario hubiera averiguado quiénes éramos.

—Estrella..., no sé a qué nos enfrentamos. Han matado a Carlos, a ti..., te han dejado..., te han atacado —dije.

—Estrella se vendrá conmigo —cortó Jorge—. Se quedará en mi casa y le pondré a un número de la Guardia Civil para que la cuide.

Sentí alivio. Era una buena solución, pero momentánea. Había que saber cómo encararíamos la encrucijada en que nos encontrábamos. Ya habíamos localizado a Monseñor Bermejo. Sabíamos por las notas de Carlos cómo llevaban el dinero a Roma. Vía Marsella. Conocíamos a algunos de los implicados: los abogados Menéndez y Rodrigo. ¿Quién más habría?

La parada en Marsella, donde recibía el dinero, me hacía sospechar que nos enfrentábamos a una banda mafiosa. La cuidada muerte de

Carlos y la agresión a Estrella eran obra de expertos. Y ese tipo de gente sólo se encuentra en algún tipo de mafia. ¿Qué podíamos hacer ante esa amenaza? Y ahora había otra circunstancia. Estrella estaba señalada, y la considerarían un peligro latente. ¿Durante cuánto tiempo? Ya no nos podíamos salir de esta peligrosa confabulación. Pero no sabía cómo enfrentarme a ella.

—Tenemos que organizar un plan —dije sin saber qué hacer.

—¿Qué tenemos? —preguntó Jorge.

Lucía se adelantó.

—Los móviles de Monseñor Bermejo, los abogados y Remedios están pinchados. Conoceremos sus mensajes y estarán localizados. Siempre que los tengan encendidos, sabremos dónde están, qué hacen.

Un temor me asaltó.

—Si nosotros tenemos sus móviles... También ellos podrían haber pinchado los nuestros. Deben de ser hábiles informáticos. Estuvieron trasteando los ordenadores de Carlos.

—Podríamos comprar unos móviles de tarjeta —intervino Jorge—. Así lo evitamos.

Estrella y Lucía empezaron a recoger los desperfectos del salón. Estrella agarró uno de los cuadros y con los dedos siguió los arañazos que había dejado el matón. Luego tomó el otro cuadro e hizo lo mismo. Al cuadro impresionista le faltaba un trozo de lienzo.

—No tienen solución —dijo—, no hay manera de remendar la tela.

—¿No puedes llevarlos a un experto? —preguntó Lucía.

—Están muy dañados.

Jorge daba vueltas comprobando los daños.

—Ha sido muy minucioso... ¿Tienes idea de dónde era? —dijo

Jorge.

Estrella se irguió y se quedó pensativa. Me extrañó ese gesto. No comprendía cómo había olvidado las características de la persona que la había atacado. Podría tratarse de una amnesia selectiva que intentaba borrar todos los detalles del causante del daño.

—No me acuerdo de su acento, no tenía. Lo recordaría. Habló claro, en castellano. Su aspecto era..., extranjero, tenía una coleta. Sólo recuerdo eso —contó Estrella.

—Bueno, dejad todo —dijo Jorge— y nos marchamos. La noche está siendo muy larga. Ya veré qué podemos hacer. Estrella, tendrás que poner una denuncia.

—Ya veré, Jorge. Me da miedo ese hombre... Me amenazó si lo denunciaba a la Policía.

Estrella se metió en su cuarto. Lucía la acompañó. Salió vestida con unos vaqueros ajustados y un jersey de cuello vuelto. Llevaba una pequeña maleta.

—Aquí llevo lo necesario.

Cerramos el piso de Estrella. Salimos a la calle. Miré a un lado y a otro intentando descubrir si alguien nos vigilaba. La calle de Alfonso XII estaba desierta. Oscura con las farolas titilando. Un viento helado nos cortaba la cara. Íbamos andando por la acera hacia una de las bocacalles donde estaban aparcados los coches. Jorge tenía el suyo cerca del nuestro. En silencio hicimos un gesto para despedirnos y nos metimos dentro.

CAPÍTULO XXI

Agosto de 2013

Hacía un día espléndido. El verano no era muy caluroso. La carretera hacia Navalagamella estaba bordeada de una vegetación amarilla, seca. Carlos conducía deprisa ajeno al cuadro que se le mostraba.

Tenía que oficiar la misa de las once de la mañana y se había comprometido con D. Fernando, el párroco, a llegar y encargarse de las confesiones en la misa de nueve. Se había acostado tarde ordenando la información que había sacado de una conversación con el padre Ramón, el secretario de Monseñor Bermejo. Algunas de las noticias que le había revelado no eran habituales en las costumbres que él conocía del Arzobispo, y otras eran una confirmación de sus sospechas.

La aparición de un tractor en un cambio rasante le obligó a una fuerte frenada para no alcanzarlo. Hizo un gesto de preocupación por dejarse llevar por sus pensamientos y olvidarse de la carretera. Las carreteras comarcales con vehículos lentos y carros llenos de grano eran peligrosas. Anduvo un buen trecho detrás del tractor hasta que en una pequeña recta pudo adelantarlo.

Entró en el pueblo. Sonaban las campanas anunciando la misa de nueve. En la puerta de la parroquia se agrupaba la gente que acudía a esa misa. Siempre eran los mismos. Aunque vio caras nuevas. Mujeres de cierta edad que conservaban la mayoría el velo y hombres, algunos con boina. Aparcó en la puerta de la iglesia. El grupo de mujeres entró en la iglesia, el corro de hombres se entretuvo esperándole para saludarle. La gente de ese pueblo, los feligreses eran amables, serviciales y siempre estaban dispuestos a ayudar en cualquier faena de la iglesia. La población había

aumentado con algunos veraneantes.

—D. Carlos, buenos días, y días buenos de verdad. ¿Ha visto cómo está el campo? —comentó José, un hombre ya entrado en años— Demasiado seco. Es un peligro. Como salte una yesca.

—Sí, ya lo he visto cuando venía para acá —respondió Carlos empujándolos suavemente para que se metieran en la iglesia.

Don Fernando ya había empezado la misa. Entró en la sacristía y se puso la casulla blanca y fue al confesionario. Había una larga cola. La mayoría mujeres. Entre las palabras de los fieles, confesando sus debilidades, oía la homilía de D. Fernando. Tenía una voz agradable y envolvente. Pero siempre caía en el tópico de las colectas. Sacaba una hoja de cuaderno cuadriculado y hacía una lectura de los gastos de la parroquia. Apelaba a la generosidad. Carlos, al oír las cuentas de la parroquia, sentía pena pensando en esa otra iglesia que estaba descubriendo. Algunos fieles se acercaban al confesionario, se arrodillaban y soltaban una retahíla de palabras buscando una comunicación íntima que la vida les robaba. La voz monótona de una señora de edad que le refería los problemas con su hijo por culpa de la nuera hizo que recordara su última visita a la Conferencia Episcopal para ver al secretario del Arzobispo, el padre Ramón.

Había aparcado el coche en una de las calles laterales y se acercó andando a la sede de la Conferencia Episcopal. Al llegar a las vallas metálicas que rodean el edificio, se quedó mirando la fachada con sus ventanas tapadas por las persianas. ¿Qué tapaban? El portero le reconoció y le saludó con cariño. Carlos subió al despacho de Monseñor Bermejo en el primer piso. La puerta del padre Ramón estaba entreabierta. Entró. No había nadie. Salió al pasillo. Se habían citado a las diez. Sabía que Monseñor Bermejo estaría en la comisión. No querida cruzarse con él. El padre Ramón era una persona seria, cumplidora, pensó que le habría surgido algo inesperado. La comisión aún se alargaría hasta las doce. Volvió a entrar en la secretaría del padre Ramón. Observó los cambios que se habían producido desde que él la dejó. Cada persona le da un toque personal a su entorno de trabajo. La mesa estaba llena de papeles distribuidos de manera desordenada. Había documentos esparcidos en la mesa auxiliar. Ladeó la cabeza. La puerta del despacho de

Monseñor Bermenjo estaba abierta. Con pasos titubeantes se fue acercando y entró. Encima de la mesa estaba su misal. Le vino el recuerdo de la estampa. Pensó, como una ráfaga, que el hombre es un animal de costumbres. Quizá... Con un movimiento rápido cogió el misal y deslizó los finos bordes de sus páginas por el dedo pulgar. El misal se abrió. Salió una estampa de la Virgen de la Almudena. Le dio la vuelta. Había unas notas manuscritas: 1.750.000 – Marsella — X, 4, 20h.

La entrega sería el cuatro de septiembre a las ocho en Marsella. Se quedó pensativo con el misal en las manos. Oyó ruido. Precipitadamente dejó el misal encima de la mesa y salió. El padre Ramón acababa de llegar. Le miró desconfiado. Tenía un aspecto ratonil. La boca era un hocico entreabierto con los incisivos centrales encima del labio inferior. Ojos saltones tras unas gafas redondeadas sin montura. Una ligera giba que hacía que pareciera que miraba siempre con desconfianza. Una calva incipiente. Carlos se disculpó por curiosear. Comentó los cambios producidos desde que él dejó la secretaría.

—¿Y Monseñor? —preguntó Carlos.

—En la comisión. ¿Querías verle?

—Sólo saludarle —dijo Carlos disimulando su deseo de no cruzarse con él.

Se le ocurrió aventurar una suposición.

—¿Se marcha a Roma? —dijo Carlos.

El padre Ramón le miró suspicaz.

—Es un viaje reciente, imprevisto... ¿Has hablado con él?, contestó el padre Ramón, Carlos lamentó haber hecho la pregunta. El padre Ramón era ladino. No sabía qué decir.

—Por estas fechas fuimos juntos a Roma cuando estaba con él aquí. Un largo viaje en coche. Le gusta conducir —agregó Carlos como justificación.

El padre Ramón dejó de mirarle y, dando un rodeo a su mesa, se

sentó y empezó a hojear unos papeles.

—No..., no va en coche —comentó sin alzar la mirada—. Bueno hace el último tramo. Va a Marsella en avión y desde allí en coche a Roma.

—¿Marsella? —añadió Carlos deseoso de obtener alguna luz— También hicimos noche en Marsella.

—Tiene familia allí —dijo el padre Ramón.

Las palabras ignorantes del padre Ramón iban dando cuerpo a una certidumbre. Carlos tenía a Monseñor Bermejo por una persona inteligente. Y estas falsedades saldrían a la luz. La inteligencia es, a veces, soberbia. Miró el reloj. El padre Ramón levantó la mirada de los papeles y le hizo un gesto para que se sentara enfrente de él.

—¿Para qué querías verme? —preguntó.

—No encuentro unos documentos y sólo me queda mirar aquí — respondió Carlos, no se le ocurrió otra excusa.

Se mostró extrañado el padre Ramón:

—Hace ya casi un año... Y ahora...

—Es cuando los he echado de menos —aclaró Carlos.

—No he visto papeles tuyos —dijo el secretario—. ¿Qué son? Dime..., si los veo te llamaré.

—Un borrador de un articulo..., con su documentación.

—¿Un articulo?

—Sí, sobre la financiación de la Iglesia. Una revista económica me lo ha pedido —explicó Carlos.

—Aquí no está. Me habría llamado la atención —dijo abriendo su boquilla de hocico y mostrando sus incisivos.

—Entonces, me voy. Saluda a Monseñor. No le puedo esperar— dijo

Carlos.

Carlos se marchó caminando despacio. Se despidió del portero con cariño. La calle donde se encuentra la Conferencia Episcopal es una calle tranquila con bancos en las aceras. A veces, los vagabundos se apropiaban de ellos colocando sus andrajos encima. Iba con la cabeza gacha. Tropezó con una madre que arrastraba un coche con un bebé. Se disculpó. No paraba de pensar en lo que había descubierto.

Monseñor Bermejo volvió a su despacho. El padre Ramón le comentó la visita de Carlos. Quedó confundido. Su secretario le dijo la extravagante excusa que Carlos había inventado. Y la extrañeza que le había causado que conociera su viaje a Roma. Monseñor Bermejo quiso saber qué le había dicho. El padre Ramón le refirió su conversación con Carlos. Monseñor Bermejo entró en su despacho. Cerró la puerta y llamó a Santiago Rodrigo.

Junto a la puerta, en los últimos bancos de la parroquia de Navalagamella, había dos hombres jóvenes. De aspecto atlético. Facciones duras y angulosas. Vestían vaqueros y cazadora fina muy ceñida. Uno de ellos llevaba el pelo recogido en una coleta. Estaban sentados con la mirada fija en el confesionario.

Carlos ofició la misa de once y, en la última misa de la mañana, volvió al confesionario. Al acabar las celebraciones religiosas ayudó a D. Fernando a ordenar la iglesia. Y, como acostumbraba, le pidió que comieran juntos. D. Fernando no se hizo de rogar. Fueron dando un paseo hasta el mesón Los Arcos.

El mesón, como todos los domingos, estaba lleno. Gente del pueblo y veraneantes. Un comedor muy aprovechado. Quince mesas muy próximas. Manuel, el dueño, tenía reservada una mesa esquinada para Carlos y D. Fernando. Cuando cruzaron la puerta, delante de la barra había grupos tomando el aperitivo. Se sucedieron las invitaciones. Les pidieron que se acercaran. D. Fernando lo hizo y tomó la copa de cerveza que le tendían. En la barra picó del plato de anchoas con boquerones. Manuel, otro personaje del pueblo, le ofreció a Carlos una copa de cerveza. La vida en Navalagamella transcurría plácida. Parecía una isla separada de la podredumbre que había en la sociedad. Los hilos que los unían al resto del país

eran muy finos. El fútbol, el tiempo... D. Fernando, hincha del Atlético, chocaba con los seguidores del Real Madrid. Los advenedizos que caían esporádicamente por Navalagamella traían novedades de la capital. Carlos y D. Fernando estuvieron un rato departiendo con los parroquianos y se sentaron a comer. D. Fernando se mostraba quejoso con la colecta.

—Ha sido muy pobre —dijo llevándose un trozo de carne a la boca —. La gente de aquí no se da cuenta de lo que cuesta mantener la parroquia. Las obras que hay que hacer..., no tenemos presupuesto.

—¿No recibe una compensación del Obispado?

—No, hay parroquias de la zona que están peor que nosotros —dijo D. Fernando con resignación.

Ésta era la realidad de la Iglesia que Carlos conocía. Que le atraía. Una Iglesia volcada con la gente necesitada que se debatía por subsistir. Sintió rabia al recordar lo que estaba descubriendo. La otra Iglesia..., el poder, la soberbia, la codicia de algunos. No sabía qué responder a D. Fernando. Le admiraba su dedicación, su coraje.

En una mesa próxima a la puerta estaban los dos hombres que vigilaban los pasos de Carlos. El hombre de la coleta estaba de espaldas a él. No quería que le reconociera. Se habían visto antes en Marsella.

CAPÍTULO XXII

Diciembre de 2013

Gress estaba entre mis piernas. De vez en cuando, ponía su cabeza en mis rodillas. Pedía su salida a la pradera. Me estaba tomando un café. Apoyaba los codos encima de la mesa y miraba al horizonte. El recuerdo de la cara de Estrella, el desorden de su casa, el miedo que reflejaba su rostro. Todo me estremecía.

Antes de irnos de casa de Estrella, hablé con ella y le dije que no deberíamos seguir. Nos arriesgábamos a una desgracia. Había que acabar con la historia. Jorge era pesimista. No creía en una intervención policial. Sólo nos quedaba una salida. Una carta al azar, un número de ruleta, pero era nuestra única salida. Internet. Lucía llevaba muy adelantado el trabajo sobre Carlos y su relación con el IOR. Había que sacarlo ya. Marcar a Monseñor Bermejo, a Santiago Rodrigo y Eugenio Menéndez.

Jorge no era partidario. Los datos tenían una procedencia ilegal. Pero no había otra salida.

Lucía entró en la cocina con Sara. La cara somnolienta, el pelo revuelto, descalza y con un ligero pijama.

—No he podido seguir durmiendo. Tú..., que no paras de hacer ruido, el perro..., y ya Sara... Anda, ponme un café.

Me levanté y me acerqué a ella. La estreché entre mis brazos y le di un largo beso.

—¿Qué te pasa hoy? Es muy pronto y no estamos en la cama —dijo pensando que le proponía un revolcón.

—Estaba pensando en Estrella. En lo que le pasó y a lo que nos exponemos. Estamos rozando lo irremediable. Hay que acabar con ello...

—Ya lo hemos hablado.

—Pero hay que hacerlo ya.

Lucía tomó una taza, la puso bajo la cafetera y eligió una cápsula de café.

—Tengo que tomarme un café bien fuerte —dijo y cogió otra cápsula—. Tomaré un café doble.

Dando pequeños sorbos se acercó a la mesa. Apoyó la taza.

—¿Qué has pensado? —preguntó.

—Llama a José María y que te busque un hueco en las crónicas del domingo. El próximo o el siguiente.

Daba vueltas por la cocina. Gress me miraba. Sara estaba arrodillada delante del perro intentando llamar su atención. Lucía ladeó la cabeza.

—Anda, siéntate y deja de dar vueltas. Me estoy mareando.

Me acerqué a la mesa y me senté frente a ella.

—¿Qué te queda del reportaje?

—Ya está acabado. Sólo pulir la forma, pero sabes que la información..., su origen... Nos enfrentamos a una demanda.

CAPÍTULO XXIII

Primeros días de septiembre de 2013

Navalagamella no estaba muy lejos de Navacerrada. Remedios llamó a Carlos pidiéndole que subiera a Navacerrada. Ella iría con Alba y unas amigas a pasar el día en la sierra. Quería comentarle una conversación que había tenido con su ex marido. Carlos se excusó al principio. Tenía otros planes, y no le parecía que el resultado de la charla con su ex marido fuera tan importante como para ir hasta Navacerrada rompiendo su rutina dominguera y la comida con Fernando en Los Arcos. Remedios insistió. Su ex marido mantenía una actitud que no le favorecía. Estaba nerviosa. Tanto porfió Remedios que Carlos le dijo que iría después de comer.

Carlos estaba contento ese domingo. La inquietud que sentía por lo que había averiguado del tráfico de dinero no había desaparecido. Pero no quería precipitarse. No podía averiguar nada más. El único punto oscuro, y que no podía resolver, era el origen del dinero. Se lo entregaban a Monseñor Bermejo en Marsella y éste, a través de un contacto, lo depositaba en el Banco Vaticano. Tenía la determinación de hablar con su tío. Conocía el próximo viaje que Bermejo tenía previsto a Roma con parada en Marsella. Carlos había conseguido un billete para llegar a Roma el mismo día que Bermejo. Si todo se repetía, el ingreso en el Banco Vaticano sería el viernes. Él pensaba llegar la víspera, el jueves. Había concertada una cita con su tío. Le expondría todo lo que sabía hasta ese momento. Le mostraría los indicios que le habían llevado a conocer la trama. Estaba más tranquilo desde que tomó la decisión de revelar lo que había descubierto sobre Monseñor Bermejo.

El verano estaba siendo agradable, Carlos se había tomado unos días de vacaciones en la Rota. Conservaba el Range Rover. En esas

estrechas carreteras le gustaba apurarle. Rugía el motor y sentía cómo el coche se agarraba en las curvas. Se impacientaba cuando se pegaba al culo de algún dominguero que circulaba lentamente.

Navalagamella en verano es un pueblo acogedor. La gente hacía su vida en la calle, iba de un lado para otro desde hora muy temprana. La misa de nueve que oficiaba D. Fernando era la más concurrida. Carlos siempre se encontraba el mismo corrillo de parroquianos en la puerta de la iglesia. Esperaban hasta que aparcaba el coche. Se repetían los saludos y los comentarios de Carlos empujándolos para que entraran en el templo.

D. Fernando empezaba su misa con su habitual parsimonia. Una parte de las plegarias las cantaba. Carlos sonreía desde el confesionario al oír cómo desafinaba el coro que se formaba.

En el confesionario había una larga cola de mujeres. Querían comentar con Carlos no sus faltas, sino sus preocupaciones. La voz melodiosa de Carlos y sus atinados consejos satisfacían a cuantos se acercaban a confesarse. Si algún penitente se demoraba en su confesión, las mujeres que esperaban se impacientaban y, al levantarse, la regañaban. Mientras oía los murmullos de las fieles que se acercaban a la confesión, meditaba sobre la homilía que expondría en su misa de once. Carlos pensaba que las misas tenían que ser breves y actuales para que prendieran en las personas que escuchaban. Le tocaba el pasaje de los talentos. El señor que reparte talentos a sus sirvientes dándoles a uno tres, a otro dos y al tercero uno. Enfocaría la plática en la excelencia del esfuerzo como enriquecimiento personal y profesional. Y cómo ese esfuerzo al recordar las prácticas de Bermejo, donde también se multiplicaba cuando se aplicaba al mal.

Antes de ir a Navalagamella, Carlos había mirado la ruta hasta Navacerrada. Apenas 40 km. Tenía que atravesar varios pueblos.

Cuando cerraron la parroquia, fueron a Los Arcos. Tenían la mesa reservada. Ese domingo, Manuel les había preparado unos trozos de cordero recién hecho. Al entrar, Manuel tiró de ellos para que se sentaran en la mesa y servirles los platos. D. Fernando protestó. Se veía privado de las cervezas previas a la comida. El corrillo de paisanos de la barra siempre le invitaba.

La comida con D. Fernando estuvo como todos los domingos salpicada de comentarios sobre la situación económica de la parroquia. Carlos intentó desviar la conversación, pero D. Fernando se empecinaba en la tacañería de los feligreses. Las colectas eran insuficientes para el mantenimiento de la parroquia. La compensación que a veces recibían del Obispado tampoco tapaba los agujeros.

—¿Estuviste un tiempo destinado en la Conferencia Episcopal? —preguntó D. Fernando.

—Hace ya tiempo. Antes de venir aquí.

—¿No se podría conseguir una ayuda para hacer las reformas más necesarias?

—La comisión económica, cuando yo estaba por allí, no daba dinero. Tenía que pedirlo el Obispado —dijo Carlos.

—No sé cómo lo haremos..., tendré que ir al banco y pedir un préstamo... ¿Puedes acompañarme?

—Sí, claro.

El cordero chamuscado estaba muy sabroso, muy bien hecho. D. Fernando se levantó de la mesa y fue en busca de Manuel. Se quedó enredado en los grupos de la barra. Carlos desplegó los periódicos que había comprado. El País, El Mundo y el ABC. Era la prensa que acostumbraba a comprar y leer cada semana. Los abrió encima de la mesa hojeándolos. En la página local de El País le llamó la atención una noticia con un titular en negrita. La información no era muy extensa. “Otro escándalo en la Iglesia”. Ese era el título. Empezó a leerlo. Era un caso de pedofilia. Un magistrado de la Rota había abusado de la hija de una mujer a la que estaba tramitando su nulidad. A medida que lo leía le temblaban las manos. No había nombres. Sólo iniciales. C. S. eran las iniciales del magistrado. R. A., la madre. A. M., la niña.

Carlos levantó la vista espantado. C. S., Carlos Sabatini. R. A., Remedios Ansúrez, A. M., Alba Miralles. Todo encajaba. ¿Qué era aquello? No entendía nada. ¿De dónde había salido esa historia? La

insistencia de Remedios en verle ese día. ¿Era ése el motivo? Sacó el móvil. Marcó el número de Remedios. No contestaba. Apenas podía sostener el móvil. Se levantó de la mesa apresuradamente sin apartar la silla. Los vasos cayeron al suelo. El ruido que provocaron al estrellarse en el pavimento hizo que los comensales de las otras mesas le miraran. Carlos vacilaba.

D. Fernando se acercó preocupado.

—Carlos, ¿te pasa algo?

—Tengo que marcharme. Dígale a Manuel que le pago la comida la semana que viene —dijo Carlos, nervioso.

—Pero ¿te pasa algo? —insistió D. Fernando.

—No..., nada..., tengo que irme.

Iba dando traspiés. Parecía ebrio. Algunas de las personas con las que se cruzó le miraron extrañadas. No respondía al saludo. Abrió el coche. No atinaba a encajar la llave en el contacto. El llavero se le cayó al suelo. Lo buscó con ansia. Consiguió poner el coche en marcha. Hizo una maniobra torpe para enfilar la salida. Tenía el volante agarrado con ambas manos, fuertemente. Siguió llamando a Remedios. Saltaba el buzón de voz. Tenía la mirada fija en la carretera. Conducía deprisa. Esa carretera, y a esa hora, no tenía apenas tráfico. Adelantó a los pocos coches con los que se encontró en la misma dirección, hizo maniobras arriesgadas en zonas de escasa visibilidad. Conducía como un loco. El tiempo normal entre Navalagamella y Navacerrada era una hora. Carlos recorrió la distancia en la mitad. No podía sacarse de la cabeza lo que había leído, y no comprendía el porqué de semejante historia. Ni adónde iba a parar. Sólo estuvo un día con Alba... El día que fue a casa de Remedios para ultimar el expediente. Estaba la niña, Alba, y la sacó del baño. No había otro contacto.

Llegó a Venta Arias. En la zona de aparcamiento había varios coches. Metió el suyo y lo aparcó de cualquier manera. Tenía prisa por encontrar a Remedios y pedirle explicaciones de aquella farsa. Salió del coche y lo cerró de un fuerte portazo. Iba hacia la Venta cuando se le cruzó un hombre.

—¿Carlos Sabatini?, — preguntó el desconocido.

Carlos alzó la cabeza. Era un hombre joven, delgado, fibroso. Ojos como candelas. Pelo negro peinado hacia atrás y engominado. Vestía una cazadora negra, ajustada. Detrás de él había otro hombre, alto, duro, con el pelo recogido en una coleta. Vestían igual. De repente le vino un flash a Carlos. Era el sobrino de Bermejo. Había cenado con él en Marsella cuando fue a Roma con el Arzobispo. Le recordaba. Una chica rubia, romana, que hablaba de manera continua. ¿Nico y Estella?

—¿Carlos Sabatini? —volvió a preguntar el extraño.

—Sí, ¿Nico? —dijo Carlos mirando al que estaba detrás.

—Venimos de parte de Remedios Ansúrez.

—¿Dónde está?, ¿Bermejo? ¿Qué es esto? — preguntó Carlos.

—Te llevaremos con ella..., nos espera —dijo Nico.

Sintió como una descarga. Miró alternativamente a ambos sujetos. Fijó la mirada en Nico, que no había despegado los labios. El furor, el enojo había desaparecido. Dentro del túnel, en que la lectura del texto de El País le había metido, vio una luz que se iba aclarando. Fue una ráfaga de pensamiento. Le vino de una manera espontánea. En toda la trama del dinero que iba al Banco Vaticano faltaba un elemento..., la procedencia. Quién lo enviaba y para qué. Por un momento sintió miedo. Alzó la vista y los miró interrogante.

—¿Quién os manda? —preguntó Carlos.

—Ya te lo hemos dicho —respondió Nico que se había acercado—. Remedios.

—¿Qué queréis de mí?

—Que nos acompañes —dijo el otro individuo.

Carlos miró a su alrededor. El aparcamiento estaba vacío. No había nadie. Dio un paso atrás. El del pelo engominado se puso a su espalda y le agarró del brazo.

—No hagas ninguna tontería —le dijo—. Iremos en tu coche. Tú conduces.

Carlos pensaba con rapidez. No tenía opciones. Eran dos. Le tenían sujeto. Si daba un grito, no le oirían. No sabía qué querían. Fue comprendiendo la finalidad de la noticia de El País. Buscaban su desprestigio. Emborronar lo que había descubierto.

—Bueno, iré a ver a Remedios —dijo Carlos.

Se encaminaron hacia el Range Rover de Carlos.

CAPÍTULO XXIV

Enero de 2014

Roma. Enero en Roma es más agradable que en Madrid. La temperatura es más suave. Hay mucha humedad. Desde el aeropuerto Estrella y yo habíamos cogido un taxi para ir al hotel. Estuve buscando uno cerca de El Vaticano. Estrella ya había reservado en el hotel MDM. No me dio más explicaciones.

El viaje a Roma lo decidimos entre todos. Después de la conversación con Lucía, me pareció que debíamos reunirnos para buscar la manera de acabar con el asunto. El ataque a Estrella había sido la gota que colmó el vaso. Fue un aviso. Y como tal lo tomamos. Teníamos que poner fin a ese peligroso trasiego. ¿Volverían? ¿Mirarían hacia otro lado? Yo estaba convencido de que quien hubiera sido sabía también de nosotros. Estrella, sola, no podía haber llegado hasta Santiago Menéndez, Eugenio Rodrigo y Monseñor Bermejo. ¿Cuál sería su siguiente paso? Después de la macabra advertencia a Estrella, quedaban pocas alternativas. Ninguna buena. Carlos había desaparecido y ellos no tendrían escrúpulos en acometer otra u otras agresiones. Y los blancos ya seríamos nosotros. Llamé a Estrella y a Jorge para ver qué hacíamos.

La tarde era desapacible. Nuestra casa está encima de una loma, tiene alrededor una vegetación de jaras. No está protegida por arbolado. En esa zona, en invierno, corre un viento frío que corta. Llegaron poco después de comer. No les había hablado del motivo de nuestro encuentro.

Los ladridos de Gres nos avisaron de su llegada. Al vernos nos preguntaron alarmados qué sucedía.

—Nada —les respondí—, queremos acabar con este vía crucis.

—¿Cómo? —respondió Jorge mientras se quitaba el chaquetón— ¿Tienes una varita mágica? No hay señal del matón que atacó a Estrella.

Entraron en casa. El salón estaba caldeado. Habíamos encendido la chimenea. Nos sentamos cerca del fuego.

—El calor se agradece —añadió Jorge mirando las llamas que crepitaban en el hogar y extendiendo las manos para calentárselas.

Lucía ofreció unos cafés. Estrella quiso uno fuerte. Lucía, en cambio, se preparó un descafeinado. Jorge y yo pasamos de café y optamos por una bebida más dura. Gin tonics. Los fui preparando con mimo. Copa de balón, mucho hielo, Bombay Sapphire, lima, tónica azulada. Se lo ofrecí a Jorge.

—Bien —dijo Jorge.

Me senté frente a Jorge y Estrella. El calor de la chimenea me daba en la cara.

—He pensado —dije— que la única manera que tenemos de desviar la atención de quienes sean es dar a conocer lo que ha pasado.

—¿Cómo? —preguntó Estrella.

Era una pregunta desesperada.

—¡La oscura mano de Dios! —voceé.

—¿Qué es eso? —preguntó Estrella.

—Es el trabajo que ha escrito Lucía. Saldrá en El Mundo el domingo 26, dentro de ocho días. Tenemos que movernos. Cada día que pasa sin hacer nada es tiempo que perdemos y ocasiones que damos a quienes sean los que están detrás de este engaño.

—¿Por qué ese título? ¿La oscura mano de Dios? —inquirió Jorge.

Miré a Lucía. Lucía se levantó y cogió, de encima del aparador, unas

copias impresas que había sacado para que leyeran su artículo. Les dio un ejemplar a cada uno.

—Echadle un vistazo. El título me ha costado. El Arzobispo y sus amigos están usando el nombre de Dios en vano. Lo utilizan en su beneficio. Han utilizado las instituciones de la Iglesia para enriquecerse. Esto me escandaliza. Están engañando en nombre de Dios. Es su mano oscura. Lo ponen como pantalla. Abusan de su posición.

Lanzó un hondo suspiro.

—Entiendo..., no..., no lo entiendo, pero es así. La maldad del hombre, la ambición lleva a gente como Menéndez y ese otro tipo, Rodrigo, a robar; pero que un cura, un Arzobispo, se preste a esos manejos. No puedo entenderlo. Están usando el nombre de Dios en vano. Ese es el porqué de título de mi trabajo —dijo Lucía.

Jorge y Estrella leyeron el trabajo. El semblante de Estrella reflejaba la emoción que sentía. Alzaba la cara y miraba a Lucía. Volvía a meterse en lo que estaba leyendo. Jorge no parecía tan complacido como Estrella.

—Esto... no lo puedes probar..., ¿no...? Y, además, algunas cosas las has conseguido ilegalmente —dijo Jorge.

—Jorge, sólo son hechos. No saco ninguna conclusión. Expongo lo que conozco. Si me demandan, tengo las pruebas de todo…, de todo lo que escribo —respondió Lucía.

—Y ¿sale seguro ese domingo? —preguntó Estrella.

—Sí —interrumpí—. Y lo colgará en la red. Escribe en una publicación de Miami que tiene una extraordinaria difusión. Es nuestro escudo.

—¿Escudo?, — preguntó Jorge extrañado.

—Mirad, si lo que sabemos lo publicamos ya no tiene sentido que nos ataquen. Será público. Si nos pasara algo, los apuntaría a ellos —dijo Lucía.

Me levanté del sofá. Me acerqué a Estrella.

—Estrella, tenemos que ir tú y yo a Roma. Hay que hablar con el tío de Carlos.

Estrella me miró sorprendida.

—¿Para qué? —preguntó Estrella.

—No merece enterarse por Internet... de que su sobrino es inocente, de lo que le acusan... y de que le mataron. El Arzobispo llega el jueves a Roma. Va a hacer una entrega. Hay que evitarlo. Es una carrera contrarreloj. Hay que actuar antes de que ellos lo hagan. No es sólo por mí..., está Sara. No creo que se paren ante una niña.

Habíamos sacado la información del móvil del Arzobispo. Jorge se mostró pensativo. Tomó la copa de gin tonic y dio un largo trago. La dejó con parsimonia encima de la mesita.

—Bueno..., creo que tienes razón. Hay que desviar la mirada de esa gente. Al hacerlo dejaremos de ser su objetivo. Y hay que hacerlo cuanto antes. ¿Cuándo tienes pensado marcharte? —comentó Jorge.

—Ya tengo los billetes para el viernes, temprano.

—¿Los has reservado sin contar conmigo? —dijo Estrella.

—Sabía que no te opondrías. Era una decisión urgente.

Antes de que Estrella me respondiera, habló Jorge.

—Estrella, yo lo veo bien. Estás en peligro. No puedes volver a tu casa. Hay que solucionarlo. Quizá Marcos tenga razón. En cuanto salga a la luz este complot, ya habrá pasado. Puede que sea una carrera contrarreloj. Tenemos que hacerlo rápido antes de que se presenten de nuevo y tengamos una desgracia.

Jorge iba de un lado para otro. Gress miraba extrañado por los ademanes que hacía.

—Lucía —siguió hablando Jorge—, voy a poner en la puerta de vuestra casa una patrulla hasta que todo acabe. Intenta salir lo

menos posible. Los guardias os darán seguridad.

Habíamos llegado a Roma sin ningún contratiempo. Tomamos las pocas precauciones que pudimos como turistas. No nos pareció que nadie nos siguiera. Aunque el tumulto de los aeropuertos podría camuflar a cualquier perseguidor. Tanto Estrella como yo parecíamos dos posesos dirigiendo la mirada a todos lados. Cuando veíamos a una persona que nos parecía sospechosa, nos mezclábamos con algún grupo. En el hotel obramos con la misma prudencia. Yo pensaba que habíamos hecho los preparativos con el cuidado suficiente para no delatarnos. Pero era una incógnita. No habíamos usado los móviles. Los habíamos cambiado por teléfonos de tarjeta. Así no podrían localizarnos.

Nos dieron dos habitaciones pegadas en la planta segunda. Antes de iniciar el viaje, tuve la precaución de ponerme en contacto con el padre Giuseppe y había quedado en ir a verle. También le pedí que nos consiguiera una cita con Monseñor Togazzi, el tío de Carlos. No se mostró sorprendido. No sé si porque estaba ya curado de espanto o porque esperaba la llamada.

Estrella y yo decidimos abrir la puerta de comunicación que había entre las dos habitaciones. La intimidad no tenía sentido cuando temíamos por nuestra vida. Nos cambiamos de ropa y fuimos en busca del padre Giuseppe. No habíamos disfrutado del paisaje urbano de Roma en el viaje en taxi hasta el hotel. Desde el hotel, próximo a El Vaticano, hasta la parroquia del padre Giuseppe, en el Trastevere, fuimos mirando el ir y venir de los romanos cuando ya caía la tarde. Ya conocía Roma. Había estado con Lucía durante una Semana Santa. Cuando accedió al pontificado el Papa Benedicto. Estuvimos en la Plaza de San Pedro en la celebración de la misa del Domingo de Ramos. Fue una ceremonia emocionante. Incluso Lucía, que no era practicante, se sintió conmovida. Fue un viaje inolvidable. Éste no tenía nada que ver. Mi percepción de la gente era distinta. Mi negro estado de ánimo tintaba todo de un tono grisáceo. Estrella debía de sentirse como yo. Despegó la cara del cristal de la ventanilla y me miró intensamente.

—¿Crees que todo esto acabará ya?

—Es el único recurso que tenemos. El Cardenal parará los pies a

Bermejo y ahí debe acabar todo.

—Pero esa gente se podría vengar. Les hemos echado a perder el negocio.

No sabía qué responder. Creía que una vez que se supiera lo que había ocurrido ya no tendría sentido que se fijaran en nosotros. No los conocíamos. No sabíamos quién había detrás de las entregas de dinero. Los nombres de Nico y Estella, el contacto de Bermejo en Marsella, eran nombres comunes, difíciles de identificar. De ellos sólo sabíamos sus nombres de pila. El bullicio de la calle desviaba mis pensamientos. Roma es una ciudad vivaracha. La gente es amable y sonriente. Y siempre va con prisa. Atravesábamos las calles y se sucedían las mismas secuencias. Gente saliendo de las tiendas o del trabajo. Las paradas del transporte público estaban abarrotadas y el tráfico era un caos. El sonido de los cláxones ahogaba cualquier intento de conversación.

Llegamos a la Via Ulisse Seni donde está la iglesia de San Antonio Maria Zaccaria. Anochecía. El taxi nos dejó cerca de la entrada. No había ningún movimiento. Creí que la iglesia estaba cerrada. Subimos por las escaleras y atravesamos las columnas. La puerta estaba entreabierta. La empujé y entramos. El templo estaba en penumbra. Se oía el crepitar de las velas. Estrella venía tras de mí. Miramos buscando al padre Giuseppe. No había nadie. Le hice a Estrella un gesto de incomprensión.

—Le llamé. Quedamos en vernos esta tarde.

Le indiqué con la mano una puerta.

—Allí hay luz. Debe de ser la sacristía. Vamos...

Nos dirigimos hacia esa puerta. Salía un cono de luz. La empujé suavemente. Había de espaldas una persona encorvada trasteando entre las casullas. Di unos golpes en el marco. Se volvió. Debía de ser el padre Giuseppe. Me lo imaginaba así. Ya bastante mayor. El pelo ralo. Unos ojitos brillantes. El semblante plácido. Se nos quedó mirando.

—¿Sois..., eres Estrella?

—Sí.

Estrella se apresuró a responder, aproximándose. No sabía cómo saludarle. Estaba indecisa, turbada. El padre Giuseppe se acercó, y ella le echó los brazos al cuello y le dio un ligero beso. El padre Giuseppe sonrió complacido.

—Gracias —dijo con voz cansada y melodiosa—. Ya no recuerdo el último beso que me dieron. Sentaos.

Y nos señaló las sillas que rodeaban la mesa redonda situada en el centro de la estancia. Nos sentamos. Él hizo lo propio al lado de Estrella.

—Así que tú eres Estrella —cogió entre sus manos una de suyas—. Te conozco por lo que Carlos me contó de ti. Yo le reprendí por la manera en que se portó contigo. Y no entiendo..., bueno sí, es lo que predico, cómo le perdonaste. Qué es lo que tenéis tan importante para que lo vea el Cardenal, su tío.

—Tenemos la prueba de que es inocente... de lo que se le acusa. Y de que no se suicidó. Le mataron —dijo Estrella.

El padre Giuseppe soltó la mano de Estrella. Quedó en suspenso. Pensativo.

—Yo nunca creí esa acusación. Tampoco que se suicidara. Le conocía. Sé cómo era. No entraba en su manera de ser. ¿Qué habéis averiguado? —dijo el padre Giuseppe.

Estrella sacó de su bolso una copia impresa del trabajo de Lucía y se la entregó. El padre Giuseppe la cogió y le echó un vistazo por encima. Se la devolvió.

—No leo castellano. ¿Qué dice?

Estabamos hablando en un pobre inglés. Estrella le expuso la conclusión.

—Carlos descubrió una trama de blanqueo de dinero en el Banco Vaticano. Y ese descubrimiento le costó la vida.

El padre Giuseppe suspiró. Más que un suspiro era un lamento.

—Le dije que lo olvidara.

—¿Usted ya conocía este enredo? —le pregunté.

—No..., no sé qué historia es. Sabía que tenía sospechas. Yo le dije que, si no tenía pruebas, que lo olvidara. No me hizo caso. Todo se repite.

—¿Qué se repite? —exclamó Estrella sorprendida.

El padre Giuseppe se levantó y sacó de un armario una botella de vino y tres vasos. Los puso encima de la mesa y vertió el vino.

—No es muy bueno, pero así me aclaro la garganta. ¿Os gusta?

Estrella y yo tomamos el vaso y nos lo acercamos a los labios. Era un Lambrusco sin fuerza y estaba un poco caliente. El padre Giuseppe lo bebió de un trago y se sirvió otro vaso.

—Cuando yo llegué a Roma, ocurrió lo de Roberto Calvi. ¿Conocéis la historia?

—He oído el nombre de Calvi, pero no lo asocio a nada, y ¿tú, Estrella?

—Yo nunca lo he oído.

El padre Giuseppe se volvió a sentar en la silla e hizo amago de beber. Bajó el vaso y miró a Estrella.

—Yo acababa de llegar a Roma. Pertenezco a la Orden de los Barnabitas. Y me trasladaron a Roma. Me tocó ser sacerdote ayudante en esta iglesia. Tenía cuarenta y pocos años y una ilusión enorme. Estaba como párroco al padre Giovani. Era un teólogo excelente y un hombre muy bondadoso. Los fieles de esta parroquia le adoraban. Se entregaba totalmente a ellos. A mí me enseñó mucho. Yo era un arrogante.

Se retrepó en la silla y bebió un sorbo de vino. Hizo una mueca de repugnancia.

—Bah..., está caliente. Bueno..., yo había escrito algunas cosas que tuvieron eco y me creía importante. El padre Giovani era mejor teólogo que yo, y mucho más sencillo. Al poco de llegar, salió a la luz el escándalo del Banco Vaticano. Apareció Roberto Calvi que intentó obtener la protección de Juan Pablo II. Le prometió callar. ¿Callar qué? Esa era mi pregunta. Había de por medio un Arzobispo, el Arzobispo Marcinkus. Tenía una estrecha relación con Calvi. Yo estaba escandalizado por todo lo que salía. El padre Giovani se mantenía apartado de todo ese guirigay y me aconsejaba que me alejara. Esa no era nuestra Iglesia. La nuestra era la de la pobre gente que acudía a nosotros en busca de comprensión y ayuda. Calvi había obtenido dinero de la Mafia, había financiado actividades anticomunistas en Polonia. Para conseguir el favor del estado italiano, apoyó el ascenso de Bettino Craxi. Todo lo que salía era repugnante. Al final Juan Pablo II limpió todo aquello. Y ahora ha vuelto a surgir. La tentación del dinero... Por eso le pedí a Carlos que se olvidara. Era un ciclo..., pasaría. El Papa Benedicto volvió a sufrir la corrupción del IOR. No sé si tuvo que ver en su abdicación. Cuando el Papa Francisco tomó el relevo hubo cambios en el Banco Vaticano. Ya veo que no fueron suficientes... ¿Qué puedo hacer?

—Este trabajo saldrá publicado el domingo. Queremos que el tío de Carlos lo conozca antes. Y que haga que detengan a Bermejo —dije.

Estrella me interrumpió.

—Está aquí en Roma. Y creemos que trae dinero para ingresarlo en el Banco Vaticano y lavarlo.

El padre Giuseppe se sorprendió.

—¿Cómo lo sabéis...? —preguntó.

—Es una larga historia, padre —le respondí—. Arranca de que Estrella no aceptó la versión del suicidio y eso ha traído unas consecuencias peligrosas. La única manera de librarnos es que salga a la luz esta historia y paguen al menos los que sabemos que están en ella. Bermejo y un despacho de abogados de Madrid. No estamos al tanto de quién se encuentra detrás.

—Y ¿no teméis que esas personas os...?

—No sabemos quiénes son...,

Hizo un gesto de incredulidad. Se levantó. También lo hicimos Estrella y yo.

—Vamos..., he quedado con Monseñor Togazzi. Nos recibirá.

CAPÍTULO XXV

Septiembre de 2013

Carlos se subió al coche. Nico iba con él. Abrió la puerta del copiloto y entró.

—¡Venga, vamos...! —conminó a Carlos.

Carlos se puso al volante y arrancó el coche. Levantó la vista esperando que le dijera hacia dónde iba.

—Sigue a ese coche.

Le señaló un Seat Ibiza rojo que estaba delante del Range Rover de Carlos.

—No te separes mucho... Ve hacia la A6 —dijo Nico.

Carlos hizo la maniobra. El descenso del puerto fue lento. El Ibiza ralentizaba la marcha para que Carlos le pudiera seguir. Los pensamientos de Carlos eran contradictorios. Fijaba la vista en el coche que le precedía y en las alternativas del trayecto. En la zona de Villalba se dirigió a las rotondas. El Seat Ibiza tomó la salida hacia Villanueva de la Cañada. Él sopesó las posibilidades de tomar otra salida. En la rotonda, sufrió un despiste y no pudo tomar la salida de Villanueva. Pensó que ese era el momento. Nico le agarró el brazo.

—¿Qué haces...? Te he dicho que sigas al Ibiza. Y no hagas tonterías —amenazó Nico.

Carlos le miró.

—¿Qué harías...? —preguntó Carlos.

—No me pongas a prueba —le contestó.

Carlos hizo la rotonda entera y salió hacia Villanueva. El Seat Ibiza le esperaba en el arcén. Cuando el conductor vio el Ranger Rover se puso delante de él y reinició la marcha. La distancia entre ambos vehículos era mínima. El Seat Ibiza la redujo al máximo para entorpecer cualquier maniobra extraña de Carlos.

Después de recorrer varias carreteras comarcales llegaron a Villanueva de la Cañada. El trecho entre el puerto de Navacerrada y Villanueva tardaron en recorrerla más de una hora. Por la cabeza de Carlos se sucedieron todas las posibilidades para escapar de esa angustiosa situación. No pudo optar por ninguna. En los cruces, el Seat maniobraba para que Carlos no pudiera hacer ningún movimiento inesperado. Y percibía la tensión de Nico que iba a su lado. Tomaron el camino de Acuópolis y se metieron por una de las calles laterales. Carlos vio el rótulo calle de Pío Baroja. “¡Qué coincidencia!”, pensó Carlos. Era un lector de las novelas de Pío Baroja. Le entusiasmaban sus héroes.

—¡Para aquí! —le ordenó Nico.

El Seat Ibiza tomó la rampa y bajó al garaje.

—Baja, y no hagas una estupidez —indicó Nico.

La calle estaba desierta. Esa zona está llena de chalés. Carlos la conocía. Había ido a Villanueva de la Cañada en algunas ocasiones acompañando a D. Fernando que tenía un joven familiar que estudiaba en esa Universidad. Y vivía por una de esas calles, con nombre de escritor, con varios amigos. Carlos tuvo la leve esperanza de que hubiera algún grupo de jóvenes por la calle. Miró de un lado para otro, pero no había nadie.

—¡Vamos! —dijo Nico.

Nico le dio un fuerte empujón para que se metiera en la casa. Ya dentro, le agarró del brazo y le guió por unas escaleras hacia la zona de abajo. Junto al garaje, había una pequeña habitación. Era más una despensa que un cuarto. En la puerta estaba el otro sujeto. Mantenía la puerta abierta. Al llegar al umbral, los dos le dieron un

fuerte empellón. Carlos se trastabilló con una tosca silla que estaba en medio. Le cerraron la puerta. Carlos oyó cómo echaban la llave. El cuarto se estaba oscureciendo. Tenía un ventanuco en la parte alta de una pared. Se filtraba una claridad grisácea. Encendió la luz. Una sucia bombilla colgaba del techo. Era una iluminación pobre y molesta. La apagó. En un extremo había una basta mesa de madera. Se sentó. No entendía qué pasaba. la historia sucia en El País. Una trampa en la cita de Remedios. Nico. Bermejo. Marsella. Meneaba la cabeza, no comprendía lo que sucedía. La oscuridad le envolvió. En esa negrura empezó a repasar la concatenación de sucesos.

¿Cómo empezó todo? Remedios... Le vino el expediente por D. Manuel, el magistrado que estaba viendo su nulidad. D. Manuel no tenía ninguna relación con la trama que había descubierto. Pensó en D. Manuel y recordó una visita que le hizo a Bermejo en la Conferencia Episcopal. A la salida Bermejo bromeó reviviendo sus tiempos de seminaristas. Habían sido compañeros. Ya se ensamblaba la figura de Remedios. Bermejo le debió de pedir a D. Manuel que le pusiera como letrado de oficio. Pero ¿cuál era la pretensión de Bermejo? Se lamentó de no haber sido más cuidadoso en sus pesquisas sobre Monseñor Bermejo. Debió de cometer alguna imprudencia que le delató. Después del viaje a Roma indagó sobre su familia en Baeza. Tenía prosapia, pero no era muy rica. Investigó sus intrigas en Roma para que le apoyaran en su nombramiento como Cardenal.

Le confundía su secuestro.

Monseñor Rodario, que estaba con Bermejo en la cafetería del hotel, ocupaba un cargo de responsabilidad en el Banco Vaticano. El dinero que le habían entregado en Marsella debía de ingresarlo en una cuenta. Carlos sólo conocía a dos de los tres elementos que estaban blanqueando el dinero. Faltaba por esclarecer de quién era el que estaban depositando. Sintió un escalofrío. Marsella... La pareja. Ahora aparecía Nico. Era italiano o ¿francés? ¿La mafia...? Fueron ellos, Nico entregó una bolsa llena de billetes que Bermejo dio a Rodario para que éste los metiera en una cuenta. La vía del blanqueo era muy sencilla. Una vez que el dinero estuviera depositado en el Banco Vaticano, estaba limpio. Si eso era así... su situación era muy precaria. Tenía que intentar escapar. Esa era

ahora su prioridad. Se levantó, palpó la puerta. Estaba cerrada. La ranura de la llave no permitía hacer ningún intento de forzarla. Miró al ventanuco. Era pequeño y de difícil acceso. Tendría que apoyarse en una silla o en la mesa, romper el cristal y subir a pulso. No tenía sostén para los pies. Estuvo dando vueltas por el cuartucho. Sólo le quedaba la posibilidad de sorprenderlos cuando fueran a buscarle y escapar por la puerta. Si llegaba hasta el coche, tenía otro juego de llaves en el hueco del depósito de gasolina.

Se volvió a sentar en la silla. Iba automatizando cada uno de los movimientos que tenía que hacer para cogerlos desprevenidos. Estaba en desventaja. Eran dos. Tenía que ser rápido y hacer sus desplazamientos en una zona próxima a una puerta de la calle. Estaba con los ojos cerrados. Concentrado en los ruidos que oía. El ventanuco debía de dar a la entrada. De vez en cuando oía el motor amortiguado de un coche. Pero la casa permanecía en silencio. El tiempo pasaba con una lentitud sofocante. Miró la hora. Eran casi las diez. Llevaba encerrado desde la seis de la tarde. Seguían sucediéndose los negros pensamientos. Hubiese querido negociar con ellos, pero no sabía qué querían. Su conocimiento del blanqueo del dinero era incompleto. Había atado unos indicios y sacado conclusiones. Pero desconocía elementos de la intriga. Y, aunque ahora los intuía, no llegaba a trabarlos. Se levantó y fue a la puerta. Apoyó su oreja en la madera. Contuvo la respiración. Nada, silencio. Con desesperación volvió a la silla y se sentó. Para no dejarse dominar por el desaliento, volvió a repetir mentalmente toda la secuencia de movimientos que había ideado para sorprenderlos. Ya había perdido la noción del tiempo. Oyó ruido en la zona del garaje y, al poco, la puerta se abrió. En el umbral quedó la silueta del compañero de Nico. Su cabeza casi tocaba el dintel de la puerta. Se cara estaba velada por la oscuridad del pasillo. Le hizo un gesto.

—Vamos..., sube... —dijo el desconocido con tono brusco.

Carlos sabía que ése era el momento para intentar cualquier tentativa aunque fuera desesperada. Tenía todos los músculos en tensión. Se puso en pie y fue hacia la puerta. Estaba barajando sus posibilidades. Había un elemento desconocido que no podía evaluar. Faltaba Nico. Si estaban los dos cerca de él, con un

movimiento repentino podría pillarlos desprevenidos.

Al pasar cerca del tipo, éste se apartó para que le adelantara y le indicó las escaleras.

—¡Por ahí!

Carlos empezó a subirlas. Lo hacía lentamente dejando que se acercara su raptor.

—¡Venga!

Y le empujó para que subiera más rápido. Llegaron arriba. Era un vestíbulo desahogado. El principio de la escalera estaba equidistante de la puerta de la casa y de la del salón. Seguía sin ver a Nico. Había una tercera puerta, frontal a la del salón, que Carlos supuso que comunicaba con la cocina. El interior estaba silencioso. Junto a la puerta del salón había una mesa pegada a la pared. Encima de la mesa vio un cenicero de cristal de un vidrio duro y con aristas. Ésa era su oportunidad. Siguió andado hacia la puerta del salón. Al llegar a la altura de la mesa, hizo un quiebro rápido y con la mano derecha cogió el cenicero y, dándose la vuelta, lo estampó en la cara de captor. Éste lanzó un aullido y estiró los brazos para coger a Carlos. Carlos, con rabia, volvió a golpearle la cabeza. Estaba anegada de sangre y lanzaba terribles bufidos. Carlos arrojó el cenicero contra el cuerpo del tipo que yacía desmadejado y corrió hacia la puerta. Trasteó la manivela. Tiró de ella intentando abrirla. Estaba cerrada con llave. Sintió rabia. Volvió la cabeza. El tipo yacía tirado en el suelo. Encima de la mesa vio un juego de llaves. En dos pasos llegó a la mesa y las cogió. Al pasar cerca del individuo al que había golpeado, le empujó con el pie. Estaba inconsciente. Había varias llaves dentro de una arandela metálica. Las fue tocando para dar con la de la puerta. Metió en la cerradura la que creyó que era. Hizo el gesto de abrir. La cerradura cedió fácilmente. La puerta se abría... Iba a salir..., pero sintió un golpe fuerte en la cabeza. Tuvo la repentina sensación de que todo había acabado.

Nico estaba detrás de él con un bate de béisbol alzado presto para golpear de nuevo. Carlos estaba inerte. Nico, para comprobar cómo estaba, le hincó el bate en la espalda. Carlos no se movía. Se agachó

y puso sus dedos en el cuello de Carlos buscando la palpitación.

—¡Merde! —dijo Nico con rabia.

CAPÍTULO XXVI

Enero de 2014

Fuimos andando hasta las puertas de El Vaticano. El padre Giuseppe nos condujo a la puerta de atrás, por la que se accede al Museo. Había un barullo de gente. Ruidosos grupos de turistas que salían. El padre Giuseppe nos indicó que le siguiéramos. En la puerta de entrada nos dio el alto un portero trajeado. Apenas pude oír lo que el padre Giuseppe le dijo, pero nos franqueó el paso. Mientras el padre Giuseppe hablaba con el portero, Estrella observaba el gentío que salía del museo. Se paraban en la puerta haciendo grupos. El padre Giuseppe nos hizo una seña con la mano para que le siguiéramos. Estrella estaba parada, quieta, mirando fijamente a los visitantes arremolinados en la puerta.

—¡Vamos, Estrella! —la apremié.

Tuve que insistir para que saliera de su ensimismamiento. Empezó a andar, pero antes de atravesar la puerta volvió la cabeza para echar una última mirada.

—¿Qué te pasa? —pregunté.

—Luego te lo digo —me respondió.

Nos costaba ir tras el padre Giuseppe. Me resultaba sorprendente la agilidad con la que caminaba a pesar de su edad y sus kilos. De vez en cuando, volvía la cabeza y nos metía prisa.

En la primera planta, nos guió por un laberinto de pasillos hasta una puerta enorme de dos hojas. Entró sin llamar. Un sacerdote de edad, con una calva cubierta por unos hilachos de pelos desmadejados y unas gafas de concha de gruesos cristales, alzó la

cabeza. Antes de que protestara por la intrusión, el padre Giuseppe mencionó un nombre que no pude descifrar. Hablaba a una velocidad vertiginosa. El sacerdote, que debía de ser el secretario del Cardenal Togazzi, sonrió y le indicó una puerta abierta. El padre Giuseppe paró su ímpetu y llamó suavemente a la puerta. Una voz enérgica le dio el plácet. Estrella y yo le escoltamos. Era una estancia grande. Al fondo, delante de un enorme ventanal, estaba la mesa de despacho casi tapada por los legajos. Sentado, trabajando, estaba el Monseñor Togazzi. Alzó la vista cuando entramos y nos hizo un gesto para que nos sentáramos alrededor de una mesa de reunión, también repleta de papeles. Al cabo de unos minutos, el Cardenal se levantó. Era un hombre alto, muy delgado, enérgico. El rostro de rasgos angulosos daba la impresión de dureza. Tenía una voz agradable, potente.

—Y, bien..., ¿qué es lo que me quieres contar, Giuseppe?

El padre Giuseppe se removió incomodo en la silla.

—Estos...

Nos señaló con la cabeza.

—... se llama Estrella y fue la novia de su sobrino Carlos antes de que se ordenara sacerdote. Él... es Marcos, amigo de Estrella, y tienen una historia sobre Carlos.

—¿Otra? —interrumpió el Cardenal con hastío.

—Traen las pruebas de que todo lo que se le imputó a Carlos fue un engaño y de que, además, a Carlos le mataron.

El Cardenal dio un respingo.

—¿Cómo?

Dio un fuerte resoplido.

—¿Le mataron y divulgaron esa horrible historia? ¿Por qué? —preguntó.

Antes de que el padre Giuseppe le contestara, me adelanté:

—Eminencia..., todo comenzó porque Estrella no aceptó ni el suicidio ni la repugnante calumnia que le atribuyeron.

Entre Estrella y yo le contamos los entresijos de la trama que había acabado con la vida de Carlos. A veces nos interrumpía para que le aclarásemos algunos detalles, especialmente lo relacionado con Monseñor Bermejo.

—Me cuesta creer en la maldad del hombre, y más de un sacerdote. Que sea capaz de matar..., de matar por ambición —dijo el Cardenal.

—Aquí tiene las pruebas de lo que le hemos contado.

Le alargué un pen—drive con el trabajo de Lucía.

—Mi mujer... ha escrito toda la historia que saldrá publicada el domingo en un diario español de mucha difusión y simultáneamente en otra publicación de internet. Hemos querido que usted conociera esta historia antes de que se publique.

—Y hay algo más —terció el padre Giuseppe.

El Cardenal Togazzi ladeó la cabeza para mirar al padre Giuseppe. Los rasgos de su semblante se habían suavizado. Pensé que el conocimiento de lo que le había sucedido a Carlos le había dado una paz que antes no tenía.

—¿Qué más hay...? —preguntó.

Su voz ahora no era dura.

—Bermejo está aquí...

El Cardenal sufrió un sobresalto.

—¿Aquí...?

—Creemos que ha venido a hacer una entrega de dinero —le explicó Estrella—. Ha seguido los mismos pasos, una parada en Marsella...

—¿Qué hará, Eminencia? —preguntó el padre Giuseppe.

—¿Está aquí todo? —dijo el Cardenal alzando el pen—drive.

—Sí, hay está todo lo que hemos averiguado. Cómo Carlos descubrió la intriga y lo que hacen. También las personas que conocemos que están implicadas y que ayudan a Bermejo en el blanqueo. Nos faltan...

Me interrumpí y miré alternativamente a Estrella y al padre Giuseppe.

—Nos falta el meollo de la madeja. Ahí hay una presunción. Eso no está en el pen—drive. Es algo que no podemos probar porque no los conocemos. Los que mataron a Carlos eran profesionales. Estrella sufrió un ataque...

El Cardenal Togazzi miró fijamente a Estrella.

—Me atacaron en mi casa —contó Estrella—. Sufrí la violencia de un hombre que me amenazó y me pegó porque molestaba a la mujer que puso la denuncia contra Carlos. Era extranjero. No sé de qué país...

—No sabemos cuánto dinero han blanqueado. Creemos que es dinero de alguna mafia. Dinero podredumbre, de la droga, del sexo... También dinero de cohechos..., comisiones ilegales... —dije.

—Leeré detenidamente lo que me habéis traído y veré cómo podemos actuar contra Bermejo. ¿Hasta cuándo estáis en Roma?

—Nos vamos mañana al mediodía.

El Cardenal tomó las manos de Estrella.

—Te estoy muy agradecido. Yo no creía lo que decían de Carlos, pero era una creencia que se basaba en mi cariño a Carlos. No podía clamarlo..., no podía probarlo. Mis enemigos... me lo han echado en cara. Han querido utilizarlo contra mí. No podía hacer nada...

Salimos del despacho del Cardenal Togazzi. En la calle, una ráfaga de viento frío me cortó la cara. Las inmediaciones de El Vaticano ya

estaban desiertas. Pequeños grupos de personas que andaban deprisa buscando un lugar donde protegerse del frío, una trattoria donde cenar. Propuse al padre Giuseppe que cenara con nosotros. Se excusó. Tenía prisa por volver a su parroquia. Se despidió de nosotros emocionado.

—Ya sabéis dónde estoy. Ahora soy un hombre feliz. Me habéis devuelto la paz. El recuerdo de Carlos... era constante, y con esa lacra... No podía admitirlo, pero estaba ahí. Como le pasaba a su tío... tampoco lo creía, pero... —dijo el padre Giuseppe.

Abrazó con fuerza a Estrella, que se conmovió. Estrella y yo volvimos paseando al hotel para cenar. Atravesamos la Via Scipione y Vespasiano hasta que cogimos la Via Octaviano para desembocar en la calle del hotel. Un poco antes de llegar, me acerqué a ella y le pregunté qué tenía que contarme. Cuando entramos en El Vaticano, la vi ensimismada. Mi brazo rozaba su cuerpo y percibí un ligero temblor.

—Vi algo..., vi a alguien entre el gentío de la puerta —dijo Estrella.

—¿Y eso te causa temor? ¿Tiemblas? —le pregunté.

—Vi al hombre de la coleta. Al que entró en mi casa y me atacó.

—¿Estás segura?

—Sí..., creo que sí. Era él. Vio que le miraba y no se ocultó. ¡Qué extraño!

La presencia del sicario me preocupó. Y más habiéndose dejado ver. ¿Qué podía pretender? ¿Atemorizarnos? El trabajo ya lo tenía el Cardenal. El padre Giuseppe también estaba al tanto. Lucía ya lo había mandado a El Mundo y a internet. Intentar algo contra nosotros ya no tenía sentido. Noté un cosquilleo en la boca del estomago.

—Vamos... —insté a Estrella—, tengo que llamar a Lucía.

—¿Qué te preocupa? ¿Piensas...?

—No sé qué pensar. No entiendo por qué el tipo de la coleta está

aquí y se deja ver.

—Querrá asustarnos...

—Antes de que viéramos al tío de Carlos, tendría sentido. Ahora, no.

—Me amenazó..., que no dijera nada y que me olvidara. Quizá esté aquí para cumplir su amenaza.

Estrella dijo estas palabras con una voz temblorosa.

—Marcos, tengo miedo...

Nos quedamos en el centro del vestíbulo del hotel rodeados por clientes que entraban y salían. Saqué el móvil y pulsé el número de Lucía. Apenas tres llamadas y respondió.

—¿Me esperabas? ¿Pasa algo?

—…

—¿Estáis bien?

Hablamos un poco más y me tranquilizó.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó Estrella con urgencia.

—Están bien. No hay nada extraño. Jorge mandó una patrulla de guardias civiles. Hay un coche en la puerta. No dejan que se acerque nadie. Y el trabajo ya está en El Mundo, José María lo confirmó. Y lo ha mandado a la red.

—¿Entonces...?

Miré alrededor de una manera mecánica. Quizá con la pretensión de entrever algo sospechoso. Sin saber qué. Buscaba entre los hombres jóvenes que deambulaban por la recepción del hotel a alguien con una coleta. No vi a nadie que la tuviera y, aunque lo hubiera visto, no tenía claro qué hubiese podido hacer. Cogí del brazo a Estrella. Noté un estremecimiento.

—¿Qué te pasa? Anda, vamos a cenar y luego veremos qué hacemos.

—No tengo apetito...

—No comer no arregla nada. Es una forma de hacer tiempo.

Se dejó convencer y subimos al comedor. Tampoco me apetecía cenar. Pensaba qué podría significar la presencia de ese hombre. No sabía cómo interpretar su aparición en Roma. Asumía que nos había seguido. Dándole vueltas a estos pensamientos nos dejamos llevar por el maître que nos sentó en una mesa apartada. Para disminuir mi ansiedad, insistí a Estrella para que me acompañara a una de las mesas centrales donde estaba colocado el bufet. Había una vistosa variedad de pizzas. Puse en mi plato varias raciones. Estrella hizo lo mismo de manera mecánica. Volvimos a la mesa. Estrella miraba fijamente el plato.

—¿Qué te ocurre? ¿En qué piensas?

—Me viene el recuerdo de cuando me atacó. ¿Cómo nos ha localizado?

—Le llevo dando vueltas. Nosotros no somos expertos y hemos pinchado sus móviles. Ellos pueden haber accedido a nuestros ordenadores. Los móviles..., no creo. Entre nosotros usamos los de tarjeta. Y me extraña que nos hayan pegado un GPS.

—Pero ¿cuándo? Y, ahora, ¿qué haremos?

—Estaremos juntos esta noche. En tu cuarto o en el mío. Me quedaré vigilando...

—¿Y si viene?

—Ya se me ocurrirá algo...

—¿Te vas a enfrentar a él?

—No tendría ninguna posibilidad. Ya veré qué puedo hacer. Crear confusión... Anda, come algo y nos vamos a la habitación. Te vendrá bien dormir un poco.

La cena se alargó un poco más. Apenas intercambiamos más palabras. Estrella mordisqueó los trozos de pizza sin ganas. Los dejó casi enteros. Les faltaba la punta. Yo me los comí. Eran unas pizzas riquísimas de base fina y con condimentos raros. Estrella me miraba sorprendida. Creo que no se explicaba cómo podía comer, con apetito, en semejantes circunstancias. Me limité a sonreír para rebajar la tensión.

Cuando acabamos, subimos a la habitación. Nos quedamos indecisos ante en cuál meternos.

—Nos quedamos en la tuya —dije—. Da igual...

—¿No coges el pijama?

—No pienso dormir —contesté sonriendo—. Seré como D. Quijote en la Venta, guardando a la princesa Micomicoma. Sólo me hace falta mi cepillo de dientes.

Este comentario provocó una sonrisa en Estrella. Ya había olvidado su preciosa cara sonriendo. Entramos primero en mi cuarto, cogí el cepillo de dientes y fuimos a su habitación por la puerta de comunicación. Nos esperaba una noche tensa que no sabíamos cómo llenar. Durante un rato pusimos la televisión, pero era insoportable oír el runruneo del aparato. Estrella estaba en el baño. Apagué la televisión. Me senté en el sofá. Me sentía indefenso ante un posible ataque de ese esbirro. Mientras esperaba a que Estrella saliera del cuarto de baño, intenté esclarecer cómo se pudo enterar de nuestro viaje a Roma. La única explicación que se me ocurría era que hubieran intervenido nuestros ordenadores. Habíamos hecho las reservas de los vuelos y del hotel por internet. Los habrían hackeado. El trabajo de Lucía ya había sido entregado y con copia al Cardenal Togazzi. Ya no podían parar las consecuencias de esas revelaciones. Aparte de exculpar a Carlos de la acusación de los abusos sexuales a una niña y aclarar las circunstancias de su muerte, dejaba al descubierto una trama de blanqueo de dinero de oscuro origen. Blanqueo en el que intervenían clérigos y empresarios, aunque quedaban ocultos los que entregaban el dinero para su blanqueo y algunos beneficiarios de la operación. Cabía la posibilidad de que se pudiera retener la cuenta del Banco Vaticano y que la Policía Vaticana o los carabineros pudieran desentrañar la

identidad de los titulares de la cuenta. Salió Estrella del baño.

—¿Qué hacemos? —preguntó— La noche va a ser larga.

—Échate en la cama y descansa —le dije.

—¿Y tú?

—Me quedaré aquí, sentado…, a ver qué pasa.

Estrella se acercó a la cama y se echó encima.

—Marcos..., ponte aquí.

Y me señaló una parte de la cama que quedaba libre. La cama, aunque no era de matrimonio, tenía unas dimensiones generosas. Cabían perfectamente dos personas. Me mostré reticente.

—No te voy a seducir —dijo con una sonrisa picarona.

—Ya..., no es ni el momento ni el lugar —respondí en el mismo tono.

Me acerqué a la cama y me senté en el extremo libre.

—¿Piensas que vendrá? —preguntó.

—Sé lo que tú. Y cualquier cosa que te responda... ¡Qué te puedo decir!

—¿Ya has pensado qué harás si viene?

—Tengo una idea de lo podríamos hacer. Mira..., vamos a poner algo en la puerta.

Miré a mi alrededor para ver qué había. Lo más aparatoso era el pequeño sofá en el que me había sentado y una mesa baja redonda de madera.

—Ven, ayúdame...

Estrella se levantó y se puso a un lado del sofá. Entre ella y yo lo arrastramos y bloqueamos la puerta. Cerramos la puerta de

comunicación.

—¿Crees que esto será suficiente?

—No..., pero nos dará tiempo para tirar de la alarma de incendios. Está aquí.

Le señalé la alarma que estaba encima de la conexión de la luz con la llave de la habitación.

—Mientras forcejea, si viene, para abrirse paso, podremos tocar la alarma y crear confusión en el hotel para escabullirnos. No se me ocurre otra manera de escapar.

—No me parece mala idea... si llegamos a la puerta.

Encima del sofá pusimos la mesa. Quedó todo muy aparatoso. Pero obstaculizaba la entrada y nos daría tiempo para hacer algo, aunque fuera tirarle las botellas que había en el minibar. Y quizá escabullirnos por la puerta de mi habitación. Nos volvimos a la cama y nos tumbamos boca arriba con los ojos abiertos. Dejamos encendida la lamparilla de la mesita. Daba una luz tenue. Nos mantuvimos callados. Oíamos el trasiego del pasillo. Del bullicio pasaba al siseo o algunos roces de pasos encima de la moqueta. El silencio era tan absoluto que se podía percibir el más pequeño sonido. El tiempo pasaba lentamente y se hacía insoportable. Me enderecé, sentándome, apoyando la espalda en el cabezal. Estrella me miró inquieta.

—¿Qué te pasa?

—Nada..., no sé cómo ponerme. La espera se hace interminable. Una espera incierta. No sabemos si vendrá o no. Pero si lo viste es porque quiso que lo vieras.

—¿Por qué?

—No lo sé. Si quisiera atacarnos, habría permanecido oculto, invisible. Así ya sabe que le hemos visto. ¿Por qué? No lo sé. Se me escapa su intención.

Estrella se enderezó y se puso en la misma postura que yo.

—Entonces, ¿crees que no vendrá?

—Ya son casi las cinco de la mañana. Dentro de poco se pondrán a limpiar el hotel. Si ya no ha venido...

Me levanté de la cama y fui al minibar y saqué una tónica. Encima del mueble había botellas pequeñas de whisky y ginebra. Abrí una de ginebra. Me preparé un gin tonic.

—Estrella, ¿te preparo algo? Estoy nervioso y voy a tomarme una copa.

—No..., no tengo cuerpo.

Me preparé con parsimonia el gin tonic. Hubo un momento, mientras ponía el hielo en el vaso, en que quedé paralizado. Un golpe tenue en la puerta. Miré a Estrella. Ella también lo había oído. Estaba enhiesta, expectante. Ambos teníamos los ojos clavados en el picaporte. Pasaron unos segundos que se nos hicieron eternos. Pero no..., el ruido no se repitió. No hubo forcejeo de la puerta. Nos miramos y forzamos una sonrisa tranquilizadora. Cuando me hube puesto el gin tonic, me senté en el borde de la cama y, con el dedo, fui dando vueltas a los cubitos de hielo. Miraba a Estrella y sentía que el miedo, la tensión iban disminuyendo. En ese momento me vino el recuerdo de las palabras del padre Giuseppe sobre Carlos. Había un comentario sobre él que definía su personalidad y que era muy próximo a mi manera de pensar. Un hombre es lo que quiere ser. Me giré y miré fijamente a Estrella.

—¿Conocías lo que Carlos pensaba... de la gente?

Estrella me miró sorprendida.

—Marcos, ¿a qué viene ahora esa pregunta? No sé a qué te refieres...

Había sido un recuerdo instantáneo. Cuando el padre Giuseppe lo comentó, me llamó la atención y quise hablarlo con Estrella. Luego no hubo un momento de tranquilidad para hacerlo. Y ahora...., en ese momento sí me pareció que se daban las circunstancias.

—El padre Giuseppe nos comentó lo que solía decir a los penitentes

cuando se acercaban al confesionario. Que ellos pueden ser lo que quieran, sólo deben actuar para serlo —dije.

—Hablábamos mucho..., él era lo que quiso ser. Por eso me dejó. No sé hasta qué punto es una virtud.

—Depende de tus valores... Por qué estamos aquí al acecho de un criminal, quizá porque queremos ser valientes aunque nos cueste y sintamos miedo. Porque querías a Carlos..., quieres que se le haga justicia.

—¿Y tú....? —preguntó Estrella.

—Por ti, por la amistad y el cariño que te tiene Lucía y porque me rebelo ante la maldad.

La luz de la mañana se fue filtrando por la ventana. Me acerqué a los cristales. La calle estaba mojada. Había llovido durante la noche. No lo habíamos notado. Nuestro mundo se restringía a la puerta y a los ruidos del pasillo. Lo demás no existía.

—La calle está mojada. Está lloviznando. Ya hemos hecho todo. Sólo nos falta intentar cambiar los billetes para marcharnos cuanto antes. No nos queda nada que hacer.

—Y ¿todo habrá terminado?

—Yo creo que todo acabará mañana. El domingo. En cuanto salga el trabajo de Lucía. Ya deberá intervenir la Policía. Bermejo ya está acabado. Y el despacho de Madrid...

—Queda la gente del sicario.

—Sí, aunque no creo que hagan nada una vez que estén señalados. Y quizá la Policía italiana...

Nos levantamos. Deshicimos todo el montaje de la puerta. La abrí con temor. El pasillo estaba desierto. Después de toda la noche en vela, me sentía destrozado. Le dije a Estrella que iba a mi habitación para darme una ducha. Luego la recogería para desayunar.

Eran apenas las ocho de la mañana. Acababan de abrir el comedor. Ya había gente en la puerta esperando. La sed del turista es insaciable. Nos sentamos en una mesa retirada junto a la ventana. Había bruma. Empezaba el ajetreo diario.

Pedimos unos cafés muy cargados. Ya parecía que todo había acabado. Era un enigma la presencia del sicario en Roma. Se había dejado ver. Su intención era que supiéramos que estaba allí. ¿Para qué?

Estrella se mostraba soñolienta, sin ganas de hablar. Desayunábamos en silencio. Teníamos el vuelo para las cuatro de la tarde. Pensé en coger uno antes.

—¿Te parece que cambiemos los billetes para coger un vuelo anterior?

—Sí, me parece bien.

Fue su escueta respuesta. Era como si de repente toda la tensión acumulada durante meses de lucha desapareciera.

Sonó el móvil de Estrella. Su cara mostró extrañeza. ¿Miedo? Tenía el móvil en la palma de la mano. Miraba la pantalla. Me la enseñó. Era un número largo, desconocido. Su mano temblaba.

—¿Será él...? —sugirió Estrella.

Le quité el móvil de la mano y deslicé la tecla verde.

—¿Sí...?

No se oía nada. Sólo un ruido agudo de alguna interferencia.

—…

—Es el padre Giuseppe —dije con alivio—. Quiere vernos. Es urgente. Nos espera en la puerta de entrada de El Vaticano. ¿Cómo tiene tu móvil?

También vi cómo del semblante de Estrella desaparecía el temor. Ahora mostraba desconcierto.

—Le di mi número —dijo Estrella expectante.

Ya había colgado. No me dijo el motivo de la urgencia. Su voz estaba entrecortada. No sabía si era por el ruido del teléfono o por otra causa.

CAPÍTULO XXVII

Enero de 2014

El padre Giuseppe estaba en la puerta de El Vaticano. Se mezclaba con los turistas que esperaban. Estaba inquieto. No paraba de pasear.

—Allí está —le dije a Estrella.

—Ya le veo. Parece que está nervioso. ¿Para qué nos querrá?

—No me ha adelantado nada. Sólo que tenía que vernos.

Nos acercamos. Al descubrirnos se nos acercó iniciando una cómica carrera.

—Por fin..., el Cardenal me ha mandado aviso. Quiere veros —aclaró el padre Giuseppe.

—¿Para qué? —preguntó Estrella.

—No lo sé. Sólo me ha dicho que os trajera sin falta antes de que os marcharais. Temía no llegar a tiempo —contestó.

—Salimos después de comer —respondí.

En ese momento abrieron las puertas para la visita al Museo. La gente se arremolinaba. Noté que Estrella buscaba al tipo de la coleta. Dio varios golpes de vista entre los corrillos de gente que se agolpaban en la entrada.

—¿Está...? —pregunté.

—No, no le veo —respondió Estrella.

Seguimos al padre Giuseppe que andaba ligero. Continuaba sorprendiéndome su agilidad. Hicimos el mismo recorrido por los pasillos de El Vaticano. Llegamos al despacho del Cardenal. El padre Giuseppe entró como un torbellino sin apenas saludar al secretario. Éste hizo un gesto con la cabeza para que pasáramos. La puerta del despacho estaba entreabierta. La empujó. El Cardenal se encontraba de pie junto a la mesa central. Hojeaba un diario color sepia con hojas de sábana. Lo apoyó en la mesa y pasó las páginas. Levantó la vista y le hizo una seña al padre Giuseppe para que cerrara la puerta.

—Bueno...

Se interrumpió. Parecía que estaba buscando las palabras. ¿Para qué? Pensé que habría leído el trabajo de Lucía y nos quería comentar algo. Me sorprendía tanta urgencia, y su semblante.

—Monseñor Bermejo ha muerto.

Se dejó caer en la silla. Su mirada se había endurecido. La angulosidad de sus facciones estaba acentuada. Sus manos jugaban con las hojas del diario.

Yo no sabía cómo asimilar la noticia. ¿Muerto? Miré a Estrella y al padre Giuseppe. Su desconcierto era como el mío. El padre Giuseppe iba a preguntar algo..., pero las palabras del Cardenal le detuvieron.

—Ha sido asesinado...

Un torbellino de sentimientos se agolpó en mi imaginación. ¿El sicario de la coleta?

—Fue asesinado anoche —continuó el Cardenal—. En la escalinata del museo. Lo descubrió una pareja de turistas que volvía de visitar la Capilla Sixtina. Estaba tirado junto a una puerta. Se acercaron al verlo así para ayudarlo. Y, cuando le dieron la vuelta, vieron que estaba ensangrentado. Le habían acuchillado. Se hizo cargo le Guardia Suiza. Anoche le hicieron la autopsia. Le mataron de una herida en el corazón. Sólo una. Debía de ser alguien que le conocía. Si no…, no tiene explicación. Una cuchillada limpia en el corazón.

—El de la coleta —soltó Estrella.

—¿Qué dice? ¿Quién? —preguntó el Cardenal adelantando el cuerpo.

Le recordé la agresión de Estrella.

—Está aquí en Roma. Le vi ayer esperando para entrar al museo Vaticano —concluyó Estrella.

—Tenemos que comunicárselo a la Policía —dijo el Cardenal.

—No sé quien es —dijo Estrella espantada quizá por tener que enfrentarse a los carabineros.

—Lo que tenemos es una intuición —dije intentando desviar la intención del Cardenal de que hablásemos con la Policía romana.

No sabía cómo interpretar esa muerte. ¿Por qué él y no nosotros? Aunque fuéramos a la Policía no sabríamos qué decir. Todo estaba relacionado con el trabajo de Lucía. Estaría en la red al día siguiente. Y señalaba a Bermejo y a los abogados. Quedaba el contacto en el Banco Vaticano.

—¿Y el enlace de Bermejo en el Banco...? —pregunté.

—¿Monseñor Rodario?

Había leído el trabajo de Lucía.

—Sí, Rodario.

—Ya le hemos interrogado. Es la cola de la trama. El punto final. Sólo conocía a Bermejo. Le entregaba el dinero y él lo ingresaba en la cuenta— nos aclaró el Cardenal.

—¿Cómo pudo burlar los controles? —preguntó Estrella.

—Él era el control. Abrió la cuenta hace años y la mantenía abierta.

—Conocerá a los titulares de la cuenta —añadí.

—No, su contacto era Bermejo y los beneficiarios de la cuenta

actuaban por internet. Todos sus movimientos los hacían por la red —dijo el Cardenal.

—Ayer ingresó dinero, ¿no? Bermejo estuvo en Marsella y allí era donde hacían la entrega —dije.

—Sí, ayer hizo un ingreso de un millón y pico. Ya no hay nada en la cuenta. Bueno..., hay siete euros. La han vaciado —aclaró el Cardenal.

—Pero podrán seguir su rastro... —insistió Estrella.

—Se pierde en un laberinto de sociedades... Pasaremos la información a la Policía judicial para que ellos investiguen. Pero no creo que consigan nada.

El Cardenal hablaba con voz cansada. Seguramente había estado despierto toda la noche. Debían de conocer el trabajo de Lucía. ¿Cómo lo habían conseguido? Habrían pirateado nuestros ordenadores o el correo de José María en El Mundo. El trabajo había cambiado el punto de mira como pretendíamos. Lo había puesto en Monseñor Bermejo que conocía el origen del dinero y podría delatar a quienes se lo entregaban. De repente todo había explotado. Antes de tiempo y con unas consecuencias inesperadas. Pero, si era como yo suponía, quedaba suelto un cabo: los abogados. A menos que ellos no conocieran la conexión de Marsella. Obtenían comisiones ilegales y las blanqueaban a través del Banco Vaticano. Si fuera así, tendrían otra cuenta.

—¿Había una sola cuenta? —pregunté.

—Monseñor Rodario sólo ha hablado de una cuenta. ¿Por qué?

—No sé..., cómo quedan los cómplices que Bermejo tiene en Madrid.

—¿Los abogados?, preguntó el Cardenal.

—Sí.

—La cuenta era única y estaba a nombre de una sociedad.

Una sospecha me inquietó. Era un imprevisto. Y seguían pensando que la pantalla que nos protegía de esos desconocidos e implacables mafiosos eran Bermejo, Rodrigo y Menéndez. Bermejo ya no estaba...

El Cardenal interrumpió mis cavilaciones.

—Estuve leyendo anoche el trabajo de... ¿su mujer...? —hablaba lentamente.

Le hice un gesto de asentimiento.

—¿Por qué el titulo "La oscura mano de Dios"? No veo nada oscuro en Dios —preguntó.

—Lucía, mi mujer —le respondí—, no es practicante. Su relación con la Iglesia es muy tibia. Y esto la ha alejado más. ¿El nombre...? También yo se lo pregunté.

Hice una pausa. Estrella se mantenía atenta. El padre Giuseppe estaba nervioso.

—Le puso ese título porque cree que han tomado su nombre en vano —continué—. Hay dos Iglesias..., la que vive, bueno vivió Carlos..., la de lo humildes creyentes, y la de los que usan el nombre de Dios para sus fines. Ahí está...

El Cardenal se quedó pensativo. Entrelazó las manos y se apoyó en el respaldo de la silla.

—Lo que le preocupa a usted es si la muerte de Bermejo los libera de la amenaza de ese grupo, ¿la mafia...? o, bueno, una especie de mafia. Pero quedan sueltos los abogados que protegen a la mujer que lanzó la acusación contra Carlos —comentó el Cardenal.

Estaba verbalizando los pensamientos que me había suscitado la muerte de Bermejo. Si estaba muerto, desaparecía el eslabón que le comunicaba con ese grupo.

—También yo me preguntaba el porqué de la muerte de Bermejo —continuó el Cardenal—. De su muerte me enteré antes de que cerraran el museo. No tenía explicación. Recordé que me habían

dado una copia del trabajo. Lo saqué y lo leí. La maldad no tiene límites. No podía pensar que lo que le pasó a Carlos contase con el beneplácito de Bermejo. Pero él seguramente lo conocía. Puso en el camino de Carlos a esa mujer que le tendió una celada. Y tuvo que conocer la muerte de Carlos. Me cuesta aceptar que alguien quiera matar a otra persona, y más cuando está bendecido por el sacramento del sacerdocio. Pero él supo de su muerte y participó en el montaje de su suicidio. ¿Por qué le matan a él?

Lanzó un profundo suspiro.

—Sólo Bermejo conocía la fuente de los ingresos. Sólo él podía delatarlos. Ustedes se paran en Bermejo. No pueden ir más allá. El único peligro que se cierne sobre ustedes es la venganza. Pero serían unas muertes innecesarias. Y no creo que lo hagan. Bermejo cometió el fallo...

—Queda Monseñor Rodario...

—Es un peón que sólo trataba con Bermejo.

Se movió inquieto en la silla.

—Si no quieren que los carabineros los interroguen, deben salir cuanto antes —dijo el Cardenal.

Se levantó y fue hacia Estrella.

—Tengo que darle las gracias. Si no hubiera sido por usted, la memoria de Carlos estaría manchada. Su empeño, su coraje le han salvado —dijo el Cardenal emocionado.

Estrella se acercó al Cardenal y le tendió la mano. El Cardenal la abrazó.

—Gracias..., gracias... —dijo y la besó en la mejilla.

Dejamos El Vaticano y en la puerta nos despedimos del padre Giuseppe. Al despedirse, le noté conmovido. Abrazó a Estrella.

—Carlos eligió a Dios..., pero perdió una piedra preciosa —dijo el padre Giuseppe.

Las palabras del tío de Carlos y del padre Giuseppe habían calado en Estrella. Noté un pálpito en su cuerpo. Le costó desasirse del padre Giuseppe. Se alejó de nosotros con su paso saltarín.

Una ráfaga de viento frío nos devolvió a la realidad. Teníamos que pasar por el hotel para recoger nuestro equipaje. De allí nos iríamos al aeropuerto. El vuelo salía a las cuatro. Era media mañana. Nos quedaba tiempo para llegar desahogados e intentar coger un vuelo anterior.

Llegamos al hotel y subimos a las habitaciones. Metí mi escaso equipaje en una bolsa. Hice un revoltijo con la ropa y la tiré dentro. Pensaba en lo que había pasado. Esperaba que todo acabara al día siguiente. La difusión de la trama acabaría con ella. Ése era el poder de la red. Estrella se precipitó en mi cuarto por la puerta interior. Tenía la cara descompuesta.

—Mira... —dijo.

Y me enseñó un trozo de lienzo.

—Ha estado en mi cuarto... —aclaró.

—¿Quien?

—El de la coleta...

—¿Cómo? —pregunté.

—Nos ha dejado un mensaje...

Estrujó con rabia el cacho de lienzo.

—Es una parte de un cuadro que estaba en mi casa —me explicó.

La revelación de Estrella me sorprendía. El tipo de la coleta sabía dónde estábamos y la elección de Bermejo no fue aleatoria. El Cardenal tenía razón. Habían cortado la cadena. Nadie sabría quiénes lavaban el dinero. ¡Los abogados!

—Rodrigo y Menéndez... Ellos también lavaban el dinero —dije.

—¿Qué crees?, —preguntó Estrella, inquieta.

Saqué el teléfono y llamé a Jorge. Apenas fueron dos llamadas y descolgó. A pesar de que eran teléfonos de tarjeta reconoció mi llamada. Fue una escueta respuesta.

—"Sí..., Marcos..., tengo novedades..." —dijo Jorge antes de que yo dijera nada.

—También yo —le respondí.

Hice un breve resumen de nuestra estancia en Roma. La entrevista con el padre Giuseppe, y el Cardenal Togazzi. Dejé para el final la mención de la muerte de Bermejo y la impresión del Cardenal sobre las circunstancias de su muerte. Hubo un profundo y largo silencio. Yo le atribuí a su sorpresa por la presencia en Roma del individuo de la coleta y la muerte de Bermejo. Añadí el hallazgo reciente de Estrella. El trozo de tela de uno de sus cuadros. El silencio se prolongó. Despegué el teléfono de la oreja pensando que se había interrumpido la comunicación. Habló con voz ronca. Lo que me contaba me cortó la respiración. Rodrigo y Menéndez habían muerto en un accidente.

—"Me acabo de enterar. Tengo aquí el Atestado. Ocurrió ayer, anoche. En un cruce de la Autopista de Burgos. En la zona de San Agustín de Guadalix. Han sido arrollados por un tráiler de tres ejes. Un camión de los que tienen morro. Estaban en un stop. El coche ha quedado destrozado. Era un camión serbio cargado con repuestos. El conductor está bien, ileso. Apenas habla castellano. Dice que se saltaron el stop y que no pudo frenar en seco. El camión habría volcado por la tracción. Pero ellos, Rodrigo y Menéndez, están muertos..."

Cortó. No sabía cómo reaccionar. Las palabras del Cardenal se habían cumplido. Pensaba en Rodrigo y Menéndez... Ya estaban muertos. Nuestras vidas habían pendido de un hilo. Se lo conté a Estrella. Tenía el trozo de tela entre las manos. Se dejó caer en el sofá. No volvimos a hablar.

Nos fuimos al aeropuerto.

CAPÍTULO XXVIII

Marzo de 2014

La vida tiene sus pequeñas miserias y sus gozos. Habían pasado dos meses desde que Estrella y yo estuvimos en Roma hablando con el padre Giuseppe y con el tío de Carlos. La vuelta en el avión fue tensa. El silencio lo mantuvimos hasta que ocupamos nuestros asientos. Fue entonces cuando hablamos del significado que pudo tener el trozo de tela que el tipo de la coleta había dejado en su cuarto. ¿Un aviso? ¿Un recordatorio? Percibía el miedo de Estrella. ¿Yo qué sentía? Recordé las palabras del Cardenal acerca de la crueldad, de la maldad que había en la sociedad. La muerte de Bermejo y de Menéndez y su socio había cumplido un doble objetivo. Eliminar a dos o tres focos de infección y mostrar su capacidad de llegar a donde quisieran. Habíamos dejado de ser su objetivo. Salvo la venganza. El trabajo de Lucía se publicó al día siguiente de nuestra llegada. Lucía lo subió a la red en la madrugada del sábado. Se convirtió en pocas horas en trending topic. No había quien lo parara. Así como la difusión del artículo publicado en El Mundo. Lucía tuvo una intervención estelar en su tertulia con Jaime. Fue entrevistada en otras emisoras. En esos momentos vivimos alerta, temerosos de una revancha por parte de los desconocidos compañeros de viaje de Bermejo y sus socios. Jorge nos mandaba una patrulla de cuando en cuando para tranquilizarnos. Sus topos no detectaron ningún movimiento en el mercado de sicarios. Aunque ese tipo de noticias no eran de las que se difundían. Tenía que ser casualidad. Pero el tiempo pasaba y no ocurría nada. El único acontecimiento fue la detención de Remedios. Acusada de complicidad. Pero la acusación no se sostenía. Faltaban pruebas. Dejé de seguir su caso. Quería olvidar cuanto antes todo lo relacionado con ese fastidioso asunto.

Volví al trabajo. A enfrentarme con la mediocridad y otra clase de ruindad. Sentado en mi oscuro despacho, comparaba situaciones. Encima de mi mesa unas carpetas con los expedientes. Me metía en la red y releía el trabajo de Lucía y su repercusión. Aún seguían los ecos. Otra profunda remodelación en el IOR. Habían redoblado los controles. Las cuentas externas estaban casi eliminadas.

A mediados de marzo, nos citamos con Estrella. Se había hecho asidua visitante de nuestra casa. Aparecía a cualquier hora.

Aquella tarde de marzo hacía un tiempo primaveral. Habíamos comido en el jardín. Cuando llegó Estrella, Lucía preparó una ligera merienda con las pastas que había traído. Sara jugaba en el césped con Gress que gruñía molesto por sus trastadas que le impedían ponerse al sol. Estrella y Lucía hablaban de noticias rosas. Estrella dejó la taza encima de la mesa.

—Os tengo que decir una cosa... —dijo Estrella

Los avisos de Estrella eran peligrosos. Me temía otra extraña aventura. Lucía calló y la miró intrigada.

—Me voy a vivir con Jorge. Hemos estado saliendo y nos...

—¿Os casáis? —preguntó Lucía.

—Bueno..., lo hemos estado pensando. Y..., sí..., nos casamos.

—¿Cuando? —intervine.

—Ya tenemos los papeles.

—¿Por la iglesia?, preguntó Lucía.

Estrella calló. Se levantó de la silla y se acercó a Sara que seguía molestando a Gress.

—Por Carlos lo haría...

—¿Entonces por lo civil? —Lucía insistía.

—He quedado con Jorge aquí. Vendrá cuando acabe un servicio.

¿Queréis ser nuestros padrinos? Cuando llegue os contamos lo que queremos hacer.

La oferta me sorprendía. Este anuncio nos pillaba desprevenidos. Había estado en casa en varias ocasiones y no nos había comentado nada de sus salidas con Jorge. Después del asalto que sufrió, estuvo un tiempo viviendo en casa de Jorge. Debió de ser allí cuando intimaron.

Yo había estado con ella en Roma pasando unos momentos delicados y tampoco me había hecho partícipe de sus inquietudes amorosas.

Llamaron. Era Jorge. Vestía de uniforme. Al entrar en el jardín, Estrella se levantó y le besó cariñosamente. No fue un beso apasionado. Pero se mantuvieron unos instantes abrazados.

—Ya lo saben —dijo Estrella.

—¿Todo...? —preguntó Jorge.

—No. Te esperaba.

Lucía tenía los ojos muy abiertos sorprendida. Me miraba y yo alzaba los hombros en un gesto de incomprensión.

—¿Qué más hay? —dijo Lucía.

—¿Cuándo tenéis libre el mes que viene? —preguntó Estrella.

—En abril..., no lo sé..., aún queda mucho tiempo —contestó Lucía —. También depende de Marcos. Está ahora muy atado con los horarios.

—Bueno..., queda un mes, tenéis tiempo para programarlo, —dijo Estrella.

—Programar ¿qué? —respondió Lucía.

—Un viaje a Roma. He hablado con el padre Giuseppe. Nos casamos en la Chiesa di Sant Antonio Maria Zaccaria. Nos casa él. Tiene que ser antes de Semana Santa. La primera o segunda semana —nos

soltó Estrella.

La noticia me emocionó. Era el último homenaje a Carlos.

—Iremos —respondí alegre.

Y añadí como resumen de todo lo que había pasado.

—Iremos los tres.

Parecía que todo se cerraba bien. ¿Se cerraba bien? La figura imprecisa del tipo de la coleta aún quedaba, no en mi retina porque yo nunca le había visto, pero sí en mi imaginación. ¿Había concluido todo? No quise mencionarlo para no arruinar ese momento de felicidad.

Villanueva del Pardillo

Mayo de 2015

Sobre La oscura mano de Dios

La muerte de un sacerdote católico reune a dos amigas de la infancia, Estrella y Lucía, que no se ven desde hace años. Estrella, novia del sacerdote antes de que tomase los votos, necesita ayuda para esclarecer esa muerte. Pronto encontrarán unos documentos que llevan a una trama de pederastia que podría sacudir los cimientos de la Iglesia entera. Un thriller trepidante que deja sin respiración a quien se adentra en él.